JOSÉ VASCONCELOS

LA RAZA CÓSMICA



EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15. MÉXICO

"SEPAN CUANTOS..." NÚM. 719

JOSÉ VASCONCELOS

LA RAZA CÓSMICA

SEXTA EDICIÓN



EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2012

Primera edición, 1948
Primera edición en la Colección "Sepan cuantos...", 2001



ISBN 970-07-7129-6 Rústica
ISBN 970-07-7130-X Tela

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

INTRODUCCIÓN

La obra toda de ese egregio mexicano que fue José Vasconcelos constituye una vasta y minuciosa autobiografía. En ella se exhiben, como en un retablo, las ambiciones, los sueños, los ideales, los amores y desamores, los logros, los fracasos, las simpatías, los menosprecios de aquel hombre singular y apasionado. Y eso no sólo en las más de dos mil páginas que integran la tetralogía de sus memorias, sino hasta en sus más intrascendentes artículos.

Su infancia y juventud narradas están, con impar emotividad, en ese hermoso libro que es el *Ulises criollo,* uno de los más logrados frutos de nuestra literatura. Nació Vasconcelos en Oaxaca, el 27 de febrero de 1882. Un tanto accidentados, son sus estudios primarios, ya que la familia hubo de trasladarse de un lugar a otro de la República, al tener que desempeñar su padre diversos cargos aduanales. Tras vivir el despertar de la infancia en su ciudad natal, cursó las primeras letras en Piedras Negras, Coahuila, y en Eagle Pass, Estados Unidos, y, ya desde entonces, no le abandonará nunca un acucioso afán por leer libros. "Mi pasión de entonces era la lectura y me poseía con avidez. Devoraba lo que en la escuela nos daban y cada año nos ampliaban el círculo de los autores ingleses y norteamericanos. Leía por mi cuenta en la casa todos los libros hallados a mano. Acogido al umbral de mi puerta, frente a la calle arenosa, todavía sin pavimento, pero ya de bombilla eléctrica en lo alto de un poste, recapacitaba una noche sobre mi saber, y al consumar el recuento de libros leídos pensaba: Ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo. Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual; pero de todas maneras era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue."

Recorrió a continuación varias ciudades del país y en el Instituto Campechano realizó sus estudios elementales, después de pasar por Durango y por Toluca. En 1897 se instaló en la ciudad de México, ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria y de ahí pasó a la Facultad de Jurisprudencia para obtener, con la tesis *Teoría dinámica del Derecho,* el título de abogado en 1907.

Todavía pasante trabajó en una notaría y en un juzgado; consiguió posteriormente un puesto de fiscal federal en el Estado de Durango, y no

tardando mucho tomó el empleo en que lo encontraría el estallido de la Revolución; abogado en el bufete norteamericano "Warner, Johnson and Galston".

Desde que ingresó en la preparatoria entró en contacto con el círculo de jóvenes intelectuales de la época, que pugnaban contra la corriente positivista impuesta por los "científicos" y buscaban una apertura cultural. Así en 1907 participó en la Sociedad de Conferencias y en 1909 fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud, aquella institución de tanto relieve en la vida intelectual de México. No tardó en convertirse el Ateneo en un centro de renovación tanto en lo político como en lo artístico y filosófico. Los jóvenes en él inscritos llenarán toda una época de la creación y del pensamiento. Es el propio Vasconcelos quien nos proporciona, en una conferencia suya de 1916, una lista de los más distinguidos participantes: los escritores Alfonso Reyes, Pedro Enríquez Ureña, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Médiz Bolio, Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Aceves, José Vasconcelos; el jurista Isidro Favela; el filósofo Antonio Caso; los arquitectos Jesús Acevedo y Federico Mariscal; los pintores Diego Rivera, Roberto Montenegro, Ramos Martínez; los músicos Manuel Ponce y Julián Carrillo. Unos pocos de ellos siguen afectos a la dictadura porfirista, pero la mayoría se decantará por el movimiento maderista. Minan las bases sociales y educativas del positivismo, renuevan el sentido cultural y científico de México y resultan los precursores inmediatos de la Revolución en puertas. En 1910 organizan un ciclo de conferencias —no ha sido el primero—, en el cual interviene Vasconcelos con una disertación sobre *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas,* donde se declara incompatible con el sistema ideológico imperante.

Ya venía conspirando contra el régimen dictatorial de Porfirio Díaz y había padecido algunos meses de destierro en los Estados Unidos. Sumado al movimiento maderista figuró como uno de los cuatro secretarios del Centro Antirreeleccionista de México y, junto con Félix F. Palavicini, fue el encargado de su órgano de difusión, *El Antirreeleccionista.* Durante el levantamiento armado en contra de Díaz fungió como secretario —y luego sustituto— de F. Vázquez Gómez, quien era entonces agente confidencial de Madero en Washington. Participó, pues, activamente en la política, mas al triunfar la Revolución y ocupar ya Madero la Presidencia de la República se abstuvo Vasconcelos de ocupar cargo público alguno. Traicionada la causa democrática, sufre persecución por parte de Victoriano Huerta y se ve obligado a desterrarse al país del norte en 1913.

Miembro fundador del Partido Constitucionalista Progresista se adhiere al constitucionalismo a raíz de la usurpación huertista. Venustiano Carranza lo designó su agente confidencial en Inglaterra y Francia, con la encomienda de impedir que se otorgaran a Huerta los préstamos que había solicitado. Desempeñó a continuación diferentes comisiones en Estados Unidos y Canadá; hasta llegó a asistir a las conferencias de Niágara Falls, que versaron en torno a la invasión norteamericana al puerto de Veracruz. A su regreso al país, triunfante ya la Revolución, fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria. Sus fuertes críticas a Carranza motivaron que tuviera que escapar una vez más y viajara por Estados Unidos y por algunos países de América Latina. Un año entero se detuvo en Lima, donde dictó una de sus más brillantes conferencias, la que lleva por título *El movimiento intelectual contemporáneo de México*. De vuelta en su país asistió a la convención de Aguascalientes y apoyó al sector civil y moderado. Importante fue su participación durante la presidencia de Eulalio Gutiérrez, pues tuvo influencia en la destitución de Villa y en la lucha contra Carranza. Se desempeñó como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y fue enviado a Washington para conseguir el apoyo de los Estados unidos. Desde mediados de 1915 hasta bien entrado el año de 1919 permaneció Vasconcelos relativamente alejado de la política y consagrado a la vida intelectual.

Es ya por esta época una de las personalidades más vigorosas y admiradas del continente. En junio de 1919 sostuvo una entrevista en Los Ángeles, California, con Álvaro Obregón, a quien brindó todo su apoyo en contra de don Venustiano Carranza. A la derrota de éste, que justificó en varios escritos, regresó a su patria. El 9 de junio de 1920 Adolfo de la Huerta le confió la dirección de la Universidad Nacional, puesto en el que permaneció hasta el primero de octubre de 1921.

"La he aceptado porque he sentido que este nuevo gobierno, en que la Revolución cristaliza como en su última esperanza, tiene delante de sí una obra vasta y patriota en la que es deber ineludible colaborar. La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo." Así se expresó en el discurso de la toma de posesión, y de inmediato emprendió una auténtica revolución en la vida educativa y cultural. Muchas empresas inició; una de las pri-

meras, a todo vapor, fue la colección de clásicos de la Universidad. La educación y la cultura no podían ni debían quedar confinadas al aula escolar, sino que tendrían que llegar a las masas, al "pueblo". Y debía y tenía que confiarse en la capacidad y en el buen gusto de éste, pues lo difícil de paladear es la obra literaria mediocre.

Logra, en 1921, que el gobierno restablezca el ministerio de Educación Pública y Obregón le designa titular del mismo el día 2 de octubre. La obra de Vasconcelos, tanto en su rápido paso por la Universidad como en los breves tres años en el ministerio fue extraordinaria y memorable, y el propio protagonista nos ha dejado un resumen de la misma en su libro *De Robinsón a Odiseo.* Fuerza es compendiarla, pues es harto conocida y reconocida: no hay nadie que no se haya expresado acerca de ella con elogio. Crea bibliotecas, agota un amplio programa de publicaciones, celebra la primera exposición del libro en el Palacio de Minería, edita la revista *El maestro* y mejora la Biblioteca Nacional. Organiza la educación popular concebida como actividad evangelizadora a través de misiones rurales que suscitan el entusiasmo; se imparten cursillos para maestros rurales y brotan mil escuelas en el campo; trata de incorporar la minoría indígena a la nación por medio de un sistema escolar nacional. Viaja a Sudamérica e importa educadores como Enríquez Ureña y Gabriela Mistral y economistas como Alfonso Goldschmidt. Funda un departamento de Bellas Artes, cuya obligación es multiplicar pedagógicamente el entusiasmo por la pintura, la escultura, la música y el canto; impulsa los festivales de música y danzas populares y no descuida el patrocinio de las artesanías. La pintura mural mexicana adquiere una trascendencia y calidad universal gracias a su entusiasmo, al ofrecer a los pintores mexicanos y extranjeros Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Roberto Montenegro, Juan Charlot, etc., los muros de los edificios de la nación.

Nuevamente los avatares políticos lo alejan del país. Reprobó el asesinato del senador Field Jurado y renunció a la Secretaría de Educación Pública. Quiso ser candidato a la gubernatura de su estado natal, Oaxaca, pero Obregón le cerró el paso. Fundó por aquellos días *La Antorcha,* con la colaboración de Vito Alessio Robles, Julio Torri y Carlos Pellicer, en cuyos editoriales fustigó con dureza los actos del gobierno. Pero desde antes de dejar la Secretaría de Educación su gestión había provocado que los congresos estudiantiles de Colombia, Argentina, Perú y Panamá lo designasen "Maestro de la juventud de América". Ahora sí le es dado realizar un largo viaje por Europa. Pronuncia conferencias en Puerto Rico y a la postre se ve obligado a trabajar en la Universidad de Chicago como profesor de la cátedra de sociología hispanoamericana.

Retornó a su patria en 1928, cuando se aproximaban elecciones presidenciales. Contaba con decididos apoyos para lanzarlo como candidato frente al oficial, Pascual Ortiz Rubio. Galvanizó en torno a su pensamiento a un buen sector estudiantil. Por más que realizó una animosa campaña su esfuerzo se estrelló contra el poderío del partido en el poder. Convencido de haber sido víctima de un escandaloso fraude, al que siguió una sangrienta represión, promulgó el 10 de diciembre el Plan de Guaymas, con un llamado a las armas. Pero sus seguidores no se rebelaron y el líder tuvo que saborear una vez más la amargura del destierro, donde se enconaría el radicalismo propio de su personalidad apasionada. En 1940, durante la presidencia de Ávila Camacho, se encarga de la dirección de la Biblioteca de México y es miembro fundador del Colegio Nacional. Pertenece a incontables agrupaciones culturales extranjeras y patrias. Doctor *honoris causa* por las universidades Nacional de México y de Puerto Rico, Chile, Guatemala y El Salvador. Académico de la Lengua. Falleció en el Distrito Federal en 1959.

La obra escrita de Vasconcelos abarca numerosas disciplinas del pensamiento. José Luis Martínez clarifica su producción en cinco apartados: obras filosóficas; obras sociológicas y pedagógicas; ensayos y otros trabajos; obras históricas, y obras autobiográficas. Nosotros daremos al final la lista de sus obras, siguiendo el orden cronológico de su aparición.

Varia en extremo es la trayectoria del pensamiento de Vasconcelos. Partiendo de Nietzsche y de Schopenhauer, siguiendo los pasos de Rodó, se erige en campeón frente al positivismo y al utilitarismo, tan en boga en América, y acaba haciendo paladina profesión de fe católica, sin ruborizarse por sus coincidencias con algún régimen totalitario. Destacan, en el conjunto de su producción, algunos libros filosóficos y otros que patentizan sus preocupaciones por la cultura hispanoamericana. Pero entre todos sobresalen los cuatro que conforman sus memorias propiamente dichas: *Ulises criollo, La tormenta, El desastre* y *El proconsulado.* Aunque nunca disimuló sus preferencias por los de tema filosófico —en 1952 publicó un compendio de su sistema: *Todología*—, en el campo de las letras será recordado siempre por su *Ulises criollo,* sin duda su obra maestra.

El volumen que aquí ofrecemos, *La raza cósmica,* consta de un largo ensayo acerca del mestizaje y de una serie de notas de viaje por Brasil y por Argentina. Expónese en el libro la tesis de que "las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más hasta conformar un nuevo tipo humano surgido de la selección de cada uno de los pueblos existentes". Anuncia el advenimiento de una "quinta raza", que en las tierras sin prejuicios de América fusionarán a todas las demás, sin distinción de color o de número, y creará una nueva civilización, que erigirá en las márgenes

del Amazonas una ciudad, "Universópolis", desde la cual "aviones y ejércitos irán por todo el planeta educando a la gente para su ingreso a la sabiduría". Decidido opositor de las tesis darwinianas, de la selección natural y despiadada de las razas, Vasconcelos, reconoce en la España colonizadora y católica a la madre de esta futura raza que preconiza a lo largo de su brillante ensayo.

ESCRITOS DE VASCONCELOS

Teoría dinámica del Derecho (Tesis profesional), 1907.
Gabino Barreda y las ideas contemporáneas, 1910.
El movimiento intelectual contemporáneo de México, 1916.
Pitágoras. Una teoría del ritmo, 1916.
Prometeo vencedor, 1916.
Monismo estético, 1917.
Estudios indostánicos, 1918.
Divagaciones literarias, 1919.
Ideario de acción, 1924.
Teoría de los cinco estados, 1924.
La revulsión de la energía, 1924.
La raza cósmica, 1925.
Indología, 1926.
Tratado de metafísica, 1929.
Ética, 1931.
Pesimismo alegre, 1931.
La sonata mágica, 1933.
Carta a la intelectualidad mexicana, 1933.
Bolivarismo y Monroísmo, 1934.
Estética, 1935.
De Robinsón a Odiseo, 1935.
Ulises criollo, 1936.
Breve historia de México, 1936.
¿Qué es el comunismo?, 1936.
¿Qué es la revolución?, 1937.
La tormenta, 1937.
Historia del pensamiento filosófico, 1937.
El desastre, 1938.
Simón Bolívar, 1939.
El proconsulado, 1939.
Manual de filosofía, 1940.
Páginas escogidas, 1940.
Hernán Cortés, creador de la nacionalidad, 1941.
El realismo científico, 1942.

Apuntes para la historia de México. Desde la conquista hasta la revolución, 1943.
La cita, 1945.
El viento de Bagdad, 1945.
Lógica orgánica, 1945.
Los robachicos, 1946.
Discursos, 1950.
Todología (Filosofía de la coordinación), 1952.
Temas contemporáneos, 1955.
La flama, 1956.

PRÓLOGO

Es tesis central del presente libro que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes. Se publicó por primera vez tal presagio en la época en que prevalecía, en el mundo científico, la doctrina darwinista de la selección natural que salva a los aptos, condena a los débiles; doctrina que llevada al terreno social por Gobineau, dio origen a la teoría del ario puro, defendida por los ingleses, llevada a imposición aberrante por el nazismo.

Contra esta teoría surgieron en Francia biólogos como Leclerc de Sablon y Nöuy, que interpretan la evolución en forma diversa del darwinismo, acaso opuesta al darwinismo. Por su parte, los hechos sociales de los últimos años, muy particularmente el fracaso de la última gran guerra, que a todos dejó disgustados, cuando no arruinados, han determinado una corriente de doctrinas más humanas. Y se da el caso de que aun darwinistas distinguidos, viejos sostenedores del espencerianismo, que desdeñaban a las razas de color y las mestizas, militan hoy en asociaciones internacionales, que como la Unesco, proclaman la necesidad de abolir toda discriminación racial y de educar a todos los hombres en la igualdad, lo que no es otra cosa que la vieja doctrina católica que afirmó la aptitud del indio para los sacramentos y por lo mismo su derecho de casarse con blanca o con amarilla.

Vuelve, pues, la doctrina política reinante a reconocer la legitimidad de los mestizajes y con ello sienta las bases de una fusión interracial reconocida por el derecho. Si a esto se añade que las comunicaciones modernas tienden a suprimir las barreras geográficas y la educación generalizada, contribuirán a elevar el nivel económico de todos los hombres, y se comprenderá que lentamente irán desapareciendo los obstáculos para la fusión acelerada de las estirpes.

Las circunstancias actuales favorecen, en consecuencia, el desarrollo de las relaciones sexuales interraciales, lo que presta apoyo inesperado a la tesis que, a falta de nombre mejor, titulé: de la Raza Cósmica futura.

Queda, sin embargo, por averiguar si la mezcla ilimitada e inevitable es un hecho ventajoso para el incremento de la cultura o si, al contrario, ha de producir decadencias, que ahora, ya no sólo serían nacionales, sino

mundiales. Problema que revive la pregunta que se ha hecho a menudo el mestizo: ¿Puede compararse mi aportación a la cultura con la obra de las razas relativamente puras que han hecho la historia hasta nuestros días, los griegos, los romanos, los europeos? Y dentro de cada pueblo, ¿cómo se comparan los periodos de mestizaje con los periodos de homogeneidad racial creadora?

A fin de no extendernos demasiado, nos limitaremos a observar algunos ejemplos:

Comenzando por la raza más antigua de la Historia, la de los egipcios, observaciones recientes han demostrado que fue la egipcia una civilización que avanzó de Sur a Norte, desde el Alto Nilo al Mediterráneo. Una raza bastante blanca y relativamente homogénea creó en torno de Luxor un primer gran imperio floreciente. Guerras y conquistas debilitaron aquel imperio y lo pusieron a merced de la penetración negra, pero el avance hacia el Norte no se interrumpió. Sin embargo, durante una etapa de varios siglos, la decadencia de la cultura fue evidente. Se presume entonces que ya para la época del segundo imperio, se había formado una raza nueva, mestiza con caracteres mezclados de blanco y de negro, que es la que produce el Segundo Imperio, más avanzado y floreciente que el primero. La etapa en que se construyen las pirámides, y en que la civilización egipcia alcanza su cumbre, es una etapa mestiza.

Los historiadores griegos están hoy de acuerdo en que la edad de oro de la cultura helénica aparece como el resultado de una mezcla de razas, en la cual, sin embargo, no se presenta el contraste del negro y el blanco, sino que más bien se trata de una mezcla de razas de color claro. Sin embargo, hubo mezcla de linajes y de corrientes.

La civilización griega decae al extenderse el Imperio con Alejandro y esto facilita la conquista romana. En las tropas de Julio César ya se advierte el nuevo mestizaje romano de galos, españoles, británicos y aun germanos, que colaboran en las hazañas del Imperio y convierten a Roma en centro cosmopolita. Sabido es que hubo emperadores de sangre hispanorromana. De todas maneras, los contrastes no eran violentos, ya que la mezcla en lo esencial era de razas europeas.

Las invasiones de los bárbaros, al mezclarse con los aborígenes, galos, hispanos, celtas, toscanos, producen las nacionalidades europeas, que han sido la fuente de la cultura moderna.

Pasando al Nuevo Mundo vemos que la poderosa nación estadounidense no ha sido otra cosa que crisol de razas europeas. Los negros, en realidad, se han mantenido aparte, en lo que hace a la creación del poderío, sin que deje de tener importancia la penetración espiritual que han con-

sumado a través de la música, el baile y no pocos aspectos de la sensibilidad artística.

Después de los Estados Unidos la nación de más vigoroso empuje es la República Argentina, en donde se repite el caso de una mezcla de razas afines, todas de origen europeo, con predominio del tipo mediterráneo, al revés de los Estados Unidos, en donde predomina el nórdico.

Resulta entonces fácil afirmar que es fecunda la mezcla de los linajes similares y que es dudosa la mezcla de tipos muy distantes según ocurrió en el trato de españoles y de indígenas americanos. El atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar, como no sea remontándonos al primer ejemplo citado de la civilización egipcia. Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho tiempo en plasmar. Entre nosotros, el mestizaje se suspendió antes de que acabase de estar tornado el tipo racial, con motivo de la exclusión de los españoles, decretada con posterioridad a la Independencia. En pueblos como Ecuador o el Perú, la pobreza del terreno, además de los motivos políticos, contuvo la inmigración española.

En todo caso, la conclusión más optimista que se puede derivar de los hechos observados es que aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos. En efecto, la decadencia de los pueblos asiáticos es atribuible a su aislamiento, pero también, y sin duda, en primer término, al hecho de que no han sido cristianizados. Una religión como la cristiana hizo avanzar a los indios americanos, en pocas centurias, desde el canibalismo hasta la relativa civilización.

EL MESTIZAJE

ORIGEN Y OBJETO DEL CONTINENTE. LATINOS Y SAJONES. PROBABLE MISIÓN DE AMBAS RAZAS. LA QUINTA RAZA O RAZA CÓSMICA

I

Opinan geólogos autorizados que el continente americano contiene algunas de las más antiguas zonas del mundo. La masa de los Andes es, sin duda, tan vieja como la que más del planeta. Y si la tierra es antigua, también las trazas de vida y de cultura humana se remontan adonde no alcanzan los cálculos. Las ruinas arquitectónicas de mayas, quechuas y toltecas legendarios son testimonio de vida civilizada anterior a las más viejas fundaciones de los pueblos del Oriente y de Europa. A medida que las investigaciones progresan, se afirma la hipótesis de la atlántida, como cuna de una civilización que hace millares de años floreció en el continente desaparecido y en parte de lo que es hoy América. El pensamiento de la atlántida evoca el recuerdo de sus antecedentes misteriosos. El continente hiperbóreo desaparecido, sin dejar otras huellas que los rastros de vida y de cultura que a veces se descubren bajo las nieves de Groenlandia; los lemurianos o raza negra del Sur; la civilización atlántida de los hombres rojos; en seguida la aparición de los amarillos, y por último, la civilización de los blancos. Explica mejor el proceso de los pueblos esta profunda hipótesis legendaria que las elucubraciones de geólogos como Ameghino, que ponen el origen del hombre en la Patagonia, una tierra que desde luego se sabe es de formación geológica reciente. En cambio, la versión de los Imperios étnicos de la prehistoria se afirma extraordinariamente con la teoría de Wegener de la traslación de los continentes. Según esta tesis, todas las tierras estaban unidas, formando un solo continente, que se ha ido disgregando. Es entonces fácil suponer que en determinada región de una masa continua se desarrollaba una raza que después de progresar y decaer era sustituida por otra, en vez de recurrir a la hipótesis de las emigraciones de un continente a otro por medio de puentes

desaparecidos. También es curioso advertir otra coincidencia de la antigua tradición con los datos más modernos de la geología, pues según el mismo Wegener, la comunicación entre Australia, la India y Madagascar se interrumpió antes que la comunicación entre la América del Sur y el África. Lo cual equivale a confirmar que el sitio de la civilización lemuriana desapareció antes de que floreciera la Atlántida, y también que el último continente desaparecido es la Atlántida, puesto que las exploraciones científicas han venido a demostrar que es el Atlántico el mar de formación más reciente.

Confundidos más o menos los antecedentes de esta teoría en una tradición tan oscura como rica de sentido, queda, sin embargo, viva la leyenda de una civilización nacida de nuestros bosques o derramada hasta ellos después de un poderoso crecimiento, y cuyas huellas están aún visibles en Chichén Itzá y en Palenque y en todos los sitios donde perdura el misterio atlante. El misterio de los hombres rojos que después de dominar el mundo, hicieron grabar los preceptos de su sabiduría en la tabla de Esmeralda, alguna maravillosa esmeralda colombiana, que a la hora de las conmociones telúricas fue llevada al Egipto, donde Hermes y sus adeptos conocieron y transmitieron sus secretos.

Si, pues, somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y reconquistadores?

La cuestión tiene una importancia enorme para quienes se empeñan en buscar un plan en la Historia. La comprobación de la gran antigüedad de nuestro continente parecerá ociosa a los que no ven en los sucesos sino una cadena fatal de repeticiones sin objeto. Con pereza contemplaríamos la obra de la civilización contemporánea si los palacios toltecas no nos dijesen otra cosa que el que las civilizaciones pasan sin dejar más fruto que unas cuantas piedras labradas puestas unas sobre otras, o formando techumbre de bóveda arqueada, o de dos superficies que se encuentran en ángulo. ¿A qué volver a comenzar, si dentro de cuatro o cinco mil años otros nuevos emigrantes divertirán sus ocios cavilando sobre los restos de nuestra trivial arquitectura contemporánea? La historia científica se confunde y deja sin respuesta todas estas cavilaciones. La historia empírica enferma de miopía, se pierde en el detalle, pero no acierta a determinar un solo antecedente

de los tiempos históricos. Huye de las conclusiones generales, de las hipótesis trascendentales, pero cae en la puerilidad de la descripción de los utensilios y de los índices cefálicos y tantos otros pormenores, meramente externos, que carecen de importancia si se les desliga de una teoría vasta y comprensiva.

Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos, podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeamos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia.

La raza que hemos convenido en llamar atlántida prosperó y decayó en América. Después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir su ciclo, terminada su misión particular, entró en silencio y fue decayendo hasta quedar reducida a los menguados Imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura. Al decaer los atlantes, la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario, mezclándose con los dravidios, produjo el indostán, y a la vez, mediante otras mezclas, creó la cultura helénica. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización Occidental o europea, la civilización blanca, que al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del continente americano para consumar una obra de recivilización y repoblación. Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mogol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será también temporal, pero su misión es diferente de la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado.

La cultura del blanco es emigradora; pero no fue Europa en conjunto la encargada de iniciar la reincorporación del mundo rojo a las

modalidades de la cultura preuniversal, representada, desde hace siglos, por el blanco. La misión trascendental correspondió a las dos más audaces ramas de la familia europea; a los dos tipos humanos más fuertes y más disímiles: el español y el inglés.

* * *

Desde los primeros tiempos, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, para incluir por una parte a los portugueses y por otra al holandés, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo periodo de la Historia conquistando y poblando el hemisferio nuevo. Aunque ellos mismos solamente se hayan sentido colonizadores, trasplantadores de cultura en realidad establecían las bases de una etapa de general y definitiva transformación. Los llamados latinos, poseedores de genio y de arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron más ricas, y los ingleses, entonces, tuvieron que conformarse con lo que les dejaban gentes más aptas que ellos. Ni España ni Portugal permitían que a sus dominios se acercase el sajón, ya no digo para guerrear, ni siquiera para tomar parte en el comercio. El predominio latino fue indiscutible en los comienzos. Nadie hubiera sospechado, en los tiempos del laudo papal que dividió el Nuevo Mundo entre Portugal y España, que unos siglos más tarde, ya no sería el Nuevo Mundo portugués ni español, sino más bien inglés. Nadie hubiera imaginado que los humildes colonos del Hudson y el Delaware, pacíficos y hacendosos, se irían apoderando paso a paso de las mejores y mayores extensiones de la tierra, hasta formar la República que hoy constituye uno de los mayores imperios de la Historia.

Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y de Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. En la Historia, los siglos suelen ser como días; nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de des-

aliento, seguimos perdiendo, no sólo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. La derrota nos ha envilecido a tal punto, que, sin darnos cuenta, servimos los fines de la política enemiga, de batirnos en detalle, de ofrecer ventajas particulares a cada uno de nuestros hermanos, mientras al otro se le sacrifica en intereses vitales. No sólo nos derrotaron en el combate, ideológicamente también nos siguen venciendo. Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos, cada uno, de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una o de otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño, y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir. Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico, que por cierto tomamos prestado de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones; pero no advertimos que a la hora de obrar, y pese a todas las dudas de los sabios ingleses, el inglés busca la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces el yanqui se siente tan inglés como el inglés en Inglaterra. Nosotros no seremos grandes mientras el español de la

América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia. Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito; o con las hazañas de Bolívar, pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Atahualpa no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar. Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamas lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia impotente de molusco que se apega a su roca.

Para no tener que renegar alguna vez de la patria misma es menester que vivamos conforme al alto interés de la raza, aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la Humanidad. Es claro que el corazón sólo se conforma con un internacionalismo cabal; pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo sólo serviría para acabar de consumar el triunfo de las naciones más fuertes; serviría exclusivamente a los fines del inglés. Los mismos rusos, con sus doscientos millones de población, han tenido que aplazar su internacionalismo teórico, para dedicarse a apoyar nacionalidades oprimidas como la India y Egipto. A la vez han reforzado su propio nacionalismo para defenderse de una desintegración que sólo podría favorecer a los grandes Estados imperialistas. Resultaría, pues, infantil que pueblos débiles como los nuestros se pusieran a renegar de todo lo que les es propio, en nombre de propósitos que no podrían cristalizar en realidad. El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y tras-

cendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la Independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal.

En Europa se decidió la primera etapa del profundo conflicto y nos tocó perder. Después, así que todas las ventajas estaban de nuestra parte en el Nuevo Mundo, ya que España había dominado la América, la estupidez napoleónica fue causa de que la Luisiana se entregara a los ingleses del otro lado del mar, a los yanquis, con lo que se decidió en favor del sajón la suerte del Nuevo Mundo. El *genio de la guerra,* no miraba más allá de las miserables disputas de fronteras entre los estaditos de Europa y no se dio cuenta de que la causa de la latinidad, que él pretendía representar, fracasó el mismo día de la proclamación del Imperio por el solo hecho de que los destinos comunes quedaron confiados a un incapaz. Por otra parte, el prejuicio europeo impidió ver que en América estaba ya planteado, con caracteres de universalidad, el conflicto que Napoleón no pudo ni concebir en toda su trascendencia. La tontería napoleónica no pudo sospechar que era en el Nuevo Mundo donde iba a decidirse el destino de las razas de Europa, y al destruir de la manera más inconsciente el poderío francés de la América debilitó también a los españoles; nos traicionó, nos puso a merced del enemigo común. Sin Napoleón no existirían los Estados Unidos como imperio mundial, y la Luisiana, todavía francesa, tendría que ser parte de la Confederación Latinoamericana. Trafalgar entonces hubiese quedado burlado. Nada de esto se pensó siquiera, porque el destino de la raza estaba en manos de un necio; porque el cesarismo es el azote de la raza latina.

La traición de Napoleón a los destinos mundiales de Francia hirió también de muerte al Imperio español de América en los instantes de su mayor debilidad. Las gentes de habla inglesa se apoderan de la Luisiana sin combatir y reservando sus pertrechos para la ya fácil conquista de Texas y California. Sin la base del Mississipi, los ingleses, que se llaman asimismo yanquis por una simple riqueza de expresión, no hubieran logrado adueñarse del Pacífico, no serían hoy los amos del continente, se habrían quedado en una especie de Holanda trasplantada a la América, y el Nuevo Mundo sería español y francés. Bonaparte lo hizo sajón.

Claro que no sólo las causas externas, los tratados, la guerra y la política resuelven el destino de los pueblos. Los Napoleones no son más que membrete de vanidades y corrupciones. La decadencia de las

costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general causan el efecto de paralizar la energía de toda una raza en determinadas épocas.

Los españoles fueron al Nuevo Mundo con el brío que les sobraba después del éxito de la Reconquista. Los hombres libres que se llamaron Cortés y Pizarro y Alvarado y Belalcázar no eran césares ni lacayos, sino grandes capitanes que al ímpetu destructivo adunaban el genio creador. En seguida de la victoria trazaban el plano de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación. Más tarde, a la hora de las agrias disputas con la Metrópoli, sabían devolver injuria por injuria, como lo hizo uno de los Pizarros en un célebre juicio. Todos ellos se sentían los iguales ante el rey, como se sintió el Cid, como se sentían los grandes escritores del siglo de oro, como se sienten en las grandes épocas todos los hombres libres.

Pero a medida que la conquista se consumaba, toda la nueva organización iba quedando en manos de cortesanos y validos del monarca. Hombres incapaces ya no digo de conquistar, ni siquiera de defender lo que otros conquistaron con talento y arrojo. Palaciegos degenerados, capaces de oprimir y humillar al nativo, pero sumisos al poder real, ellos y sus amos no hicieron otra cosa que echar a perder la obra del genio español en América. La obra portentosa iniciada por los férreos conquistadores y consumada por los sabios y abnegados misioneros fue quedando anulada. Una serie de monarcas extranjeros, tan justicieramente pintados por Velázquez y Goya, en compañía de enanos, bufones y cortesanos, consumaron el desastre de la administración colonial. La manía de imitar al Imperio romano, que tanto daño ha causado lo mismo en España que en Italia y en Francia; el militarismo y el absolutismo, trajeron la decadencia en la misma época en que nuestros rivales, fortalecidos por la virtud, crecían y se ensanchaban en libertad.

Junto con la fortaleza material se les desarrolló el ingenio práctico, la intuición del éxito. Los antiguos colonos de Nueva Inglaterra y de Virginia se separaron de Inglaterra, pero sólo para crecer mejor y hacerse más fuertes. La separación política nunca ha sido entre ellos obstáculo para que en el asunto de la común misión étnica se mantengan unidos y acordes. La emancipación, en vez de debilitar a la gran raza, la bifurcó, la multiplicó, la desbordó poderosa sobre el mundo;

desde el núcleo imponente de uno de los más grandes Imperios que han conocido los tiempos. Y ya desde entonces, lo que no conquista el inglés en las Islas, se lo toma y lo guarda el inglés del nuevo continente.

En cambio, nosotros los españoles, por la sangre, o por la cultura a la hora de nuestra emancipación comenzamos por renegar de nuestras tradiciones; rompimos con el pasado y no faltó quien renegara la sangre diciendo que hubiera sido mejor que la conquista de nuestras regiones la hubiesen consumado los ingleses. Palabras de traición que se excusan por el asco que engendra la tiranía, y por la ceguedad que trae la derrota. Pero perder por esta suerte el sentido histórico de una raza equivale a un absurdo, es lo mismo que negar a los padres fuertes y sabios cuando somos nosotros mismos, no ellos, los culpables de la decadencia.

De todas maneras las prédicas desespañolizantes y el inglesamiento correlativo, hábilmente difundido por los mismos ingleses, pervirtió nuestros juicios desde el origen: nos hizo olvidar que en los agravios de Trafalgar también tenemos parte. La injerencia de oficiales ingleses en los Estados Mayores de los guerreros de la Independencia hubiera acabado por deshonrarnos, si no fuese porque la vieja sangre altiva revivía ante la injuria y castigaba a los piratas de Albión cada vez que se acercaban con el propósito de consumar un despojo. La rebeldía ancestral supo responder a cañonazos lo mismo en Buenos Aires que en Veracruz, en La Habana, o en Campeche y Panamá, cada vez que el corsario inglés, disfrazado de pirata para eludir las responsabilidades de un fracaso, atacaba, confiado en lograr, si vencía, un puesto de honor en la nobleza británica.

A pesar de esta firme cohesión ante un enemigo invasor, nuestra guerra de Independencia se vio amenguada por el provincialismo y por la ausencia de planes trascendentales. La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado, alentadas por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide. Glorias balcánicas soñaron nuestros emancipadores, con la ilustre excepción de Bolívar, y Sucre y Petion el negro, y media docena más, a lo sumo. Pero los otros, obsesionados por el concepto local y enredados en una confusa fraseología seudo revolucionaria, sólo se ocuparon en empequeñecer un conflicto que pudo haber sido el principio del despertar de un continente. Dividir, despedazar el sueño de un gran poderío latino, tal parecía ser el propósito de ciertos prác-

ticos ignorantes que colaboraron en la Independencia, y dentro de ese movimiento merecen puesto de honor; pero no supieron, no quisieron ni escuchar las advertencias geniales de Bolívar.

Claro que en todo proceso social hay que tener en cuenta las causas profundas, inevitables, que determinan un momento dado. Nuestra geografía, por ejemplo, era y sigue siendo un obstáculo de la unión; pero si hemos de dominarlo, será menester que antes pongamos en orden al espíritu, depurando las ideas y señalando orientaciones precisas. Mientras no logremos corregir los conceptos, no será posible que obremos sobre el medio físico en tal forma que lo hagamos servir a nuestro propósito.

En México, por ejemplo, fuera de Mina, casi nadie pensó en los intereses del continente; peor aun, el patriotismo vernáculo estuvo enseñando, durante un siglo, que triunfamos de España gracias al valor indomable de nuestros soldados, y casi ni se mencionan las Cortes de Cádiz, ni el levantamiento contra Napoleón, que electrizó a la raza, ni las victorias y martirios de los pueblos hermanos del continente. Este pecado, común a cada una de nuestras patrias, es resultado de épocas en que la Historia se escribe para halagar a los déspotas. Entonces la patriotería no se conforma con presentar a sus héroes como unidades de un movimiento continental, y los presenta autónomos, sin darse cuenta que al obrar de esta suerte los empequeñece en vez de agrandarlos.

Se explican también estas aberraciones porque el elemento indígena no se había fusionado, no se ha fusionado aún en su totalidad, con la sangre española; pero esta discordia es más aparente que real. Háblese al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida: huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente. Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros, todos los historiadores antiguos la han formulado.

Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un periodo nuevo, el periodo de la fusión y la mezcla de todos los pueblos. El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina. También el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio.

* * *

En el proceso de nuestra misión étnica, la guerra de emancipación de España significa una crisis peligrosa. No quiero decir con esto que la guerra no debió hacerse ni que no debió triunfar. En determinadas épocas el fin trascendente tiene que quedar aplazado; la raza espera, en tanto que la patria urge, y la patria es el presente inmediato e indispensable. Era imposible seguir dependiendo de un cetro que de tropiezo en tropiezo y de descalabro en bochorno había ido bajando hasta caer en las manos sin honra de un Fernando VII. Se pudo haber tratado en las Cortes de Cádiz para organizar una libre Federación Castellana; no se podía responder a la Monarquía sino batiéndole sus enviados. En este punto la visión de Mina fue cabal: implantar la libertad en el Nuevo Mundo y derrocar después la Monarquía en España. Ya que la imbecilidad de la época impidió que se cumpliera este genial designio, procuremos al menos tenerlo presente. Reconozcamos que fue una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte; la raza prodigiosa, a la que solemos llenar de improperios, sólo porque nos ha ganado cada partida de la lucha secular. Ella triunfa porque aduna sus capacidades prácticas con la visión clara de un gran destino. Conserva presente la intuición de una misión histórica definida, en tanto que nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales. Parece que Dios mismo conduce los pasos del sajonismo, en tanto que nosotros nos matamos por el dogma o nos proclamamos ateos. ¡Cómo deben de reír de nuestros desplantes y vanidades latinas estos fuertes constructores de imperios! Ellos no tienen en la mente el

lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; *pero cometieron el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia.*

De aquí que los tropiezos adversos no nos inclinen a claudicar; vagamente sentimos que han de servirnos para descubrir nuestra ruta. Precisamente, en las diferencias encontramos el camino, si no más imitamos, perdemos; si descubrimos, si creamos, triunfaremos. La ventaja de nuestra tradición es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la Humanidad futura. Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de las misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia. Equivale, en grande, a los matrimonios incestuosos de los Faraones, que minaron la virtud de aquella raza, y contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas. Hacer un mundo inglés; exterminar a los rojos, para que en toda la América se renueve el norte de Europa, hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. Ya esto lo hicieron los rojos; lo han hecho o lo han intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano, para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se

consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes.

Y se engendrará de tal suerte el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la Historia, para dar expresión al anhelo total del mundo.

Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a su misión divina de América, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo.

En el mismo periodo caótico de la Independencia, que tantas censuras merece, se advierten, sin embargo, vislumbres de ese afán de universalidad que ya anuncia el deseo de fundir lo humano en un tipo universal y sintético. Desde luego, Bolívar, en parte porque se dio cuenta del peligro en que caíamos, repartidos en nacionalidades aisladas, y también por su don de profecía, formuló aquel plan de federación iberoamericana que ciertos necios todavía hoy discuten.

Y si los demás caudillos de la independencia latinoamericana, en general, no tuvieron un concepto claro del futuro, si es verdad que, llevados del provincialismo, que hoy llamamos patriotismo, o de la limitación, que hoy se titula soberanía nacional, cada uno se preocupó no más que de la suerte inmediata de su propio pueblo, también es sorprendente observar que casi todos se sintieron animados de un sentimiento humano universal que coincide con el destino que hoy asignamos al continente iberoamericano. Hidalgo, Morelos, Bolívar, Petion el haitiano, los argentinos en Tucumán, Sucre, todos se preocuparon de libertar a los esclavos, de declarar la igualdad de todos los hombres por derecho natural; la igualdad social y cívica de los blancos, negros e indios. En un instante de crisis histórica, formularon la misión trascendental asignada a aquella zona del globo: misión de fundir étnica y espiritualmente a las gentes.

De tal suerte se hizo en el bando latino lo que nadie ni pensó hacer en el continente sajón. Allí siguió imperando la tesis contraria el propósito confesado o tácito de limpiar la tierra de indios, mogoles y negros, para mayor gloria y ventura del blanco. En realidad, desde aquella época quedaron bien definidos los sistemas que, perdurando hasta la fecha, colocan en campos sociológicos opuestos a las dos civilizaciones: la que quiere el predominio exclusivo del blanco, y la que está formando una raza nueva, raza de síntesis, que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación. Si fuese menester aducir pruebas, bastaría observar la mezcla creciente

y espontánea que en todo el continente latino se opera entre todos los pueblos, y por la otra parte, la línea inflexible que separa al negro del blanco en los Estados Unidos, y las leyes, cada vez más rigurosas, para la exclusión de los japoneses y chinos de California.

Los llamados latinos, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, y aun la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangres. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rastro fundamental de la idiosincrasia iberoamericana. Ocurrirá algunas veces, y ha ocurrido ya, en efecto, que la competencia económica nos obligue a cerrar nuestras puertas, tal como lo hace el sajón a una desmedida irrupción de orientales. Pero al proceder de esta suerte, nosotros no obedecemos más que a razones de orden económico; reconocemos que no es justo que pueblos como el chino, que bajo el santo consejo de la moral confuciana se multiplican como los ratones, vengan a degradar la condición humana, justamente en los instantes en que comenzamos a comprender que la inteligencia sirve para refrenar y regular bajos instintos zoológicos, contrarios a un concepto verdaderamente religioso de la vida. Si los rechazamos es porque el hombre, a medida que progresa, se multiplica menos y siente el horror del número, por lo mismo que ha llegado a estimar la calidad. En los Estados Unidos rechazan a los asiáticos, por el mismo temor del desbordamiento físico propio de las especies superiores; pero también lo hacen porque no les simpatiza el asiático, porque lo desdeñan y serían incapaces de cruzarse con él. Las señoritas de San Francisco se han negado a bailar con oficiales de la marina japonesa, que son hombres tan aseados, inteligentes y, a su manera, tan bellos, como los de cualquiera otra marina del mundo. Sin embargo, ellas jamás comprenderán que un japonés pueda ser bello. Tampoco es fácil convencer al sajón de que si el amarillo y el negro tienen su tufo, también el blanco lo tiene para el extraño, aunque nosotros no nos demos cuenta de ello. En la América Latina existe, pero infinitamente más atenuada, la repulsión de una sangre que se encuentra con otra sangre extraña. Allí hay mil puentes para la fusión sincera y cordial de todas las razas. El amurallamiento étnico de los del Norte frente a la simpatía mucho más fácil de los del

Sur, tal es el dato más importante y a la vez el más favorable para nosotros, si se reflexiona, aunque sea superficialmente, en el porvenir. Pues se verá en seguida que somos nosotros de mañana, en tanto que ellos van siendo de ayer. Acabarán de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

Para acercarnos a este propósito sublime es preciso ir creando, como si dijéramos, el tejido celular que ha de servir de carne y sostén a la nueva aparición biológica. Y a fin de crear ese tejido proteico, maleable, profundo, etéreo y esencial, será menester que la raza iberoamericana se penetre de su misión y la abrace como un misticismo.

Quizá no haya nada inútil en los procesos de la Historia; nuestro mismo aislamiento material y el error de crear naciones nos ha servido, junto con la mezcla original de la sangre, para no caer en la limitación sajona de constituir castas de raza pura. La Historia demuestra que estas selecciones prolongadas y rigurosas dan tipos de refinamiento físico, curiosos, pero sin vigor; bellos con una extraña belleza, como la de la casta brahmánica milenaria, pero a la postre decadentes. Jamás se ha visto que aventajen a los otros hombres ni en talento, ni en bondad, ni en vigor. El camino que hemos iniciado nosotros es mucho más atrevido, rompe los prejuicios antiguos, y casi no se explicaría, si no se fundase en una suerte de clamor que llega de una lejanía remota, que no es la del pasado, sino la misteriosa lejanía de donde vienen los presagios del porvenir.

Si la América Latina fuese no más otra España, en el mismo grado que los Estados Unidos son otra Inglaterra, entonces la vieja lucha de las dos estirpes no haría otra cosa que repetir sus episodios en la tierra más vasta, y uno de los dos rivales acabaría por imponerse y llegaría a prevalecer. Pero no es ésta la ley natural de los choques, ni en la

mecánica ni en la vida. La oposición y la lucha, particularmente cuando ellas se trasladan al campo del espíritu, sirven para definir mejor los contrarios, para llevar a cada uno a la cúspide de su destino, y, a la postre, para sumarlos en una común y victoriosa superación.

La misión del sajón se ha cumplido más pronto que la nuestra, porque era más inmediata y ya conocida en la Historia; para cumplirla no había más que seguir el ejemplo de otros pueblos victoriosos. Meros continuadores de Europa, en la región del continente que ellos ocuparon, los valores del blanco llegaron al cenit. He ahí por qué la historia de Norteamérica es como un ininterrumpido y vigoroso *allegro* de marcha triunfal.

¡Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana! Semejan el profundo *scherzo* de una sinfonía infinita y honda: voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo, que supo tanto, hace tantos miles de años, y ahora parece que se ha olvidado de todo. Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta quietud de infinito con la gota que en nuestra sangre pone el negro, ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias. Asoma también el mogol con el misterio de su ojo oblicuo, que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño. Se revelan estrías judaicas que se escondieron en la sangre castellana desde los días de la cruel expulsión; melancolías del árabe, que son un dejo de la enfermiza sensualidad musulmana; ¿quién no tiene algo de todo esto o no desea tenerlo todo? He ahí al hindú, que también llegará, que ha llegado ya por el espíritu, y aunque es el último en venir parece el más próximo pariente. Tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos, para cumplir el prodigio de superar a la esfera.

II

Después de examinar las potencialidades remotas y próximas de la raza mixta que habita el continente iberoamericano y el destino que

la lleva a convertirse en la primera raza síntesis del globo, se hace necesario investigar si el medio físico en que se desarrolla dicha estirpe corresponde a los fines que le marca su biótica. La extensión de que ya dispone es enorme; no hay, desde luego, problema de superficie. La circunstancia de que sus costas no tienen muchos puertos de primera clase, casi no tiene importancia, dados los adelantos crecientes de la ingeniería. En cambio, lo que es fundamental abunda en cantidad superior, sin duda, a cualquiera otra región de la tierra; recursos naturales, superficie cultivable y fértil, agua y clima. Sobre este último factor se adelantará, desde luego, una objeción: el clima, se dirá, es adverso a la nueva raza, porque la mayor parte de las tierras disponibles está situada en la región más cálida del globo. Sin embargo, tal es, precisamente, la ventaja y el secreto de su futuro. Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico. La nueva raza comenzará a cumplir su destino a medida que se inventen los nuevos medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para el hombre, pero dejándole todo su poderío benéfico para la producción de la vida. El triunfo del blanco se inició con la conquista de la nieve y del frío. La base de la civilización blanca es el combustible. Sirvió primeramente de protección en los largos inviernos; después se advirtió que tenía una fuerza capaz de ser utilizada no sólo en el abrigo sino también en el trabajo; entonces nació el motor, y de esta suerte, del fogón y de la estufa procede todo el maquinismo que está transformando al mundo. Una invención semejante hubiera sido imposible en el cálido Egipto, y en efecto no ocurrió allí, a pesar de que aquella raza superaba infinitamente en capacidad intelectual a la raza inglesa. Para comprobar esta última afirmación basta comparar la metafísica sublime del Libro de los Muertos de los sacerdotes egipcios, con las chabacanerías del darwinismo spenceriano. El abismo que separa a Spencer de Hermes Trimegisto no lo franquea el dolicocéfalo rubio ni en otros mil años de adiestramiento y selección.

En cambio, el barco inglés, esa máquina maravillosa que procede de los tiriteos del Norte, no la soñaron siquiera los egipcios. La lucha ruda contra el medio obligó al blanco a dedicar sus aptitudes a la conquista de la naturaleza temporal, y esto precisamente constituye el aporte del blanco a la civilización del futuro. El blanco enseñó el dominio de lo material. La ciencia de los blancos invertirá alguna vez los métodos que empleó para alcanzar el dominio del fuego y aprovechará

nieves condensadas o corrientes de electroquimia, o gases casi de magia sutil, para destruir moscas y alimañas, para disipar el bochorno y la fiebre. Entonces la Humanidad entera se derramará sobre el trópico, y en la inmensidad solemne de sus paisajes, las almas conquistarán la plenitud.

Los blancos intentarán, al principio, aprovechar sus inventos en beneficio propio, pero como la ciencia ya no es esotérica, no será fácil que lo logren; los absorberá la avalancha de todos los demás pueblos, y finalmente, deponiendo su orgullo, entrarán con los demás a componer la nueva raza síntesis, la quinta raza futura.

La conquista del trópico transformará todos los aspectos de la vida; la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda, y en general, la techumbre, que responde a la necesidad de buscar abrigo; se desarrollará otra vez la pirámide; se levantarán columnatas en inútiles alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral, que representa el anhelo libre; el triunfo del ser en la conquista del infinito. El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado. Una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una Naturaleza henchida de potencias, generosa de hábito, luciente de claridades. El panorama de Río de Janeiro actual o de Santos con la ciudad y su bahía nos pueden dar una idea de lo que será ese emporio futuro de la raza cabal, que está por venir.

Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un periodo en el cual la Humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta. La tierra de promisión estará entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia, Venezuela, Ecuador, parte de Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina.

Existe el peligro de que la ciencia se adelante al proceso étnico, de suerte que la invasión del trópico ocurra antes que la quinta raza acabe de formarse. Si así sucede, por la posesión del Amazonas se librarán batallas que decidirán el destino del mundo y la suerte de la raza definitiva. Si el Amazonas lo dominan los ingleses de las islas o del continente, que son ambos campeones del blanco puro, la aparición de la quinta raza quedará vencida. Pero tal desenlace resultaría absurdo; la Historia no tuerce sus caminos; los mismos ingleses, en el nuevo

clima, se tornarían maleables, se volverían mestizos, pero con ellos el proceso de integración y de superación sería más lento. Conviene, pues, que el Amazonas sea brasileño, sea ibérico, junto con el Orinoco y el Magdalena. Con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. Si el Amazonas se hiciese inglés, la metrópoli del mundo ya no se llamaría Universópolis, sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales oscuros. En cambio, si la quinta raza se adueña del eje del mundo futuro, entonces aviones y ejércitos irán por todo el planeta, educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza.

Naturalmente, la quinta raza no pretenderá excluir a los blancos como no se propone excluir a ninguno de los demás pueblos; precisamente, la norma de su formación es el aprovechamiento de todas las capacidades para mayor integración de poder. No es la guerra contra el blanco nuestra mira, pero sí una guerra contra toda clase de predominio violento, lo mismo el del blanco que en su caso el del amarillo, si el Japón llegare a convertirse en amenaza continental. Por lo que hace al blanco y a su cultura la quinta raza cuenta ya con ellos y todavía espera beneficios de su genio. La América Latina debe lo que es al europeo blanco y no va a renegar de él; al mismo norteamericano le debe gran parte de sus ferrocarriles, y puentes y empresas, y de igual suerte necesita de todas las otras razas. Sin embargo, aceptamos los ideales superiores del blanco, pero no su arrogancia; queremos brindarle, lo mismo que a todas las gentes, una patria libre, en la que encuentre hogar y refugio, pero no una prolongación de sus conquistas. Los mismos blancos, descontentos del materialismo y de la injusticia social en que ha caído su raza, la cuarta raza, vendrán a nosotros para ayudar en la conquista de la libertad.

Quizás entre todos los caracteres de la quinta raza predominen los caracteres del blanco, pero tal supremacía debe ser fruto de elección libre del gusto y, no resultado de la violencia o de la presión económica. Los caracteres superiores de la cultura y de la naturaleza tendrán

que triunfar, pero ese triunfo sólo será firme si se funda en la aceptación voluntaria de la conciencia y en la elección libre de la fantasía. Hasta la fecha, la vida ha recibido su carácter de las potencias bajas del hombre; la quinta raza será el fruto de las potencias superiores. La quinta raza no excluye, acapara vida; por eso la exclusión del yanqui como la exclusión de cualquier otro tipo humano equivaldría a una mutilación anticipada, más funesta aun que un corte posterior. Si no queremos excluir ni a las razas que pudieran ser consideradas como inferiores, mucho menos cuerdo sería apartar de nuestra empresa a una raza llena de empuje y de firmes virtudes sociales.

Expuesta ya la teoría de la formación de la raza futura iberoamericana y la manera como podrá aprovechar el medio en que vive, resta sólo considerar el tercer factor de la transformación que se verifica en el nuevo continente; el factor espiritual que ha de dirigir y consumar la extraordinaria empresa. Se pensará, tal vez, que la fusión de las distintas razas contemporáneas en una nueva que complete y supere a todas, va a ser un proceso repugnante de anárquico hibridismo, delante del cual, la práctica inglesa de celebrar matrimonios sólo dentro de la propia estirpe se verá como un ideal de refinamiento y de pureza. Los arios primitivos del Indostán ensayaron precisamente este sistema inglés, para defenderse de la mezcla con las razas de color, pero como esas razas oscuras poseían una sabiduría necesaria para completar la de los invasores rubios, la verdadera cultura indostánica no se produjo sino después de que los siglos consumaron la mezcla, a pesar de todas las prohibiciones escritas. Y la mezcla fatal fue útil, no sólo por razones de cultural sino porque el mismo individuo físico necesita renovarse en sus semejantes. Los norteamericanos se sostienen muy firmes en su resolución de mantener pura su estirpe, pero eso depende de que tienen delante al negro, que es como el otro polo, como el contrario de los elementos que pueden mezclarse. En el mundo iberoamericano, el problema no se presenta con caracteres tan crudos; tenemos poquísimos negros y la mayor parte de ellos se han ido transformando ya en poblaciones mulatas. El indio es buen puente de mestizaje. Además, el clima cálido es propicio al trato y reunión de todas las gentes. Por otra parte, y esto es fundamental, el cruce de las distintas razas no va a obedecer a razones de simple proximidad, como sucedía al principio, cuando el colono blanco tomaba mujer indígena o negra porque no había otra a mano. En lo sucesivo, a medida que las condiciones so-

ciales mejoren, el cruce de sangre será cada vez más espontáneo, a tal punto que no estará ya sujeto a la necesidad, sino al gusto; en último caso a la curiosidad. El motivo espiritual se irá sobreponiendo de esta suerte a las contingencias de lo físico. Por motivo espiritual ha de entenderse, más bien que la reflexión, el gusto que dirige el misterio de la elección de una persona entre una multitud.

III

Dicha ley del gusto, como norma de las relaciones humanas, la hemos enunciado en diversas ocasiones con el nombre de la ley de los tres estados sociales, definidos, no a la manera comtiana, sino con una comprensión más vasta. Los tres estados que esta ley señala son: el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético. Los tres estados representan un proceso que gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía. En el primer estado manda sólo la materia; los pueblos, al encontrarse, combaten o se juntan sin más ley que la violencia y el poderío relativo. Se exterminan unas veces o celebran acuerdos atendiendo a la conveniencia o a la necesidad. Así viven la horda y la tribu de todas las razas. En semejante situación la mezcla de sangres se ha impuesto también por la fuerza material, único elemento de cohesión de un grupo. No puede haber elección donde el fuerte toma o rechaza, conforme a su capricho, la hembra sometida.

Por supuesto que ya desde ese periodo late en el fondo de las relaciones humanas el instinto de simpatía que atrae o repele conforme a ese misterio que llamamos el gusto, misterio que es la secreta razón de toda estética; pero la sugestión del gusto no constituye el móvil predominante del primer periodo, como no lo es tampoco del segundo, sometido a la inflexible norma de la razón. También la razón está contenida en el primer periodo, como origen de conducta y de acción humana, pero es una razón débil, como el gusto oprimido; no es ella quien decide, sino la fuerza, y a esa fuerza, comúnmente brutal, se somete el juicio, convertido en esclavo de la voluntad primitiva. Corrompido así el juicio en astucia, se envilece para servir la injusticia. En el primer periodo no es posible trabajar por la fusión cordial de las razas, tanto porque la misma ley de la violencia a que está sometido

excluye las posibilidades de cohesión espontánea, cuanto porque ni siquiera las condiciones geográficas permitían la comunicación constante de todos los pueblos del planeta.

En el segundo periodo tiende a prevalecer la razón que artificiosamente aprovecha las ventajas conquistadas por la fuerza y corrige sus errores. Las fronteras se definen en tratados y las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas de las conveniencias recíprocas y la lógica: el romanismo es el más acabado modelo de este sistema social racional, aunque, en realidad, comenzó antes de Roma y se prolonga todavía en esta época de las nacionalidades. En este régimen, la mezcla de las razas obedece, en parte, al capricho de un instinto libre que se ejerce por debajo de los rigores de la norma social, y obedece especialmente a las conveniencias éticas o políticas del momento. En nombre de la moral, por ejemplo, se imponen ligas matrimoniales difíciles de romper, entre personas que no se aman; en nombre de la política se restringen libertades interiores y exteriores; en nombre de la religión, que debiera ser la inspiración sublime, se imponen dogmas y tiranías; pero cada caso se justifica con el dictado de la razón, reconocido como supremo de los asuntos humanos. Proceden también conforme a lógica superficial y a saber equívoco, quienes condenan la mezcla de razas, en nombre de una eugénica que, por fundarse en datos científicos incompletos y falsos, no ha podido dar resultados válidos. La característica de este segundo periodo es la fe en la fórmula, por eso en todos sentidos no hace otra cosa que dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria y frenos al sentimiento. Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo periodo en que estamos presos, y del cual es menester salir.

En el tercer periodo, cuyo advenimiento se anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que explica pero no descubre; se bucará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. Las normas las dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer periodo; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado y más allá del bien y del mal, en el mundo del *pathos* estético, sólo importará que el acto, por ser bello,

produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, ésa es la tercera etapa.

Desgraciadamente somos tan imperfectos, que para lograr semejante vida de dioses, será menester que pasemos antes por todos los caminos, por el camino del deber, donde se depuran y superan los apetitos bajos, por el camino de la ilusión, que estimula las aspiraciones más altas. Vendrá enseguida la pasión que redime de la baja sensualidad. Vivir en *pathos*, sentir por todo una emoción tan intensa, que el movimiento de las cosas adopte ritmos de dicha, he ahí un rasgo del tercer periodo. A él se llega soltando el anhelo divino para que alcance, sin puentes de moral y de lógica, de un solo ágil salto, las zonas de revelación. Don artístico es esa intuición inmediata que brinca sobre la cadena de los sorites, y por ser pasión, supera desde el principio el deber, y lo reemplaza con el amor exaltado. Deber y lógica, ya se entiende que uno y otro son andamios y mecánica de la construcción; pero el alma de la arquitectura es ritmo que trasciende el mecanismo, y no conoce más ley que el misterio de la belleza divina.

¿Qué papel desempeña en este proceso, ese nervio de los destinos humanos, la voluntad que esta cuarta raza llegó a deificar en el instante de embriaguez de su triunfo? La voluntad es fuerza, la fuerza ciega que corre tras de fines confusos; en el primer periodo la dirige el apetito, que se sirve de ella para todos sus caprichos; prende después su luz la razón, y la voluntad se refrena en el deber, y se da formas en el pensamiento lógico. En el tercer periodo, la voluntad se hace libre, sobrepuja lo finito, y estalla y se anega en una especie de realidad infinita; se llena de rumores y de propósitos remotos; no le basta la lógica y se pone las alas de la fantasía; se hunde en lo más profundo y vislumbra lo más alto; se ensancha en la armonía y asciende en el misterio creador de la melodía; se satisface y se disuelve en la emoción y se confunde con la alegría del Universo: se hace pasión de belleza.

Si reconocemos que la Humanidad gradualmente se acerca al tercer periodo de su destino, comprenderemos que la obra de fusión de las razas se va a verificar en el continente iberoamericano, conforme a una ley derivada del goce de las funciones más altas. Las leyes de la emoción, la belleza y la alegría regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica, que nunca mira más que la porción menos importante del

suceso amoroso. Por encima de la eugénica científica prevalecerá la eugénica misteriosa del gusto estético. Donde manda la pasión iluminada no es menester ningún correctivo. Los muy feos no procrearán, no desearán procrear, ¿que importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte.

Tan pronto como la educación y el bienestar se difundan, ya no habrá peligro de que se mezclen los más opuestos tipos. Las uniones se efectuarán conforme a la ley singular del tercer periodo, la ley de simpatía, refinada por el sentido de la belleza. Una simpatía verdadera y no la falsa que hoy nos imponen la necesidad y la ignorancia. Las uniones sinceramente apasionadas y fácilmente deshechas en caso de error, producirán vástagos despejados y hermosos. La especie entera cambiará de tipo físico y de temperamento, prevalecerán los instintos superiores, y perdurarán, como en síntesis feliz, los elementos de hermosura, que hoy están repartidos en los distintos pueblos.

Actualmente, en parte por hipocresía y en parte porque las uniones se verifican entre personas miserables dentro de un medio desventurado, vemos con profundo horror el casamiento de una negra con un blanco; no sentiríamos repugnancia alguna si se tratara del enlace de un Apolo negro con una Venus rubia, lo que prueba que todo lo santifica la belleza. En cambio, es repugnante mirar esas parejas de casados que salen a diario de los juzgados o los templos, feas en una proporción, más o menos, del noventa por ciento de los contrayentes. El mundo está así lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria. La procreación por amor es ya un buen antecedente de progenie lozana; pero hace falta que el amor sea en sí mismo una obra de arte, y no un recurso de desesperados. Si lo que se va a transmitir es estupidez, entonces lo que liga a los padres no es amor, sino instinto oprobioso y ruin.

Una mezcla de razas consumada de acuerdo con las leyes de la comodidad social, la simpatía y la belleza, conducirá a la formación de un tipo infinitamente superior a todos los que han existido. El cruce

de contrarios conforme a la ley mendeliana de la herencia, producirá variaciones discontinuas y sumamente complejas, como son múltiples y diversos los elementos de la cruza humana. Pero esto mismo es garantía de las posibilidades sin límites que un instinto bien orientado ofrece para la perfección gradual de la especie. Si hasta hoy no ha mejorado gran cosa, es porque ha vivido en condiciones de aglomeración y de miseria en las que no ha sido posible que funcione el instinto libre de la belleza; la reproducción se ha hecho a la manera de las bestias, sin límite de cantidad y sin aspiración de mejoramiento. No ha intervenido en ella el espíritu, sino el apetito, que se satisface como puede. Así es que no estamos en condiciones ni de imaginar las modalidades y los efectos de una serie de cruzamientos verdaderamente inspirados. Uniones fundadas en la capacidad y la belleza de los tipos, tendrían que producir un gran número de individuos dotados con las cualidades dominantes. Eligiendo en seguida, no con la reflexión, sino con el gusto, las cualidades que deseamos hacer predominar, los tipos de selección se irán multiplicando, a medida que los recesivos tenderán a desaparecer. Los vástagos recesivos ya no se unirían entre sí, sino a su vez irían en busca de mejoramiento rápido, o extinguirían voluntariamente todo deseo de reproducción física. La conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto, así que se vea libre del apremio físico, de la ignorancia y la miseria, y de esta suerte, en muy pocas generaciones desaparecerán las monstruosidades; lo que hoy es normal llegará a aparecer abominable. Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro, y poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas. Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que

sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre.

Ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las otras hayan de imitar. El mestizo y el indio, aun el negro, superan al blanco en una infinidad de capacidades propiamente espirituales. Ni en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar civilización. Las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. La India, Grecia, Alejandría, Roma, no son sino ejemplos de que sólo una universalidad, geográfica y étnica es capaz de dar frutos de civilización. En la época contemporánea, cuando el orgullo de los actuales amos del mundo afirma por la boca de sus hombres de ciencia la superioridad étnica y mental del blanco del Norte, cualquier profesor puede comprobar que los grupos de niños y de jóvenes descendientes de escandinavos, holandeses e ingleses de las universidades norteamericanas son mucho más lentos, casi torpes, comparados con los niños y jóvenes mestizos del Sur. Tal vez se explica esta ventaja por efecto de un mendelismo espiritual benéfico, a causa de una combinación de elementos contrarios. Lo cierto es que el vigor se renueva con los injertos y que el alma misma busca lo disímil para enriquecer la monotonía de su propio contenido. Sólo una prolongada experiencia podrá poner de manifiesto los resultados de una mezcla realizada, ya no por la violencia ni por efecto de la necesidad, sino por elección, fundada en el deslumbramiento que produce la belleza, y confirmada por el *pathos* del amor.

En los periodos primero y segundo en que vivimos, a causa del aislamiento y de la guerra, la especie humana vive en cierto sentido conforme a las leyes darwinianas. Los ingleses, que sólo ven el presente del mundo externo, no vacilaron en aplicar teorías zoológicas al campo de la sociología humana. Si la falsa traslación de la ley fisiológica a la zona del espíritu fuese aceptable, entonces hablar de la incorporación étnica del negro sería tanto como defender el retroceso. La teoría inglesa supone, implícita o francamente, que el negro es una especie de eslabón que está más cerca del mono que del hombre rubio. No queda, por lo mismo, otro recurso que hacerlo desaparecer. En cambio, el blanco, particularmente el blanco de habla inglesa, es presentado como el término sublime de la evolución humana; cruzarlo con otra raza

equivaldría a ensuciar su estirpe. Pero semejante manera de ver no es más que la ilusión, de cada pueblo afortunado en el periodo de su poderío. Cada uno de los grandes pueblos de la Historia se ha creído el final y el elegido. Cuando se comparan unas con otras estas infantiles soberbias, se ve que la misión que cada pueblo se atribuye no es en el fondo otra cosa que afán de botín y deseo de exterminar a la potencia rival. La misma ciencia oficial es en cada época un reflejo de esa soberbia de la raza dominante. Los hebreos fundaron la creencia de su superioridad en oráculos y promesas divinas. Los ingleses radican la suya en observaciones relativas a los animales domésticos. De la observación de cruzamientos y variedades hereditarias de dichos animales fue saliendo el darwinismo, primero como una modesta teoría zoológica, después como biología social que otorga la preponderancia definitiva al inglés sobre todas las demás razas. Todo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique; el Imperio romano predicaba el orden, es decir, la jerarquía; primero el romano, después sus aliados, y el bárbaro en la esclavitud. Los británicos predican la selección natural, con la consecuencia tácita de que el reino del mundo corresponde por derecho natural y divino al dolicocéfalo de las Islas y sus descendientes. Pero esta ciencia que llegó a invadirnos junto con los artefactos del comercio conquistador, se combate como se combate todo imperialismo, poniéndole enfrente una ciencia superior, una civilización más amplia y vigorosa. Lo cierto es que ninguna raza se basta a sí sola, y que la Humanidad perdería, pierde, cada vez que una raza desaparece por medios violentos. Enhorabuena que cada una se transforme según su arbitrio, pero dentro de su propia visión de belleza, y sin romper el desarrollo armónico de los elementos humanos.

Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito. Nosotros nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos, si se quiere de una manera sincera, pero con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros. De esta suerte nosotros mismos hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental. La rebelión de las armas no fue seguida de la rebelión de las conciencias. Nos rebelamos contra el poder político de España, y no advertimos que, junto con España, caímos en la dominación económica y moral de la raza que ha sido señora del mundo desde que terminó

la grandeza de España. Sacudimos un yugo para caer bajo otro nuevo. El movimiento de desplazamiento de que fuimos víctimas no se hubiese podido evitar aunque lo hubiésemos comprendido a tiempo. Hay cierta fatalidad en el destino de los pueblos lo mismo que en el destino de los individuos; pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.

* * *

Tenemos el deber de formular las bases de una nueva civilización; y por eso mismo es menester que tengamos presente que las civilizaciones no se repiten ni en la forma ni en el fondo. La teoría de la superioridad étnica ha sido simplemente un recurso de combate común a todos los pueblos batalladores; pero la batalla que nosotros debemos de librar es tan importante que no admite ningún ardid falso. Nosotros no sostenemos que somos ni que llegaremos a ser la primera raza del mundo, la más ilustrada, la más fuerte y la más hermosa. Nuestro propósito es todavía más alto y más difícil que lograr una selección temporal. Nuestros valores están en potencia a tal punto, que nada somos aún. Sin embargo, la raza hebrea no era para los egipcios arrogantes otra cosa que una ruin casta de esclavos y de ella nació Jesucristo, el autor del mayor movimiento de la Historia; el que anunció el amor de todos los hombres. Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América. El cristianismo liberta y engendra vida, porque contiene revelación universal, no nacional; por eso tuvieron que rechazarlo los propios judíos, que no se decidieron a comulgar con gentiles. Pero la América es la patria de la gentilidad, la verdadera tierra de promisión cristiana. Si nuestra raza se muestra indigna de este suelo consagrado, si llega a faltarle el amor, se verá suplantada por pueblos más capaces de realizar la misión fatal de aquellas tierras; la misión de servir de asiento a una humanidad hecha de todas las naciones y todas las estirpes. La biótica que el progreso del mundo impone a la América de origen hispánico no es un credo rival que, frente al adversario, dice: te supero, o me basto, sino una ansia infinita de integración y de totalidad que por lo mismo invoca

al Universo. La infinitud de su anhelo le asegura fuerza para combatir el credo exclusivista del bando enemigo y confianza en la victoria que siempre corresponde a los gentiles. El peligro más bien está en que nos ocurra a nosotros lo que a la mayoría de los hebreos, que por no hacerse gentiles perdieron la gracia originada en su seno. Así ocurriría si no sabemos ofrecer hogar y fraternidad a todos los hombres; entonces otro pueblo servirá de eje, alguna otra lengua será el vehículo; pero ya nadie puede contener la fusión de las gentes, la aparición de la quinta era del mundo, la era de la universalidad y el sentimiento cósmico.

La doctrina de formación sociológica, de formación biológica que en estas páginas enunciamos, no es un simple esfuerzo ideológico para levantar el ánimo de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina con que habían querido condenarla sus rivales. Lo que sucede es que a medida que se descubre la falsedad de la premisa científica en que descansa la dominación de las potencias contemporáneas, se vislumbran también, en la ciencia experimental misma, orientaciones que señalan un camino ya no para el triunfo de una raza sola, sino para la redención de todos los hombres. Sucede como si la palingenesia anunciada por el cristianismo con una anticipación de millares de años, se viera confirmada actualmente en las distintas ramas del conocimiento científico. El cristianismo predicó el amor como base de las relaciones humanas, y ahora comienza a verse que sólo el amor es capaz de producir una Humanidad excelsa. La política de los Estados y la ciencia de los positivistas, influenciada de una manera directa por esa política, dijeron que no era el amor la ley, sino el antagonismo, la lucha y el triunfo del apto, sin otro criterio para juzgar la aptitud que la curiosa petición de principio contenida en la misma tesis, puesto que el apto es el que triunfa, y sólo triunfa el apto.

Y así, a fórmulas verbales y viciosas de esta índole se va reduciendo todo el saber pequeño que quiso desentenderse de las revelaciones geniales para sustituirlas con generalizaciones fundadas en la mera suma de los detalles.

* * *

El descrédito de semejantes doctrinas se agrava con los descubrimientos y observaciones que hoy revolucionan las ciencias. No era posible combatir la teoría de la Historia como un proceso de frivoli-

dades, cuando se creía que la vida individual estaba también desprovista de fin metafísico y de plan providencial. Pero si la matemática vacila y reforma sus conclusiones para darnos el concepto de un mundo movible cuyo misterio cambia, de acuerdo con nuestra posición relativa, y la naturaleza de nuestros conceptos; si la física y la química no se atreven ya a declarar que en los procesos del átomo no hay otra cosa que acción de masas y fuerzas; si la biología también en sus nuevas hipótesis afirma, por ejemplo, con Uexkull que en el curso de la vida "las células se mueven como si obrasen dentro de un organismo acabado cuyos órganos armonizan conforme a plan y trabajan en común, esto es, posee un plan de función", "habiendo un engrane de factores vitales en la rueda motriz físico-química" —lo que contraría el darwinismo, por lo menos, en la interpretación de los darwinistas que niegan que la Naturaleza obedezca a un plan—; si también el mendelismo demuestra, conforme a las palabras de Uexkull, que el protoplasma es una mezcla de sustancias de las cuales puede ser hecho todo, sobre poco más o menos; delante de todos estos cambios de conceptos de la ciencia, es preciso reconocer que se ha derrumbado también el edificio teórico de la dominación de una sola raza. Esto a la vez es presagio de que no tardará en caer también el poderío material de quienes han constituido toda esa falsa ciencia de ocasión y de conquista.

La ley de Mendel, particularmente cuando confirma "la intervención de factores vitales en la rueda motriz físico-química", debe formar parte de nuestro nuevo patriotismo. Pues de su texto puede derivarse la conclusión de que las distintas facultades del espíritu toman parte en los procesos del destino.

¿Qué importa que el materialismo spenceriano nos tuviese condenados, si hoy resulta que podemos juzgarnos como una especie de reserva de la Humanidad, como una promesa de un futuro que sobrepujara a todo tiempo anterior? Nos hallamos entonces en una de esas épocas de palingenesia, y en el centro del maelstreón universal, y urge llamar a conciencia todas nuestras facultades, para que, alertas y activas, intervengan desde ya, como dicen los argentinos, en los procesos de la redención colectiva. Esplende la aurora de una época sin par. Se diría que es el cristianismo el que va a consumarse, pero ya no sólo en las almas, sino en la raíz de los seres. Como instrumento de la trascendental transformación se ha ido formando en el continente ibérico una

raza llena de vicios y defectos, pero dotada de maleabilidad, comprensión rápida y emoción fácil, fecundos elementos para el plasma germinal de la especie futura. Reunidos están ya en abundancia los materiales biológicos, las predisposiciones, los caracteres, las *genas* de que hablan los mendelistas, y sólo ha estado faltando el impulso organizador, el plan de formación de la especie nueva. ¿Cuáles deberán ser los rasgos de ese impulso creador?

Si procediésemos conforme a la ley de pura energía confusa del primer periodo, conforme al primitivo darwinismo biológico, entonces, la fuerza ciega, por imposición casi mecánica de los elementos más vigorosos, decidiría de una manera sencilla y brutal, exterminando a los débiles, más bien dicho, a los que no se acomodan al plan de la raza nueva. Pero en el nuevo orden, por su misma ley, los elementos perdurables no se apoyarán en la violencia, sino en el gusto, y, por lo mismo, la selección se hará espontánea, como lo hace el pintor cuando de todos los colores toma sólo los que convienen a su obra.

Si para constituir la quinta raza se procediese conforme a la ley del segundo periodo, entonces vendría una pugna de astucias, en la cual los listos y faltos de escrúpulos ganarían la partida a los soñadores y a los bondadosos. Probablemente entonces la nueva Humanidad sería predominantemente malaya, pues se asegura que nadie les gana en cautela y habilidad, y aun, si es necesario, en perfidia. Por el camino de la inteligencia se podría llegar, aún si se quiere a una Humanidad de estoicos, que adoptara como norma suprema el deber. El mundo se volvería como un vasto pueblo de cuáqueros, en donde el plan del espíritu acabaría por sentirse estrangulado y contrahecho por la regla. Pues la razón, la pura razón, puede reconocer las ventajas de la ley moral, pero no es capaz de imprimir a la acción el ardor combativo que la vuelve fecunda. En cambio, la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer periodo, que es emoción de belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la belleza, por ejemplo, en el Fredo, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, ésa será la raza matriz de la nueva era de civilización. Por fortuna, tal don, necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del continente iberoamericano; gente para quien la belleza es la razón

mayor de toda cosa. Una fina sensibilidad estética y un amor de belleza profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer periodo impregnado de esteticismo cristiano que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado.

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino con criterio de universalidad y belleza; y tenemos también el territorio y los recursos naturales. Ningún pueblo de Europa podría reemplazar al iberoamericano en esta misión, por bien dotado que esté, pues todos tienen su cultura ya hecha y una tradición que para obras semejantes constituye un peso. No podría sustituirnos una raza conquistadora, porque fatalmente impondría sus propios rasgos, aunque sólo sea por la necesidad de ejercer la violencia para mantener su conquista, No pueden llenar esta misión universal tampoco los pueblos del Asia, que están exhaustos o, por lo menos, faltos del arrojo necesario a las empresas nuevas.

La gente que está formando la América hispánica, un poco desbaratada, pero libre de espíritu y con el anhelo en tensión a causa de las grandes regiones inexploradas, puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses. La raza hispana en general tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas en el espíritu ahora que todas las tierras están exploradas.

Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte; el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pero que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro, como una reserva de potencialidades que arrancan de los días remotos de la Lemuria; el indio, que vio perecer la Atlántida, pero guarda un quieto misterio en la conciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la Historia.

Muchos obstáculos se oponen al plan del espíritu, pero son obstáculos comunes a todo progreso. Desde luego ocurre objetar que ¿cómo

se van a unir en concordia las distintas razas si ni siquiera los hijos de una misma estirpe pueden vivir en paz y alegría dentro del régimen económico y social que hoy oprime a los hombres? Pero tal estado de los ánimos tendrá que cambiar rápidamente. Las tendencias todas del futuro se entrelazan en la actualidad: mendelismo en biología, socialismo en el gobierno, simpatía creciente en las almas, progreso generalizado y aparición de la quinta raza que llenará el planeta, con los triunfos de la primera cultura verdaderamente universal, verdaderamente cósmica.

Si contemplamos el proceso en panorama, nos encontraremos con las tres etapas de la ley de los tres estados de la sociedad, vivificadas, cada una, con el aporte de las cuatro razas fundamentales que consuman su misión, y en seguida desaparecen para crear un quinto tipo étnico superior. Lo que da cinco razas y tres estados, o sea el número ocho, que en la gnosis pitagórica representa el ideal de la igualdad de todos los hombres. Semejantes coincidencias o aciertos sorprenden cuando se les descubre, aunque después parezcan triviales.

Para expresar todas estas ideas que hoy procuro exponer en rápida síntesis, hace algunos años, cuando todavía no se hallaban bien definidas, procuré darles signos en el nuevo Palacio de la Educación Pública de México. Sin elementos bastantes para hacer exactamente lo que deseaba, tuve que conformarme con una construcción renacentista española, de dos patios, con arquerías y pasarelas, que tienen algo de la impresión de un ala. En los tableros de los cuatro ángulos del patio anterior hice labrar alegorías de España, de México, Grecia y la India, las cuatro civilizaciones particulares que más tienen que contribuir a la formación de la América Latina. En seguida, debajo de estas cuatro alegorías, debieron levantarse cuatro grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas: la Blanca, la Roja, la Negra y la Amarilla, para indicar que la América es hogar de todas, y de todas necesita. Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que en alguna forma simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica.

NOTAS DE VIAJE

PREMONICIONES

Se diría que ciertos sitios de la tierra nos atraen de una manera fatal y misteriosa. Pasamos por muchos lugares sin advertirlos, mirando con indiferencia o simplemente con curiosidad, pasamos y volvemos a pasar por la Luisiana y por la Georgia sin que esto signifique algo en nuestras vidas. Recuerdo que un azar me mandó a la tierra clara del Canadá, pero aquello no tuvo importancia en mi fantasía; fue el cuerpo llevado por los acontecimientos, y los ojos vieron, pero el alma no se conmovió ni la atención se sintió despertar. En cambio, hay lugares y países cuyo solo nombre nos sobresalta. Parece que dejamos en ellos algo, en otra etapa remota de la existencia, y que necesitamos ir hacia allá para recoger un tesoro largamente anhelado, confusamente presentido, un tesoro de afectos, de ideas, de visión de paisajes y de cielos. El Egipto, el Indostán, Italia, nos conmueven con el poder de la leyenda; pero es todavía más intimo y misterioso el atractivo de pueblos y regiones que no tienen o casi no tienen leyenda. Carecen de una leyenda universal, avasalladora, y, sin embargo, nos llaman con voz particular, casi personal; nos dicen algo que no dicen a los demás, se nos adelantan en la curiosidad y en el afecto, nos seducen, nos reclaman, y todo esto en forma callada, subconsciente, más bien dicho, supraconsciente, por encima de lo trivial y corriente de la vida. Sea cual fuere la causa, yo sé que una vez miraba el mapa de la América del Sur, en mi destierro de Nueva York, con esa amarga impotencia del que no puede salir de una cárcel, pensando en la ironía de estar soñando viajes fantásticos cuando no se tiene seguro el diario pasar, y, sin embargo, de pronto me dominó la visión y me sentí transportado hacia el Sur y adiviné los paisajes y recorrí las distancias hasta sentirme enclavado, precisamente en Lima, en el corazón del Perú, bajo el soplo de los Andes y la vasta palpitación del Pacífico. Días después, acaso unas semanas después, un amigo a quien había acudido me dijo:

—No es fácil encontrarle trabajo aquí, pero si usted quiere marchar al Perú...— A la semana yo estaba en camino, como envuelto en

un sueño, dudando de la realidad, por lo mismo que la había visto antes tan imposible y a la vez tan clara.

Volví como al año a Nueva York —el monstruo fascinante y sombrío—, y pasé otra vez por las tierras que no dejan huella, Alabama y Texas, y una tarde en que caminaba de San Diego a Los Ángeles, ebrio de bello paisaje, volví a mirar mi destino. Aunque iba agobiado por un año de mezquinas luchas y no llevaba ni oro en la bolsa ni esperanza en el pecho, se apoderó de mí el ensueño y otra vez me sentí transportado también hacia el Sur, recorriendo la pampa en lujoso carro especial de ferrocarril. El tren hacía altos en determinadas estaciones llenas de gente y había discursos que yo anticipaba enteros, y esto duró dos o tres horas, y yo tenía como fiebre, pero no podía librarme de las exactas imágenes, a pesar de que ya la fatiga me sacaba el cerebro. Por fin llegué al hotel exhausto, para enfrentarme a la dura realidad de un modesto trabajo profesional, como si súbitamente hubiese caído desde un destino muy alto.

Esta vez el sueño quedó olvidado y ocurrieron sucesos violentos y cambios inesperados; el perseguido se hizo Ministro de Estado, y, al cabo de dos o tres años, se comenzó a hablar de que el Gobierno enviaría una misión especial a la Argentina y Brasil. Ni se mencionó mi nombre al principio; pero yo comencé a sentir que iría, porque recordaba mi sueño; no hice ninguna gestión; una amiga mía, gran cantante, que era como una médium hermana, soñó que haríamos juntos un viaje; a los pocos días fui Embajador; ella se nos reunió después en Río de Janeiro; por segunda vez el sueño, tan claro como imposible, se hizo realidad, una realidad más rica de emociones y de misterio que el mismo sueño.

BRASIL

EL BRASIL

El Brasil también me había atraído por su propia cuenta, desde que estuve en el Perú, sin dinero para hacer viajes; pero seguro de que alguna vez contemplaría Río de Janeiro pensé que los diarios de allí se ocuparían de aquella tesis escrita primeramente en Lima, sobre la unión de los pueblos por la manera particular de comprender la belleza. Me sugirió la idea una bailarina portuguesa en el teatro municipal. Otra vez, también en Lima, escribiendo un cuento de caza, bordado sobre una noticia de la prensa local, pasé como en avión por todo el paisaje brasileño, penetré en la selva que se prolonga hacia el mar; el Brasil era, pues, mi conocido.

Llegamos de hecho, una hermosa mañana, a causa de un accidente de a bordo, delante de un puerto fuera de itinerario; el puerto de Bahía, de rojos tejados y caserones altos que se asientan en largas filas sobre colinas verdes a la orilla del mar claro. Parece ciudad italiana, comentaba alguien; una ciudad portuguesa, replicaba un brasileño; y por fin, todos callamos para escuchar la voz autorizada del agente comercial del Brasil, que venía a bordo adulando a todos los yanquis. Muy pronto, dice, quedarán terminadas estupendas obras de puerto —que todavía no se comienzan—, y sigue ciceroneando y amontonando cifras al estilo del Norte. La paulista, morena de ojos verdes que ha sido la tentación del barco en los quince días del viaje, se aproxima con el sexto de sus cortejadores: tan hermosa como la mejor heroína de voluptuosidades de las páginas de Eça de Queiroz. Mientras se desarrollan los trámites del desembarco, seguimos padeciendo esa modorra del viaje por mar, donde la noción del tiempo desaparece tan sólo para prolongar más el trato de gentes con quienes no nos liga ningún interés alto o mezquino. Me enfrasco en una conversación desagradable con el sabio de a bordo, un antropólogo del Instituto XX de Washington, D. C. Ante el panorama inesperado se habla de ciudades: la que está a la vista es por el instante de lo más grato; pero al sabio no le interesa; no ve allí, como en sus Kentuckys, barriadas de casas de madera donde

se duerme y altas colmenas donde se trabaja. Hablamos de Río de Janeiro, que nos aguarda luminoso y risueño; pero él se acuerda de Nueva York y asegura, con toda la autoridad de su ciencia evolutiva, que hacía el tipo neoyorquino tienden o deben tender todas las ciudades futuras. Le respondo que toda civilización verdadera se empeñará en no imitar a Nueva York, que es la patria de Mammon y una lacra del mundo; agrego que el arquetipo del futuro está en Río de Janeiro y está en Buenos Aires. Pocas noches antes el darwinista había afirmado, en conferencia pomposa, que la evolución no ha terminado, continúa su proceso en el cerebro humano. Según los datos más recientes, decía, el peso del cerebro sigue aumentando; el tipo humano se perfecciona, siendo lo más adelantado en la raza blanca, y ya dentro de la raza blanca, lo más perfecto está en los Estados Unidos, y ya dentro de los Estados Unidos, allí donde es más pura la cepa, más o menos por el Tennesee; estos recuerdos me provocan una carcajada, y le digo:

—Desengáñese, profesor, la civilización fracasó en Norteamérica y se está trasplantando como siempre, hacia el Sur. Esto lo va usted a comprobar cuando regrese a Nueva York, después de conocer Sudamérica.

Con este necio, ex húngaro adaptado a Norteamérica, viajaban sabios yanquis bondadosos, inteligentes y humanos. También el capitán del barco, un excelente sujeto, nos reconciliaba con el sajonismo.

Pero la infame comida de a bordo nos amenazaba una vez más, porque el instante de desembarcar se demoraba. Todo lo que sirven es del país del barco, conservado en refrigerador años o meses, y todo sabe a Nueva York. Por codicia y propaganda comercial no compran ni una naranja en el tránsito. Aun las legumbres proceden de Manhatthan, y para allá regresan, de suerte que el viajero, si se atiene a la Empresa, no prueba un solo manjar fresco o desconocido. Cuanto allí se come sabe a drogas y está esterilizado conforme a la higiene científica, pero dan de comer no sólo cadáver, sino también momias de ave y de pez y también de hierbas. Los latinos de a bordo protestamos por la demora, ansiosos de bajar a tierra para perdernos por la ciudad y sentarnos a la mesa de cualquier fonda no pasteurizada.

En gran parte fue una desilusión el desembarco, a causa de que los agentes del Gobierno se apoderaron de nosotros. Apenas cruzamos algunas palabras con los periodistas, simpáticos muchachos, muy al tanto del momento intelectual de México. Advertimos en ellos cordia-

lidad sincera y efusiva, y una leve diferencia en el aspecto físico y en el idioma. Después nos llevaron en comitiva y confundidos con los congresistas yanquis. Predominaba todavía en aquella región el elemento oficial con el criterio del Brasil anterior a la guerra, que llamaba a los Estados Unidos nuestro hermano mayor, y parecía que nos tomaban a nosotros como una porción, no sólo geográfica, sino también política de Norteamérica. Buen cuidado tuve de desvanecer la confusión al iniciar los discursos en el Palacio de Gobierno, donde nos ofrecieron la primera recepeción. El viejo gobernador Seabra comprendió la situación y supo distinguir; pero los de la comitiva de recepciones insistían en conducirnos como rebaño. Acabaron por ponernos malhumorados; nos llevaron a ver las ruinas de un viejo castillo o fuerte holandés del siglo XVI, con torreones altivos y arruinados sobre la roca que hace siglos contiene las olas y les arranca espuma. Alrededor hay una pradera verde, un parque donde las familias se reúnen para bailar los días festivos. Regresamos por la maravillosa calzada que se prolonga a orillas del mar, y ya en la ciudad visitamos un hermoso convento portugués del siglo XVII, el convento de San Francisco, habitado ahora por monjes alemanes. Admiramos escenas bíblicas retratadas en azulejo holandés; es todo un gran lambrín que circunda los muros de un patio de ensueño, hecho de esbelta arquería inferior, y el segundo cuerpo, de columnas blancas, que sostienen un alero de teja. En la iglesia anexa, retablos churriguerescos, casi tan ricos como los de las iglesias de la Nueva España. Cuando salimos de allí, expresando nuestro deleite, uno de la comisión dijo: este es un monumento de arte; así lo reconoció Mr. Roosevelt cuando estuvo aquí en su viaje por la América. La ocurrencia de asociar dos vocablos antitéticos, Roosevelt y arte, me causó casi ira, por lo que repuse: "Raro, ¿verdad?, que hombre tan rudo haya podido advertir belleza tan refinada." Quise detenerme en el mercado para ver a las negras con sus trajes pintorescos, para examinar los frutos del trópico, tan gratos a los sentidos; pero advertí que el funcionario no deseaba que advirtiese la existencia de los negros; tal espectáculo está suprimido del itinerario del turismo oficial; probablemente hasta se avergonzaba de las naranjas que, tan dulces y ardientes, se ofrecían en pirámides; pero es fruta del trópico, y la civilización es hija del Norte; tal vez hubiera deseado que su tierra jugosa produjese duraznos ácidos, para parecerse al Norte.

Los periodistas, en cambio, uno o dos que se pegaron al grupo, se mostraban inteligentes, adivinaban nuestras emociones, tenían orgullo de su Brasil y abrían los ojos con curiosidad afectuosa por nuestro México. Desde luego sentimos la diferencia de los dos Brasiles, el Brasil de Río Branco y Penha, ilustre pero europeizado y *hermano menor del Coloso,* y el Brasil de Pessoa y de Bernades, nacionalista, iberoamericanista, autónomo y consciente ya de su porvenir.

Hubo un instante en que el alma se arrancó del cuerpo del funcionario, se apartó de la comitiva oficial, y, en una especie de vuelo panorámico, recorrió las calles superpuestas sobre la colina y prolongadas sobre la costa; se anegó en la claridad de la tarde, llenándose del verde profundo de las colinas risueñas y de la verde transparencia del mar; desde el fuerte de los holandeses hasta el puerto de los brasileños. En las viejas iglesias halló el rastro de aquellos héroes que se bifurcaron en la Península para crear reinos en dos mundos, en Asia y en América. Y ganaron con genio lo que después los otros lograrían por cálculo: las Filipinas y la India y la hegemonía de América. En altares comunes rezaron nuestros padres, en lengua que entonces era casi la misma. Lo enorme de la empresa hace que apenas nos reconozcamos después de tantos siglos, y que tanto necio ponga en duda nuestra alianza profunda.

Los edificios modernos, los ascensores para subir de una a otra calle, los *trolleys* y autos, los palacios y las bibliotecas, el movimiento de gentes civilizadas, morenas, blancas, mestizas; el trópico pintoresco y la modernidad de pavimentos, de máquinas de construcción: he ahí el paisaje de Bahía. País de ascenso; nadie habla con orgullo de Bahía, y sin embargo, aun allí, en la ciudad desdeñada, se advierte la potencia de un pueblo que crece lleno de fuerza y de esperanza.

RÍO DE JANEIRO

Todo el día fue de sobresalto; tan pronto se decía que llegaríamos a las doce como que llegaríamos a las seis, al oscurecer. Se hablaba del espectáculo que la ciudad presenta a la luz del día, por la noche y al amanecer; había en todos los pechos la emoción de acercarse a uno de los lugares privilegiados del mundo. Para producir esta emoción no es indispensable la Historia. Río de Janeiro carece casi de historia; sin embargo, posee una unción religiosa derivada del solo poder de su belleza. Recordábamos descripciones, fotografías, pero deseando olvidarlo todo para recibir la emoción directa y pura. Así se pasó todo el día, y al oscurecer vimos la luz de un faro, el cayo vigía. Todavía unas horas de espera y, por fin, apareció en el horizonte un resplandor, el anuncio nocturno de toda gran ciudad, resplandor tibio de París que promete goces sensuales; resplandor estridente de Nueva York, que ofusca un instante y en seguida desilusiona; resplandor gris de Chicago, envuelto en un manto de humo, que vicia la atmósfera diez leguas a la redonda. El resplandor de Río era un resplandor claro, se diría una gran ciudad en la que el tráfico, los servicios todos, dependieran de la electricidad y ya no del carbón; una urbe posterior a la etapa monstruosa del coke. A medida que la claridad se hacía más intensa comenzaron a aparecer puntos de luz cada vez más precisos y más grandes, como enormes estrellas que rodaran por el mar. Poco a poco nos fueron cercando las luces, los faros, y vagamente, desde el fondo negro, comenzaron a perfilarse las masas de algunas montañas. Los focos luminosos se alineaban trazando planos; sin darnos cuenta estábamos ya dentro de la bahía; a un lado, distante, se miraba como una pedrería confusa Nichteroy, y a la izquierda, por fin, el prodigio, las largas cintas de luces, unas fijas, de faroles, y otras errantes, de autos veloces, limitadas por lo negro del agua, trepando sobre alturas, entre construcciones que se aprietan o se abren para formar calles. Aquí y allá una palmera o una torre envueltas en sombra, y hacia un extremo, el miraje de las *Mil y una noches:* los edificios de la Exposición iluminados de

rosa, de verde, de oro, cúpulas de cristal, arquitecturas portuguesas que robaron su encanto al Oriente. El ánimo se queda suspenso y pensamos en todos los nuestros, en todos los hombres que no pueden venir a presenciar este espectáculo. Todavía nuestra maquinaria imperfecta no puede traerlos periódicamente, en peregrinación de belleza, para purificarse, para coronar su vida... Por arriba, el cielo estrellado es otro inmenso asombro; en los ojos humanos tiemblan las lágrimas, y semejan pedrerías sin solidificar, brotadas de un abismo tan profundo como el cielo y tan negro como las aguas del puerto.

* * *

Entrar en la esencia de una gran ciudad es tarea complicada y fascinadora; se necesita una sensibilidad instantánea, una como telepatía para recibir a un tiempo muchos mensajes. Penetramos en los senderos nuevos, enlazamos analogías, nos remontamos a los antecedentes, abarcamos el conjunto, adivinamos mil proyecciones y perseguimos en el ambiente una íntima esencia creada por el roce y el ansia de las almas particulares; esencia que si no se define del todo, sí se insinúa a cada instante, en el aspecto de las gentes, en la hechura de las cosas, en el torcerse de las calles, en la suntuosidad de las avenidas, en los tipos y en los paisajes, en todos esos caracteres particulares que se advierten en cada grupo de gentes y en cada región de la tierra.

Aceras recamadas de pedacitos de granito en figuras simétricas, blanco y rosa, que recuerdan el viejo solar portugués; casas modernas hechas para el comercio de lujo llenan ocho o diez calles, que se combinan alrededor de un gran bulevar. En los escaparates se ven prendidas en alfileres luces petrificadas de diamantes, de turmalinas verdes, azules, granate, claras como una gota de agua, azuladas como agua de mar; esto es ya parte del Brasil fantástico, hecho realidad ante nuestros ojos.

Abundan los almacenes de todo género y las tiendas de golosinas, al estilo portugués, o, lo que es lo mismo, ibérico, de Iberia, la patria común. En otros sitios se ven frutos del trópico que recuerdan nuestro México; chico zapote o zapotui o níspero, la mejor de las frutas del mundo, sin la cual no ha de considerarse completa en el futuro una verdadera civilización; además, mangos, papayas, anonas, guanábanos, naranjas, cocos, piña o abacaxi, fruta de verdad, no manzanas y duraznos

que son casi legumbres; frutos aromados, intensos, únicos por el sabor, la voluptuosidad y la belleza cálida.

Las casas no son bajas ni muy altas, cinco, seis pisos, hoteles, clubs, almacenes, edificios de diarios, y gran tránsito de peatones, de autos en triple fila. Luego el bulevar se ensancha todavía más, y aparece de un lado el Teatro Municipal, y del otro la Biblioteca, una masa de tres pisos, rodeada de escalinatas y parterres de estilo un poco yanqui. El teatro se ve grande, sin suntuosidad, estilo italiano, y al fondo, cerrando la avenida, una columnata ridícula que rodea una fea casa llamada Palacio Monroe. Siguiendo delante se dejan a la izquierda los terrenos de la Exposición, y a la derecha se abre la curva maravillosa de Botafogo, sobre la playa blanca, perfecta, cuyo dibujo se afina a cada instante con la lámina movible y lustrosa de las olas en retroceso, hacia su fondo de esmeralda. El malecón se prolonga siguiendo la playa entre filas de árboles, con mucho tránsito en el centro y trozos de jardín. Por el lado de tierra, en la falda de la colina, se elevan masas de construcciones, calles que serpean misteriosamente; al final de la playa resplandece una colina decorada con casas, jardines, palmeras y tejados rojos; su base la corta el edificio del Hotel Gloria, que es como una morada de magos. La calzada se estrecha en este punto, da vuelta y termina un poco distante, en la punta más hermosa de todo el planeta, el Peñón del Pan de Azúcar. En el mar, limitado a distancia por los montes, se ven los barcos de las escuadras japonesa, inglesa, yanqui, francesa, argentina, brasileña. Desde la terraza del Hotel Gloria la marcha del tiempo se suspende, los ojos se fatigan de deleite y la voluntad se deja llevar al unísono de los grandes barcos que resbalan con lentitud; el ambiente tibio adormece, pero sólo el músculo ha menester reposo; el alma permanece alerta y aspira el conjunto; parece temer olvidarlo, quisiera permearse de él y retenerlo; se tiene la sensación de que ya no hay más que hacer, porque la vida entera en aquellos instantes alcanza a ser perfecta.

El Pan de Azúcar

Una tarde, una de esas tardes que hacen época en la vida de un alma, subimos al Pan de Azúcar; peña bruñida y alta que remata el desfile de colinas que protegen la concha de la playa de Botafogo.

Por fuera las aguas rodean al peñón y señalan la curva más abierta de otra playa maravillosa, la de Copacabana. En su situación privilegiada, el Pan de Azúcar es también centinela, a la entrada de la bahía; muy cerca tiene el islote casi plano, donde se asienta una fortaleza, y ya por el mar libre, se le acercan tres o cuatro islillas como arrojadas al acaso para hacer juegos de espumas. Enfrente se alzan los montes de Nichteroy, que limitan por el fondo la anchísima bahía.

El Pan de Azúcar es como un largo cono adosado verticalmente a la falda de una colina alta y redonda que se ensancha por su base para ligarse con la tierra. A la cúspide se sube en una especie de carro volante, suspendido de largos cables oblicuos. El primer salto es de unos doscientos metros y deja la sensación de haber volado. Se hace una pausa en la meseta de la colina redonda, donde hay un café con mesitas para refrescos y miradores con jardines. Ya desde que se ha empezado a ascender comienza el asombro; ninguna palabra podría describirlo; aquello es un carnaval de colores, un festín de la imaginación. Mirando hacia abajo el mar hace una pequeña curva verde y tranquila, como una gran esmeralda; a lo largo de la costa el caserío se extiende inmóvil sobre las suaves laderas que ascienden o se acercan a las curvas de la playa; a las curvas en donde se repite sin cesar el milagro de las espumas y los oleajes infatigables. Abajo un mar grato a la vista, verde transparente y sólo menos vasto que, el azul claro de arriba. Las casas, los edificios, la ciudad entera se mira como abrazada por la vegetación que cubre todos los montes y envuelve las cosas, y todavía desborda hacia el mar. Se combinan palmeras y grandes árboles; follajes confusos de un verde jugoso, peñas agrias y flores violentas; palpita en los aires el prana. Las copas de las palmeras suavizan las asperezas de las rocas, que en uno que otro pico se yerguen, peladas y rebeldes. En los puntos bajos donde la selva ha cedido ante el mar, el musgo, verde, tupido y fresco, recubre las peñas, las protege casi hasta que tocan el agua. Las casas y los palacios se ostentan flamantes, como el triunfo de una civilización poderosa y reciente. Los muros se ven, blancos, rosados, amarillos, grises, risueños con sus tejados rojos.

Apenas se comienzan a precisar sitios y rumbos, cuando el ansia de abarcar mejor la extensión nos hace embarcarnos en el otro carro, que por un cable todavía más atrevido sube casi perpendicular, dejándonos sin aliento; parece que va a chocar contra la peña; pero ya al

llegar la perfora y se detiene suavemente en una tranquila y pequeña estación. De allí se sale para mirar el panorama agrandado; no se sienten deseos de hablar; las interjecciones de uno que otro viajero verboso parecen triviales y molestan como una ofensa personal. Se impone el silencio en el alma. El prodigio es de tal manera estupendo que cualquier voz se ahogaría en la garganta o se perdería en la inmensidad. El conflicto de colores es tan vivo y se resuelve de tal modo que da la impresión de una música latente y a punto de estallar. Del pecho y del paisaje nace como una oración, una alegría religiosa, que nos convierte en la expresión final del paisaje. El misterio cautiva el oído y recrea la vista; el corazón se inunda de dicha. Los montes más altos, cortados por uno que otro cendal de bruma, parecen altares. Abajo, la tierra poblada y fértil, enriquecida de construcciones claras, semeja un paraíso construido por la especie, después de mucho vagar inútil y doloroso por los sitios ingratos del planeta. Allí reside la felicidad; no es posible que deje de haber goces en aquellas casas, ya sean hogares, posadas, lugares de encuentro fugaz, no importa, todo allí es alegría: los niños en la playa, los jóvenes en el paseo, los viejos en las terrazas; hasta los barcos empavesados estaban a esa hora de fiesta.

A medida que cae el sol la sinfonía de colores se hace más variada y más viva, semeja un *allegro*. En el agua, el azul, el verde y las movibles orlas blancas, renovándose en las playas. En la ciudad las casas adquieren contornos fantásticos con los vanos incendiados por el reflejo solar. En el poniente resplandecen rojos cárdenos, oros que deslumbran y llamaradas gloriosas. Las nubes fingen monstruos. Los celajes infinitamente remotos se inundan de azul claro. Todo se hace y se deshace, trasmutándose con temblorosa rapidez, y al mismo tiempo, con la solemnidad de un profundo misterio. Ante la emoción de lo que ocurre, quisiéramos romper el silencio, invocar aliados para la defensa de la luz; pero mirando en torno, descubrimos que la selva también se ha contagiado y se ha ido impregnando de sombras. Toda la naturaleza está pendiente de la danza de las formas celestes. El miraje fugitivo no alcanza a fijar sus contornos un solo instante. Parece que todo se volcara en una catástrofe armoniosa, sumándose a la fuga de la luz, vencida por la oscuridad. Sólo allá abajo, en la región que habitan los hombres, comienza a observarse algo que parece una pequeña protesta, un desquite que ha costado al ingenio humano millares de años y sacri-

ficios sin cuento; las luces artificiales que se prenden sobre la ruta de las avenidas y que en sus reflejos señalan el perfil de algunas casas, son como millares de ojos que se abren periódicamente para crear el artificio de la vida nocturna. Ya están allí encendidos, anticipándose a la tiniebla que avanza. Están listos, ya puede venir la noche, no interrumpirá el trajín en la ciudad de la alegría. A medida que oscurece, las luces se agrandan, irradian, parece que se burlan de la tragedia del sol, una tragedia que ya sólo conmueve a los cielos inocentes; al aire, a la nube y a la peña, que no tienen conciencia y no han sabido fabricarse sus lámparas. Esperamos hasta que entra la noche para contemplar la maravilla de los dibujos luminosos sobre la densa sombra: la tierra parece una oscuridad con estrellas; las formas de los montes parecen fantasmas gigantescos que se hubiesen solidificado tornándose impotentes. La sombra y la muerte son poderosas; de ahí que los pequeños ojos humanos se estremezcan y se alegren a la vista de millones de luces de Río de Janeiro, de Copacabana y de Nichteroy: conciben la ilusión de que es posible vencer a la sombra y a la muerte.

EXCURSIÓN A SAN PAULO

De intento habíamos llegado unos días antes de la fecha oficial de los festejos del Centenario de la Independencia, para aprovechar el tiempo viajando por el interior del país. Para conocer el Brasil sería menester un año, por lo menos; así es que no disponiendo sino de algunas semanas, se convino que iríamos a las dos regiones principales más próximas a la capital: el Estado de San Paulo y el Estado de Minas. Nos acompañó un primer secretario de embajada, nuestro antiguo y buen amigo Américo Galvao Bueno, diplomático inteligente y hombre de corazón y de mundo, atento siempre al menor detalle, expedito y simpático. Ávidos de conocimientos, salimos por el nocturno para amanecer en San Paulo. Confieso que yo imaginaba encontrar una población grande, pero un poco rústica y ahogada por la selva, como nuestros pueblos del trópico; no había tenido en cuenta que, estando a una altura de cerca de mil metros, posee un clima más bien templado, ni suponía que se está formando en aquellos sitios el centro industrial más importante de la América Latina.

Se explica, entonces, la sorpresa con que comenzamos a mirar la gran ciudad. En la estación nos recibió en persona el ministro de Educación Pública, junto con un representante del Estado de San Paulo y funcionarios y periodistas. El edificio de la estación es espacioso, lleno de movimiento, con grandes cobertizos de hierro, anchos andenes y salones. Afuera corren tranvías, autos, un movimiento ordenado y vivo, pero sin estruendo, semejante en esto a las ciudades europeas más bien que a las yanquis. En todos los rostros se advierte la cordialidad sudamericana. Sin embargo, acaso por la huella de una rápida improvisación o por el agreste lomerío en que se extiende, la ciudad recuerda alguna de las grandes urbes del Middle West Norteamericano, como Kansas City o el antiguo San Luis, improvisados sobre la pradera fértil. La perspectiva general es de grandes avenidas todavía no acabadas de edificar; muchas grandes construcciones, algunas todavía sin concluir plazas espaciosas y calles muy anchas a distintos niveles, que se enlazan por medio de puentes de largas arcadas de hierro. Hacia abajo, el barrio comercial, parte antigua de la ciudad; posee calles estrechas y casas altas de cinco y seis pisos, semirrascacielos hechos para almacenes de comercio, para Bancos y despachos. El tráfico es apresurado, las mercancías se ostentan en abundancia, tiembla el ímpetu de los centros sajones de comercio, pero con una especie de agilidad latina. En pocos días nos damos cuenta de una producción asombrosa. En la extensa sección fabril se hacen telas, zapatos, muebles, artefactos, cuanto la industria produce, y todo en grande, con orden perfecto y potencialidad desbordante. Como es natural, esta abundancia ha traído el lujo. Existe un Jockey Club fastuoso. Se han construido hoteles espléndidos, mezcla de Europa y Norteamérica. Se ha levantado un soberbio Teatro Municipal, decorado con mármoles y bronces nativos, rodeado de terrazas y jardines que le dan perspectivas de ensueño. Por todas partes se ven grandes edificios dedicados a Escuelas Primarias, Normales, Gimnasios, Institutos técnicos, todo en grande y adecuado. Algunos de los funcionarios del Gobierno nos acompañaban en visitas y paseos; de todos recibimos la mejor impresión; se ven hombres de cultura sólida educados en las Universidades, enérgicos y corteses. Se reconoce por todo el mundo que manejan con escrupulosa honradez los caudales públicos, y los emplean en el desarrollo de los servicios.

La sección de residencias luce palacios, chalets risueños, calles arboladas, pavimentos acabados, paseos con pérgolas y puentes y jar-

dines. Por el extremo sur se prolonga un gran paseo interrumpido con rotondas en cuyo centro se elevan monumentos con estatuas asentadas en grandes bloques de granito. La escultura es sobria porque la misma dureza de la piedra obliga a usar líneas sencillas, vigorosas, eternas.

Por todas partes se advierte un bienestar efectivo. Los humildes reciben atención del Gobierno y de las empresas y disponen de oportunidades para mejorar su condición. En los de arriba se observa una delicadeza innata, y en la clase intermedia abunda el talento impetuoso. El porvenir se siente ilimitado, como el horizonte poblado de chimeneas, o como las fértiles campiñas distantes. Desde cualquier eminencia se descubren torres de iglesias recién construidas, cúpulas flamantes, altos edificios civiles; un desbordamiento de acción; en suma, una civilización que va en ascenso. Tal es San Paulo, cuna de brasileños ilustres, fecundo en la historia del país y colmena del presente. Allí acuden en la actualidad emigraciones latinas, que se mezclan para formar un medio en el que, sin gran menoscabo de la bondad, triunfan el talento y la belleza. Su escudo podría ser el martillo de forja, el cafeto que despierta el espíritu y la estrella que orienta la civilización.

Una fiesta en la Normal

La tarde de nuestra visita a la Escuela Normal nos dejó la impresión más dulce que puede recibir un viajero. En un gran recinto cubierto con cúpula de cristal se sentaron más de quinientas niñas, y enfrente, nosotros, con los profesores y los invitados. Hubo discursos en la dulce lengua portuguesa, dulce por la forma y porque traduce el cálido afecto de corazones sin odio. Se recitaron versos de poetas mexicanos en un castellano delicioso, y todas las niñas en coro entonaron aires populares del Brasil. Había referido minutos antes a mi colega, el ministro de Instrucción, que en México acabábamos de introducir en las escuelas el canto popular y el baile regional, y él se complacía en demostrarme que eso mismo se estaba haciendo en San Paulo. Cotejamos las fechas en que ambos comenzamos la propaganda de las formas bellas del regionalismo, y descubrimos que casi habíamos coincidido sin comunicarnos. Más tarde supe que todavía antes que nosotros las escuelas argentinas, que siempre van a la cabeza de América,

adoptaron este mismo criterio; pero el brasileño y yo comentamos con curiosidad y simpatía la coincidencia oculta de nuestro pensamiento.

Me asombró también el ministro hablándome de Madero, la única figura mexicana que le había impresionado, me dijo, porque jamás derramó sangre, en un país en que la sangre parece una fatalidad infernal. Una joven profesora, la señorita Diva de Campos, pronunció un breve y hermoso discurso sobre el "heroico pueblo mexicano que mata emperadores" y "actualmente defiende la cultura latina frente a las amenazas del Norte". Otros maestros hablaron de afectos que acortan las distancias y, finalmente, los coros entonaron el himno nacional brasileño. Yo he oído muchos himnos patrios; algunos que no mencionaré, me ofenden como una injuria; son valientes y son vacíos, hablan de muerte, y palpitan de satánico orgullo. Otros que son himnos de libertad, como por ejemplo *La Marsellesa,* no lastiman y más bien inspirarían simpatía, si no revelasen cierta egolatría pueril, que divierte al extranjero. La marcha española tiene una pompa que suena a hueco porque recuerda la monarquía que ha puesto a la raza en bancarrota. El himno mexicano nos emociona a nosotros; pero no puede resistir el análisis si uno recuerda esa letra de cruel arrogancia que habla de cañones que retumban y sepulcros que se abren. El himno del Brasil, en cambio, es algo distinto de los demás himnos patrios. En un sentido es bélico; cuando se le escucha, se ven desfilar esos brillantes ejércitos de ciudadanos que defienden la libertad y el honor, pero no se manchan con la venganza y la injusticia; es bélico, pero no es provocativo ni posee acentos lúgubres. Sus melodías son claras como un amanecer, no semejan los gritos de un pueblo en el combate feroz, sino la alegría del cuerno de Sigfrido cuando despierta a las selvas. Parece que el pecho de un gran pueblo de historia limpia se desahoga en un canto que invita a todos los hombres a formar patria nueva en un continente rico y luminoso. Es una invocación a la tierra fecunda, al paisaje hermoso y a la Humanidad feliz. Todo el corazón se entrega a sus notas y por la mente pasa el aleteo sublime de una revelación sin relampagos, hecha sólo de armonía y de luz. La última palabra del verso patriótico es: Brasil, y su claro timbre resuena como anuncio de ventura; se diría el son de una campana que anuncia la aurora del porvenir.

* * *

Las únicas horas tristes de San Paulo fueron las que pasamos en una larga visita a la Penitenciaría. Cierto que no había allí los reos políticos que en otros países llenan las cárceles, sino sólo criminales auténticos: homicidas, ladrones, reincidentes; a pesar de eso, se advierte que hay algo fundamentalmente malo en el hecho de mantener hombres en tales tormentos.

Los presos habían preparado una fiesta en honor de las visitas. En uno de los grandes patios interiores los encontramos alineados, dentro de sus uniformes opacos, siquiera no los uniformes infamantes, listados, que se acostumbran en los presidios yanquis. Hicieron ejercicios gimnásticos, acompañados de música, y terminaron formando una especie de pirámide rematada con las banderas unidas de México y Brasil. La penosa farsa me hacía sufrir. ¿Qué podrían importarles a aquellos hombres dos banderas que para ellos representaban el castigo implacable? Por un momento odié con ellos las dos banderas. Agitado por una violenta protesta interior pasé delante de las celdas en callejón que se cierran todas con la misma maquinaria, a una hora fatal, todos los días —recordé mis prisiones breves, pero numerosas y amargas—, vi los mismos rostros que se ven en todos los presidios, rostros disimulados, o rostros de desvarío; en una celda vi estampas de santos, indicio de esa religiosidad morbosa que se acerca a vesania, que se apodera de algunos presos sujetos a larga condena.

Vimos todo lo malo de todas las cárceles; pero, en cambio, en aquella de San Paulo existen siquiera magníficos talleres, con maquinaria para la gran producción. También se observa en ella un perfecto aseo, que, junto con el lavado de la ropa, se hace por medio de máquinas. Examinamos los depósitos de provisiones y los almacenes de artefactos ya elaborados. No podemos dejar de admirar la perfecta administración y la evidencia de que no sólo hay buen manejo, como de usina moderna, sino también penalistas que observan la conducta de los reos y la dirigen, procurando mejorarlos por medio de lecciones instructivas, enseñanzas diversas y algunas diversiones; pero, con todo esto, el sistema es inhumano. Todos los tratadistas italianos de Derecho Penal juntos no lograrían convencernos. Las teorías de la defensa social y el criterio de juzgar al delincuente como un enfermo, comparadas con el antiguo derecho bárbaro del castigo por el talión, están bien, como teoría; pero hay que ver de cerca estas casas de tormento; hay que saber lo que son las cárceles en los Estados Unidos, por ejemplo, y leer lo que son

en Inglaterra. Habría que reflexionar en los estragos que deja en la conciencia la monótona frialdad de los reglamentos, la desesperanza de un castigo prolongado, para darnos cuenta de que así no se regenera, así se pervierte el alma. Luego, con el pretexto de que una penitenciaría es un instituto de reforma moral, las penas se alargan peor que en los días de la barbarie. Así hemos visto a Wilson en pleno siglo XX, conmutando la pena de noventa y nueve años, impuesta por un tribunal militar por el dudoso crimen de no querer tomar parte en la guerra, por otra pena de *sólo treinta y tres años* de prisión. Y esta monstruosidad la exhibían los diarios como prueba del *espíritu magnánimo* del presidente apostólico. Casos como éste inspiran un odio colectivo a la especie.

Hay que ver de cerca el sufrimiento estéril de los reos; se necesita haber sentido la opresión de la reja que no se abrirá más en toda la noche, aunque el encierro ahogue a sus víctimas. Cuando se ha escuchado el llanto de algunos presos a medianoche, en horas de desconsuelo; cuando las jergas del lecho queman la piel y la celda no alcanza ni para estirar bien las piernas, se comprende que estos dolores caen sobre los que están fuera como una maldición diariamente renovada. El preso llega a adquirir el sentido, la masonería de los que están dentro, contra todos los que están fuera, y hace votos de dedicar la vida entera, tan pronto como quede libre, a dinamitar cuanto han edificado las manos impuras de los hombres; manos que atan cadenas, escriben reglamentos y forjan hierros para apresar cuerpos.

Recordé los pasillos donde se amontonan los presos en las cárceles de las ciudades populosas donde la inacción y la rutina de jueces imbéciles mantiene a los acusados dos y tres meses, sin trabajo, sin proceso y atormentados del deseo de cometer un delito grave para pasar, por lo menos, al presidio, donde es menor la apretura y el trabajo ayuda a matar las horas.

Recordé la alegría dolorosa de esperanza frustrada con que se mira un rayo de sol desde el fondo de una crujía. Adivínase la mañana clara que hace la dicha de gentes que no se ocupan de nosotros, que desprecian al que padece y sin embargo, no tienen derecho de ser felices, puesto que hermanos suyos, sus iguales en Cristo, pasan angustias privados de aire y de paisaje. Mil veces se maldice el crimen de los hierros que se traban para ser reja en vez de erguirse para ser columna o tenderse para ser puente.

Pero los carceleros seguían relatando los crímenes de los presos y pasó también por nuestra mente la visión del malvado que interrumpe la dicha ajena por un impulso malsano; la protesta surge de todo pecho viril contra mendaces y asesinos, ¿dejaríamos sin protección a los débiles, a los confiados, a los buenos? ¿No retornaríamos entonces a la sociedad primitiva, donde se impone el más pérfido, donde triunfa y gobierna precisamente el que en los pueblos civilizados viene a parar a la celda? ¿No hubiera sido mejor que muchos caudillos de la historia de América hubieran llegado a la celda, desde la primera vez que vertieron sangre? ¿La civilización inglesa acaso no debe su sólida organización precisamente a esa severidad con el delincuente? Y por un momento parecía que aquel culto director de penitenciaria, hombre fuerte y sabio, era un protector de la sociedad. Pero no es justo que el peligro de un estado social primitivo nos haga cerrar los ojos a las iniquidades de un régimen imperfecto y cruel, aun en el perfecto y generoso Brasil. Ni hay que olvidar que el dolor engendra dolor y el castigo prepara venganzas. Los antiguos presidiarios de las cárceles rusas son hoy los verdugos de sus dominadores antiguos. La crueldad bolchevique es hija del miedo, hija del rencor que se acumuló en el alma de los antiguos presos. El crimen provoca el crimen con encadenamiento maldito y si algún día se ha de romper el círculo satánico, es menester que los Gobiernos den el primer paso estableciendo las cárceles en el campo, con rigor para imponer el trabajo que redime y la enseñanza que ilustra, pero sin aislar al preso, sin negarle el contacto con su familia y amigos, sin privarlo del amor, que es la única fuerza capaz de salvarlo.

¿Se intentará todo esto en el Brasil, el país más generoso de la tierra; en la Argentina, que es buena; en Perú, que es tierno; en Colombia, que es dulce? Cuidémonos, sin embargo, de las imitaciones. En San Francisco de California había un juez que, apegándose al *common law,* dictaba sentencias teniendo a la vista una tabla de seguros de vida, y después de que preguntaba al procesado su edad, le decía: "Te quedan, según los cálculos de probabilidad, cuarenta, cincuenta años de vida; por lo mismo, yo te condeno a sesenta de encierro para salvar tu alma, que de esa manera no volverá a tener ocasión de pecar."

VISIONES RÁPIDAS

La mayor tortura del viajero es no poder retener con nitidez, siquiera las emociones más profundas, las vistas más bellas. Contemplamos extasiados, hacemos un esfuerzo para fijar en la mente el contorno y el color, y en el corazón la grata placidez de un panorama, y nos duele saber que a pesar de nuestro esfuerzo retentivo aquéllo se hará humo muy pronto. Quizás al día siguiente ya se habrá deshecho para confundirse con otras visiones y quedará fatalmente olvidado, perdido para siempre en el abismo de lo que pasa sin retorno. Frágil conciencia que sólo posee el instante; nos soñamos arcángeles y somos gusanos reptando en un planeta inferior.

En uno o dos días, en rápidas horas de encantamiento visitamos el Instituto de Butantan; pabellones risueños entre colinas verdes; miramos el veneno viscoso como perla líquida que se extrae del colmillo vivo para formar los sueros; recibimos lecciones de cómo se caza una víbora y miramos retorcidas una infinidad de ellas en sus casas, en sus terrados, reducidas a impotencia por la maña del hombre. Recorrimos después, esa misma tarde, una escuela de agricultura en comienzo, los barrios fabriles, y al atardecer, a la hora en que el obrero vuelve al hogar, paseamos por enfrente de sus moradas. No vimos sordidez, sino pobreza decorosa; ni una calle sin atarjea, por todos lados pavimento y luz.

No hay en San Paulo, como no lo hay en Río de Janeiro ni en Buenos Aires, uno de esos barrios de pesadilla como el East-Side de Nueva York, o los increíbles arrabales de la capital de México, donde la choza y el muladar completan la miseria de una multitud harapienta.

San Paulo es semilatino y novísimo, es latino puro y no hay por ningún lado ni aglomeración ni suciedad, ni incuria municipal. Sus gobernantes son administradores cultos que hacen del poder una ciencia y no política. Cuando se habla con Alarico Silveira, el ministro de la Gobernación y de Escuelas, se está con un filósofo. El presidente del Estado, Washington Luis, da una impresión de enorme fuerza organizadora y civilizadora. Su brillante gestión de progreso le señala como presidenciable para el gobierno de la República. El ministro de Guerra y Justicia es un abogado que muy temprano pasa revista en todos los cuarteles; las tropas presentan armas delante de su indumentaria civil.

El ministro de la Agricultura ha dirigido el desarrollo de la región cafetera que surte al mundo y es base del bienestar de los siete millones de habitantes que habitan el Estado. No son los funcionarios teorizantes ni hacen demagogia; fomentan la producción, mejoran los cultivos y legislan sobre la distribución de los productos y fomentan la educación pública. Las leyes del trabajo, las leyes obreras, han traído bienestar, no empobrecimiento. Las cuestiones sociales y las cuestiones políticas despiertan pasiones, pero sin llegar a la destrucción y al odio. Para todas las funciones del Estado hay una infinidad de hombres aptos; no hay "ninguno que encarne la patria", ninguno que "encarne la revolución"; no hay caudillos; aquéllo no es Venezuela ni es México, aquél es un pueblo civilizado. Se me confunden en la memoria las entrevistas cordiales con funcionarios, charlas de sobremesa con periodistas, cambio de datos con escritores, diálogos con el fiel amigo y ministro ilustre, Alarico Silveira, panoramas de la ciudad industriosa y feliz, puestas de sol, reflejos de caseríos; avenidas magníficas; vastos monumentos en construcción, y cierta visita desagradable a un escultor mercachifle que se ganó desde Italia un concurso para la obra, estimada en varios millones de pesos, no sé cuantos contos de reis, de un monumento en honor de los héroes de la Independencia. Vimos las maquetas, los frisos vaciados ya en bronce; escuchamos las quejas del artista porque no le daban bastante dinero; nos trasladamos al sitio donde se elevara el monumento en la glorieta final del hermoso paseo que asciende dominando el panorama de la ciudad. Pero ¿cuánto mejor que un voraz traficante, lo hubiera hecho un artista vernáculo, polaco, italiano o ruso, pero ya brasileñizado y bien impregnado del ambiente moral de la Nación?... Todavía en la noche, nos dimos tiempo para asistir a una ópera italiana cantada en el Teatro Municipal.

CAMPIÑAS

Después de recorrer en auto los hermosos parques de la capital cafetera, nos llevaron a visitar una biblioteca grande y bien surtida, pero de apariencia vetusta. El bibliotecario es algún poeta que no llegó a la gloria, algún filósofo incomprendido y abrumado por el medio. Lo que estuvimos a punto de ser todos nosotros a no haberse resuelto aquel periodo de crisis que pasamos en la juventud, cuando un soplo

de prematura tragedia y de desesperanza trascendental nos invita a no seguir adelante, porque no vale la pena moverse en un mundo tan ruin. Época de fiebre sentimental, de descuido de la persona y del traje, en ella el brazo sufre de parálisis, pero la mente se incendia. Entre los empleados, quizás había alguno que eligió el camino de abajo, que es en ocasiones la ruta de un altivo desdén. Acaso, desde su sórdida mesa, contemplaba con desprecio nuestras vanidades; pero al fin, la humana simpatía se impone, y el recién llegado disfruta de privilegios. Con la más leal cortesía nos mostraron sus tesoros: en primer lugar unas lujosas tablillas orientales, regalo de algún diplomático japonés; en seguida las estanterías provistas de todo lo que es común encontrar en regiones apartadas; libros buenos que jamás se hacen viejos; libros anticuados que se van tornando inútiles; libros franceses de la época romántica, que todavía nos conmueven, y mucho volumen portugués y algunos *Quijotes* y no pocas obras de ciencia. En todo el local se respiraba ese aire de lugar apartado que nos traía a la memoria nuestras propias bibliotecas provincianas de los Institutos de Ciencias: bibliotecas de colegio secundario de Campeche, de Durango, de Toluca, semillas de la cultura ibérica plantadas por todo el Continente como para que arraigara y se impusiera, en definitiva, el espíritu nuevo. En las salas sombrías de estas casas de lectura hay algo del regazo de una abuela. Allí despertó nuestra curiosidad anhelante, que descifraba desde una historia de Turquía en francés, o los relatos de Babilonia y Persia hasta los dramas ingleses de Shakespeare y al Mahabarata; todo en confusión atropellada de lenguas, de sucesos y de épocas. Cuando salimos de allí, la quietud exterior se nos volvía un tormento. El pecho ansiaba emociones y mundos nuevos. En los pequeños volúmenes acumulados se conservaban, en cambio, sucesos y personajes que retornan al conjuro de la lectura. Quizás en el fondo tienen razón los humildes bibliotecarios que no se afeitan; ¿qué mejor profesión puede darnos la vida que estar siempre atentos al prodigio mágico que, con hojear unas páginas, por ejemplo, de historia hace reaparecer al Magno Alejandro, en su locura sublime, por los reinos de Persia y de la India? ¿Qué cosa es una mortal existencia para quien así se habitúa a revivir lo que es bello y eterno?

De la biblioteca nos llevaron a un parque, donde niños en trajes de "exploradores" hacían ejercicios militares, contando los pasos con un melodioso "un", "dois", portugués. Ejecutaron sus evoluciones,

lanzaron sus vivas al embajador mexicano y en seguida pasamos a un sitio donde se había servido un almuerzo bajo los árboles. Fueron deliciosos los manjares, pero lo que recordábamos después fue el amable empeño del amigo Duarte, el presidente municipal, por hacernos conocer la mejor fruta de la región, la *jabuticaba*. El señor Duarte es hombre de buen gusto; un necio común hubiera hecho lo que tantos en su caso, lo que el viajero no perdona; nos habría obsequiado con platos más o menos franceses, de tipo universal, que nadie advierte, creyendo con eso quedar muy bien; por fortuna, nuestro huésped mandó poner en el centro de la mesa una enorme fuente de jabuticabas —se pronuncia llabuticaba—. El fruto parece una ciruela oscura con pulpa blanca, dulce y jugosa, pero mucho más delicada y refrescante que la de cualquier ciruela. Los árboles que la producen los había allí mismo, en el parque, y no hay ninguna razón para que no puedan ser trasplantados a las zonas cálidas de Veracruz o de Colima. Conocer un fruto nuevo es un acontecimiento; saborearlo, un deleite que pone en ridículo a todas esas ingenuidades de gabinete que se lamentan de que la *Humanidad no ha descubierto en tantos siglos una sola voluptuosidad nueva.* Repiten su sandez en la ciudad, en la sala de placer o de estudio, y es claro, los gusanos de la biblioteca no saben de otro goce que el de roer el papel; pero el que sale a recorrer mundos descubre, no uno, cien goces nuevos, sobre todo si se dirige al Brasil. Si no os decidís a emprender el viaje pedid desde Europa un cesto de "jabuticabas" lustrosas. Os veréis tentados de gritar: ¡Viva la vida y abajo la pedantería!

Una fazenda

El presidente municipal tuvo que cortar su discurso en honor de la jabuticaba, porque dieron las tres y los autos estaban ya listos. Partimos sin equipajes, dejamos atrás calles y manzanas de una población provinciana, poblada y próspera, y por un excelente camino macadamizado comenzamos a atravesar campo, y muy pronto estuvimos entre los cafetos. Se veían tantos que hacían horizonte.

Caminamos poco más de una hora y nos detenemos. Se trataba de enseñarnos lo que yo había pedido ver desde Río de Janeiro: la vida de la gente humilde del campo; íbamos a ser huéspedes, por una hora, de los dueños de la finca o hacienda "Fazenda de Chapadao". Anduvimos

a pie entre las plantas más altas que un hombre. Más crecidas me parecieron aquellas plantas y más extensas de ramajes que los cafetos de Veracruz. Los granos estaban rojos como cuentas de un collar antillano de la isla de Guadalupe o de Jamaica; el sol ardiente resplandecía; de la tierra roja se elevaban, en largas hileras, los arbustos fecundos; el cielo nos envolvía en azul. Al poco andar nos encontramos delante de un grupo de trabajadores; italianos recién desembarcados; mujeres viejas, con faldas de color ya sucias; doncellas rubias pero tostadas por el sol, descalzas, semicubiertas con enagua roja y pañuelos amarillos y encarnados; se movían con agilidad, meciendo los cuerpos para extender los granos en los amplios cestos extendidos como discos. Los viejos, los muchachos robustos y las doncellas más altas, alargaban los brazos para arrancar los frutos rojos; los niños semidesnudos recogían del suelo lo que caía; todos colaboraban en la faena, y lo hacían presurosos, porque se les pagaba por peso.

Nuestros acompañantes dirigieron la palabra a los trabajadores; las mujeres contestaron con alegres saludos; las más jóvenes se mostraban tímidas, pero así que volvíamos la espalda se ponían a hablar y a reír, y continuaban la tarea de asolear los granos en el disco. A distancia, con el dejo de sus voces, se formaba una especie de canción que armonizaba con el sol. Próxima al casco de la finca se nos mostró la casa de la escuela, donde reciben instrucción los chicos. En las puertas de las pequeñas habitaciones destinadas al labriego descansan los viejos. Todas las noches se reúne la familia para recordar Europa y soñar en el retorno con la mano llena de liras para comprar un huerto. Las construcciones en que habita el trabajador son feas, pequeñas, monótonas, pero se ven aseadas, y el jornal es bueno, a tal punto que permite sostener aquí, como en la Argentina, la inmigración "golondrinas", que hace venir familias desde Italia, en la época de la cosecha, y las regresa en invierno para volverlas a traer el año entrante. Sin embargo, la mayor parte se queda. Otros, más contados, hacen fortuna, fundan negocios, levantan fábricas, se vuelven señores y príncipes. Todavía el Brasil es un país de esperanza. En seguida, de la casa de los operarios recorremos los asoleadores de café, los descascaradores, las máquinas todas, hasta que el grano, ya limpio, pasa a los sacos y al vagón de ferrocarril que lo lleva al puerto de Santos. Desde allí se reparte al mundo.

La casa de la finca es una antigua construcción portuguesa al estilo de la colonia. Tejados rojos, corredores con arcadas, rejas y balcones, terrazas para mirar la tarde, patios para refrescarse en la siesta y habitaciones grandes, de techos altos, azotehuelas, ventanas. Más luz y más refinamientos modernos, pero menos grandeza que la de la antigua hacienda de México. Los dueños, una señora todavía bella, de tez blanca, ojos negros y trato muy dulce, y un caballero de barba ya gris, nos invitan a descansar. Momentos después, nos pasan a una gran mesa de manteles blancos, llena de frutas, pasteles, masas, vasos con jugo de naranjas, chocolate en pequeñas tazas, piña rebanada (abacaxi), jabuticabas frescas y lustrosas, conservas raras, panes riquísimos. Aquel derroche de golosinas hace perder la cabeza; cuesta trabajo elegir; se quisiera tomar de todo, pero consiguiendo una tregua, por ejemplo, quedarse allí unos días para dormir en blandos lechos de maderas olorosas y descansar en la terraza espléndida, en lo alto del ancho valle, y a sus horas ir una y otra vez a la mesa de las gustosas sorpresas hasta acabar con todo.

La señora habla de que la temperatura está *muito caiente,* muy caliente, y esto, que suena como mal español, resulta delicioso en boca de mujer. Bebemos, nos refrescamos; la fruta, con su deleite fragante, purifica nuestros pensamientos. Los dulces, como cosa ya manufacturada, dejan menos sensación de salud. Al final se sirve, como es de rigor, el café aromático, recién cosechado; ya que lo bebemos se nos hace recorrer la casa; miramos desde los balcones el paisaje, descendemos al patio de losas rojas, en cuyo fondo se prolonga un jardín. De pronto, a la entrada de una callecita, aparecen cinco o seis señoritas muy jóvenes, vestidas con sedas claras y hechas como de nácar y rosas; fragantes como si acabasen de salir de una onda perfumada. Unas son rubias, otras de pelo negro o castaño, pero tan suaves y delicadas que semejan ninfas de un jardín de embeleso. Nos acercamos con temor de que se desvanezca el encanto: nos presentan. Son hijas y sobrinas de los señores de la casa; saludaron con sus voces frescas, nos ofrecieron sus manos finas, sonrieron y conversaron. A la hora de la despedida, Julio, que cayó preso de aquel encanto, se volvió todo genuflexiones y se marchaba dejando olvidado el sombrero. Fue necesario que un amigo de la casa lo pusiera en sus manos, en medio del regocijo de

las jóvenes. Las finas notas de sus risas se quedaron temblando largo rato en la imaginación y daban como un remate vibrátil a la tarde luminosa del Chapadao.

LAS FUNDICIONES

¿Fue en Paranahybo, o en algún sitio de nombre semejante cercano a San Paulo? Ya ahora sólo recuerdo que un día estuvimos en unos talleres inmensos donde se hacían coches de ferrocarril, y ruedas, y plataformas, y vagones, y aun locomotoras enteras. El gerente, con energía implacable, nos hizo recorrer todos los departamentos y nos dio cifras; por ahora usaba leña, porque los bosques están inexhaustos; pero más tarde se aprovecharán los enormes mantos carboníferos rozados apenas por los mineros del Estado de Minas Geraes. En aquella región hay también minerales de hierro estimados en una cantidad cinco o siete veces mayor que los depósitos de Pensylvania o de Inglaterra. De esta suerte el florecimiento industrial de San Paulo, y la industria toda del Brasil contemporáneo, no es más que el comienzo de un poderío fabril tan grande como jamás ha aparecido otro en la Historia. En el futuro, el hierro, el carbón, la máquina, irán del Brasil hacia el mundo. Lo que Inglaterra ha hecho en pequeño, el Brasil lo hará en grande. Y no siendo la brasileña una cultura isleña, sino continental, abarcará mejor el planeta, y tendrá base para un imperio más grande que todos los que han sido. A esto hay que agregar —pensaba yo— las caídas de agua más poderosas del mundo, el Iguazú, el Guayrá por el Sur, otras innumerables por el Norte. Agréguense también las mayores superficies cultivables, los más grandes ríos, los climas más fecundos, los bosques, los metales, los diamantes, las frutas, los ganados, ¿dónde hay un país que compita con Brasil en recursos? ¿Dónde hay otro en la Historia que, en menos de veinte años, haya pasado de quince o dieciocho a treinta y cinco millones de habitantes? Ni duda cabe: el porvenir es del Brasil. ¡Dios lo bendiga y lo conserve generoso, iluminado!

SANTOS

La ruta de San Paulo a Santos es el milagro, tantas veces repetido en nuestro continente, de un camino que se abre paso entre abismos, por montañas, selvas y valles, para bajar desde el altiplano hasta el mar: Veracruz, Tampico, Tezuitlán a Nautla; Colima, La Oroya del Perú; todas las visiones, todos los climas, todas las plantas, todas las sorpresas. Caminábamos, esta vez, en uno de los magníficos expresos que corren, cada dos horas, de San Paulo a Santos. Por una galantería de la empresa pudimos ocupar, por el balcón de la locomotora, un cómodo asiento avanzado que los ingleses han ideado para gozar del paisaje. La vía se prolonga en descenso, faldeando montañas no muy altas, y de faldas muy verdes; se ve tan bien construida que no parece posible un percance. A lo largo del terraplén corren desagües de cemento; de las mismas arrugas de los cerros bajan cauces artificiales que facilitan y encauzan el rápido desagüe de la época de las lluvias. Poco a poco van apareciendo los valles, plácidamente asentados al abrigo de los montes y listados con la cinta de plata movible de algún río. El trayecto dura sólo unas horas, la altura no es más que de novecientos metros, menos de la mitad de la planicie mexicana. La selva, exuberante como de trópico, huele a flores de intenso perfume. El aire se va haciendo denso a medida que se desciende. El mar aparece de pronto muy distante, en un azul que se vuelve a perder. Tenemos que rodear una especie de cadena de montañas para llegar, mediante un brusco descenso, a los niveles bajos; pero por otros sitios las colinas más altas llegan casi al mar. El descenso ofrece una serie de vistas estupendas que a ratos nos oculta un bosque, nos interrumpe un tajo; pero en seguida el prodigio reaparece. Cuando el tren está todavía a la altura de los montes se descubren, como ocultos por un velo, risueños valles, y finalmente se dibuja la faja irregular, blanca y verde, la costa que se hunde en los senos de las bahías y se alarga en las puntas que se meten al agua. Los islotes elevan también sus conos. Por cierto sitio se mira una especie de lago rodeado de montes y selvas, un espejo

azuloso entre el verde esmeralda de suaves colinas; es la bahía, tan bien protegida que parece separada totalmente del mar. En sus costados se asienta el extenso caserío de la ciudad, chimeneas y torres. En el opuesto se prolonga una playa deslumbrante; se ven las rompientes, la arena blanca, las largas filas de tejados rojos; las palmeras que sobresalen de los follajes. Las colinas brincan en algunos sitios, hasta dentro del mar, para formar islotes. El sol resplandece en toda su fuerza y la luz vibra en el aire.

* * *

En el andén, una comisión numerosa; nos trasladan en seguida, a la "Bolsa del café". Allí se me hace el honor de que presida el final de la sesión. En la amplia sala, llena de gente, se gritan las cotizaciones del día; terminado el remate se me dirige un saludo; lo contesto enlazando difícilmente mis pensamientos, para que vengan a parar al alza y baja del producto, que es termómetro de la prosperidad de la región. En seguida visitamos el nuevo edificio de la Bolsa, próximo a concluirse, obra de un arquitecto italiano, siete u ocho pisos estrechos, y en la planta baja un hermoso salón decorado con mármoles nativos y maderas preciosas. Recorremos algunas calles a pie. Logramos escaparnos de las comitivas y en un automóvil vamos y venimos por la playa.

La anchísima faja de arenas blancas y firmes sirve de pavimento a los autos; las grandes olas rizadas bullen, se azotan y se extinguen. El viento crece con nuestra carrera loca. Aspiramos el hálito del mar risueño. Por el lado de tierra los palacios, las casas, parecen huir; hay también otros autos y tranvías que corren como nosotros, vuelan con júbilo irrefrenado, a la orilla del mar.

Se caminan casi dos leguas antes de mirar el campo sin construcciones, y todavía la playa sigue igual. En el mar hay un promontorio, un islote alto con árboles, a tan corta distancia, que a nado podría cruzarlo un mediano nadador. Uno que otro bañista desafía al sol. Por la tarde es común contemplar caravanas de excursionistas que vienen desde San Paulo para impregnarse del yodo y la sal, de la fuerza misteriosa del mar, que adormece y reconforta.

En extremo distante de la ruta hay un monumento patriótico, una especie de obelisco negro y pequeño; cerca de allí brota una fuente de

agua dulce, fresca y sabrosa. En algunos puntos la tierra se prolonga, se mete en el mar, forma un pequeño istmo y promontorios. Uno de estos salientes ofrece comunicación natural con otra playa curvada y distante; más lejos está un puente, después siguen esteros y un camino estrecho a lo largo del mar, serpeando entre las selvas, que hierven de insectos y moscos. Al regreso suspende el aliento la vista de la ciudad de rojos tejados, de blancos palacios adosados a la selva inmensa, bajo el cielo azul, y limitados por el verde del mar. La soledad y la belleza nos embriagan. No resuena ningún son; la música se ha cumplido en el ambiente y en las formas; su ritmo callado satisface el corazón; sólo quisiéramos que el instante no huyese, que el mundo entero se quedase suspenso... Pero el auto corría y al fin llegamos un poco tristes al término. Penetramos en la gran avenida de residencias modernas, y nos detuvimos otra vez enfrente de la playa, en un hotel blanco de varios pisos, con terrazas y jardines y una gran explanada risueña. El amable funcionario que nos acompañaba hizo servir tortas maravillosas de garbanzo y de peces y una freijoada de lujo, frijol negro con jamón y carnes diversas: el plato nacional del país. A medida que el hambre quedaba satisfecha nos íbamos dando cuenta de que estábamos en una especie de palacio de las hadas, porque eso parecían las luminosas mujeres que comían en las mesas y pasaban por los terrados.

Volvimos a la playa por la tarde.

Fuimos esta vez despacio, dispuestos a la contemplación, sedientos como el que ha contraído un vicio que causa embriaguez. La limpia belleza de los elementos purifica y alegra el ánimo, reconforta como un goce sagrado. La cercanía del paisaje provoca ese leve temor que precede a toda dicha profunda. Sin recordar cosa alguna, sin pensar en nada, entramos en el ambiente, nos permeamos en él, nos inundamos en su deleite de armonías. Nos sentimos como los magos creadores de la luz. La Divinidad misma nos contagia de su obra. Parecía en aquella ocasión que todo era de cristal. Y fingíamos que con sólo cerrar los ojos y contraer la voluntad podíamos despedazar el ambiente para volverlo a construir en el instante próximo... Empezaban a bajar a la playa las gentes, desfilaron, con sus tentaciones fugaces, mujeres hermosas, semidesnudas; bañó los cuerpos el sol, después el agua los untó de sensualidad; estallaron risas y gritos. Temblamos como frágiles criaturas, expuestas a todos los azares. Pero una especie de rebelión atormentaba nuestros pechos; hubiésemos querido escrutar el misterio,

romper el engaño del paisaje, rasgar el velo divino que tanto falso encanto recubre. Miramos de nuevo al mar con su azul que detiene la mirada y al ocultarle el fondo la limita. El azul de arriba es más claro y también más profundo y más noble; el anhelo lo penetra y goza la sensación del espacio. El nado es lento, el vuelo es rápido. Ya no somos del mar sino del cielo. Nos dirigimos de la materia compacta a la sustancia que se disgrega para ofrendarse y ensancharse. Somos el átomo supremo que se irisa para integrar una conciencia, y esto equivale a trasmutar el punto en infinito. Por enfrente pasa el misterio del ave, que, según dicen biólogos contemporáneos, es posterior al mamífero; pero mirad cómo es ciego su vuelo; no es un paso adelante. Si el ave ha llegado la última, la evolución está contradicha. O se trata de un ser que se desvió de la corriente porque ya no pudo superar al hombre, o se apresuró demasiado y no ha logrado su objeto. De todas maneras es un caso fallido. La potencia se impacientó, tal vez, de la larga y estéril experiencia del hombre, y se echó a vencer la sola resistencia física, sin cuidarse de superar el ingenio. Se adelantó sin tino, fabricó el ala, pero se quedó sin terminar una mente digna del vuelo. Siguió la corriente física y descuidó el impulso trascendental; por eso el mirar de las aves es triste o simplemente bestial. El pensamiento es un ensayo más poderoso que el vuelo; supera el poder del ala. Aunque esto último no sea mucha ventaja, el pensamiento cuenta también con otra aventura. Un día escapara de esta vida para ir a insertarse en un organismo menos torpe que el nuestro, y más afín del espíritu.

En la distancia, las gaviotas suspenden a ratos su vuelo y se dejan venir como si se cayesen al mar; luego ascienden, vuelven a bajar. ¿Qué es lo que hacen? ¿Pugnan? ¿Ensayan sus facultades? ¿Perforan el agua en busca de algún imponente misterio? No, es que han visto algún pez. ¡No saben más que comer!

La Universidad Paulista

El regreso a San Paulo se hizo en automóvil. Al caer la tarde, dejando atrás el mar azul y las islas, el río que atraviesa la pradera, y subiendo cada vez, lamentando no detenernos en unos paraderos o miradores que se han levantado en los sitios donde la vista es mejor,

y donde se sirven al viajero refrescos y comidas, subimos apresuradamente. A la orilla del camino quedan las posadas, revestidas de mosaico azul, con claras ventanas, terrazas deliciosas y habitaciones acogedoras. El lujo que aquí comienza a imponerse volverá estos lugares tan gratos y hermosos como la costa cantábrica o el Mediterráneo, pero con las ventajas naturales de esta belleza vasta y total. Desde aquí se siente que Europa ya es provincia.

Da pena subir tan de prisa mientras se va quedando atrás semejante derroche de vistas gloriosas. A cierta altura nos envuelven algunas nubes y se borra el paisaje. La carretera tuerce, faldeando montes, trepando cuestas. Oscurece rápidamente. Circundamos uno que otro balcón que ciñe la cumbre de las montañas, y desde donde a media luz se descubre el abismo. En seguida la carretera se ensancha y se prolonga en una llanura; hemos alcanzado la planicie, corremos unas dos horas y, por fin, aparece el resplandor de las luces de San Paulo.

Sin un atraso, a las nueve en punto, llegamos a las puertas de la Universidad; viejo edificio como los nuestros, de fachada de piedra, con balcones y patios cuadrados, con soportales. En el zaguán, amplio, esperan los estudiantes. Los profesores y el rector usan togas, y los funcionarios el inevitable *jaquet* con sombrero alto. (En este sentido la Argentina es tan despreocupada como nosotros; en las ceremonias universitarias a que asistimos predominaba el traje de calle.) En el Brasil hay más ceremonia, pero no se hace molesta a causa del trato amable. Después del *cafeciño* pasamos al salón de actos, decorado con maderas talladas y retratos al óleo. Preside el rector; lo rodeamos invitados y profesores; los alumnos, enfrente, ocupan sus bancos con orden suave de personas bien educadas. A medio salón, a la izquierda, está la tribuna. Sube un muchacho que me saluda con un discurso en portugués, del que no pierdo una sílaba. Dice los anhelos de la juventud universitaria de San Paulo; no viven encerrados en su provincia, están al corriente de cuanto pasa en el mundo. Aman a la América entera; pero allá en lo íntimo de sus corazones se encierra una predilección, mezcla de simpatía y de curiosidad, por el país legendario donde tantas razas han fracasado en sus intentos de elaborar cultura. No se trata de una simpatía vaga, conocen a los poetas mexicanos, saben bastante bien la historia del país y se interesan por su pensamiento. El joven orador lleva su gentileza hasta citar determinados temas de mis libros. Me sorprende esta erudición, que revela la existencia de un buen ser-

vicio de bibliotecas, porque jamás se me ocurrió enviar personalmente tales obras.

Termina llamándome maestro y entonando un canto efusivo a la solidaridad latina del Continente. Nos sorprendió encontrar en la ciudad orgullosa, remota y nueva, una cordialidad verdadera, una simpatía preexistente, que acaso llevaba años de aguardar el instante en que habría de manifestarse. Me tocaba la dicha de recoger ese tesoro escondido. Nuestro viaje lo había hecho estallar. En nombre de México lo recogí conmovido. Era un viaje de buen augurio; la juventud lo sancionaba con su intuición. Habló en seguida un profesor ilustre, que tiene nombre de filósofo y pensamiento vasto, de constructor de doctrinas, Spencer Vautrin. Habló otro maestro de cuestiones internacionales, con gran soltura y acierto. Contesté algo, con lo que seguramente no lograba expresar toda mi gratitud. Pasamos, en seguida, a tomar el café de despedida y nos fuimos para siempre, entre los gritos afectuosos de la muchedumbre juvenil.

* * *

La ciudad de San Paulo fue nuestra amiga; nos ofrendó todos sus dones. Si alguno dudase de la potencialidad del ibérico contemporáneo, allí está San Paulo para afirmarlo. ¡Orgullo de una raza entera que brega y se impone! Todo el que ha estado en su seno se vuelve su heraldo. Cada vez que se hable de progreso y cultura, habrá que citar su nombre. No hay en nuestra raza quien iguale su esfuerzo. Acaso el Norte tampoco lo supere. San Paulo sorprendió nuestras mentes y ganó nuestro afecto; alguien nos lo había asegurado desde Río de Janeiro. Desde allí supimos de esa rivalidad amistosa que se traduce en estímulo, que prevalece entre metrópoli y la capital del Estado más próspero. Al salir de sus límites nos sentíamos nosotros completamente paulistas. Ni siquiera sospechábamos que muy pronto volvería a conquistarnos, sin protesta y sin reproche, el sutil encanto carioca. Retornamos a Río de Janeiro, la elegida, la consagrada por la divina belleza.

Preparativos de fiesta

En los días del Centenario, Río de Janeiro daba la impresión de una ciudad que se está haciendo de nuevo. Todo el barrio de la Expo-

sición, extendido a la orilla del mar y limitado por un promontorio, estaba rehecho de pabellones flamantes, muchos de ellos de construcción sólida y definitivo. El palacio de los ingleses se veía, suntuoso, construido en una especie de Renacimiento moderno, decorado por fuera con frisos de espléndidos mosaicos y mayólicas. En las decoraciones interiores estaban representadas las cuatro partes del mundo, como lo acostumbran los ingleses, para recordar en forma muda que son ellos los amos. Esta dominación disimulada, y por eso mismo más efectiva, resulta, sin embargo, antipática, sobre todo a los ojos de los que hemos sido romanos. Yo sentí gran indignación en Londres delante del monumento de los cuatro continentes, situado en no recuerdo qué plaza. Dice uno, al ver las cuatro estatuas esclavas de la potencia británica: "Es verdad, pero algo les falta a estos conquistadores para ser grandes; quizá no tienen majestad porque a su dominación le falta franqueza." En el Brasil los ingleses no dominan; comercian y se hacen gratos. Una vez que termine la exposición, el edificio se destinará a escuela primaria brasileña. Este acierto de levantar una construcción permanente nos hace pensar con amargura en el pabellón mexicano, realmente bello —una linda casa colonial que todos elogian, pero hecha de yeso y con un costo superior al que hubiese alcanzado con cemento—; estupidez de un ministro bufón que tira casas para hacerles fachadas nuevas. Los japoneses fueron los primeros en terminar su construcción, y ya comienzan a mostrar las maravillas de su industria y de su arte. Los norteamericanos nos terminaron un poco más tarde un sólido edificio que recuerda la sobria y lujosa arquitectura residencial de Washington. Servirá después para edificio de la Legación. Sólo nosotros aparecemos derrochando. Los pueblos grandes cuidan los dineros públicos; los salvajes despilfarran. Los belgas han traído telas y encajes, y muebles; los escandinavos, pequeñas estatuas lindísimas. Enfrente de los pabellones extranjeros, calle por medio, se encuentran edificios provisionales y restaurantes, refresquerías y algunos pabellones destinados a las industrias de un célebre fabricante italiano de San Paulo. Avanzando hacia la izquierda se eleva un teatro nuevo, suntuoso, levantado sobre una escalinata de amplios descansos. Al extremo de la avenida y dando vuelta hacia tierra aparece lo más notable, la obra del Gobierno brasileño para el Centenario; edificios de estilo colonial portugués, restaurados algunos y otros construidos de nuevo en su totalidad. Tienen terrazas, tejados, tres o cuatro cuerpos, venta-

nas luminosas, muros relucientes de amarillos mosaicos; todo el lujo del Portugal conquistador, con mucho tinte ibérico y algo de Oriente; pero los arquitectos brasileños han agrandado las construcciones, las han hecho graciosas y aéreas. Así corresponde a la patria nueva, que, en tantos sentidos, mejora y supera a la antigua. Los palacios portugueses ocupan dos o tres calles, luego hay una plaza rodeada de edificios nuevos. Allí se muestra al viajero el Palacio de los Estados, alto, de nueve pisos, con una cúpula de cristal que en la noche difunde reflejos luminosos de diversos colores; la construcción en sí es sólida, de tipo moderno y de escaso interés. Todas las noches una iluminación especial hace que los edificios de la Exposición se vean a distancia como la ciudad de un cuento de la Sherezada. Se cree percibir en el aire las notas del festín; se diría que tiemblan en el ambiente los ritmos de alegría del poema sinfónico de Rimsky-Korsakof. Más bien se desearía que un músico brasileño tradujese en sonidos aquella visión de Oriente, cuajada y mejorada en el suelo del trópico iberoamericano.

La gente

Así como al descuido y de una manera intuitiva nos íbamos dando cuenta del ambiente social.

En una ciudad deslumbrante como Río de Janeiro cuesta trabajo acordarse de las gentes; la belleza natural se impone de tal suerte que parece un gran descenso poner la atención en un rostro, en un grupo de criaturas; por otra parte, las escuelas estaban cerradas a causa de los preparativos del Centenario, de suerte que no podíamos ver niños, el único espectáculo humano que compite con los esplendores de la naturaleza.

Sin embargo, una noche, creo que fue un sábado, gracias a una de esas gentilezas fraternales de nuestros huéspedes, asistimos a un baile del Hotel Palace, adonde habíamos ido a cenar. Era la reunión semanaria de un club social; había tal número de mujeres bellas y tanto lujo que se hubiera creído que se trataba de una ocasión solemne. Se veía esa elegancia uniforme que revela abundancia de gente con dinero, y reinaba un ambiente de sana alegría y de refinamiento nativo.

Otro contacto con las gentes era, como es natural, el más grato de todos, el que se obtiene echándose a andar por las calles que una

ciudad populosa, entre las mujeres guapas que van de compras y los hombres apresurados que van de negocio; entre los chiquillos que venden diarios y los choferes portugueses y los pequeños comerciantes y toda esa serie de tipos inclasificables que caminan a pie o pasan en coches y llenan con su tráfago las aceras, y acerca de los cuales algunas veces se pregunta uno "¿Cómo viven? ¿De dónde vinieron? ¿Qué se proponen hacer con su agitación inútil y casi siempre angustiosa?" Sin embargo, aquélla es una ciudad alegre, de vida cómoda y barata; limpia hasta en los barrios antiguos que perduran entre la avenida Río Branco y el mar. Con unas cuantas monedas se obtiene un buen caldo de canha (jugo de caña de azúcar exprimido en máquinas a propósito) y unos panes. En todas las fonduchas baratas del barrio antiguo se come bien al rico estilo portugués: canja y peces y aquel "vinito ligero que llega al alma", que pedimos recordando a Eça de Queiroz. Al mediodía, y a las cinco de la tarde, esplende la calle Ouvidor; calle de comercio, angosta, animada de bellas mujeres y transeúntes y vitrinas de piedras preciosas, estuches recubiertos de alas de mariposa y bellas estatuas y joyas. La larga callecita apretada de tiendas con mercaderías parece un limpio bazar. Desemboca por un extremo en otra calle de comercios y lindos árboles y por el otro en la avenida Río Branco. Este gran bulevar bulle todo el día con el fausto de sus largas filas de vehículos y sus anchas aceras llenas de peatones. Los edificios magníficos de cinco o seis pisos se prolongan a la vista, interminables, desde los grandes muelles del puerto hasta el Palacio Monroe y la curva de Flamengo. Por todas partes gente latina, cordial en el trato, rápida en la comprensión, casi eléctrica en la sensibilidad. Así se la advierte con sólo penetrar entre ellos, así lo iríamos comprobando después de un trato más íntimo. Por la tarde se mira el desfile desde las mesitas que en plena acera, al descubierto, se ofrecen en algunos sitios. Allí es necesario dedicar varios días para acabar de recorrer la lista de refrescos que no tiene igual; como la leite de coco, el aguanabano, el mate helado, el caju o marañón, el caldo de canha; por cada uno de ellos vale la pena el viaje. Hay también confiterías muy elegantes, llenas de flamante público; pero eso lo hay en todas partes; y las mesas de la calle no dan bombones de chocolate —el dulce universal—, sino un placer único en cada vaso; una sorpresa de extraños y deliciosos jugos.

Después de estos primeros contactos con la muchedumbre, ya pudimos comenzar a poner atención en una que otra persona aislada.

Se nos había dejado libres, en calidad de turistas, pero nuestro cumplido embajador residente, el señor Torre Díaz, pensó que era oportuno comenzar las presentaciones, y un día, casi sin darme cuenta, vi anunciado en los diarios que yo daría una conferencia en la Academia. Sentí el susto del que despierta bruscamente. ¿Por qué romper aquel encanto delicioso con palabras vacías? ¿Por qué no llegué mejor, de marinero en vacaciones, para no tener que pensar ni hablar? Pero no hubo remedio; la cosa sucedió una tarde; salí del paso contando algo para mí muy conocido, la historia de México, el proceso abreviado de sus luchas y sus ideales. Uno de los ministros de Estado, el de Marina, me felicitó diciéndome que le había recordado a Macaulay por el método de la exposición. El cumplido me pareció muy gentil y me sorprendió en un ministro de Marina; pero en seguida supe que el ministro de Marina, por supuesto, un civil, era escritor y novelista distinguido. También el ministro de Guerra era un civil, famoso por sus habilidades de administrador y de mando. Otro civil, el presidente Pessoa, orador y estadista ilustre, acababa de sofocar un intento de los militares de la vieja escuela para hacerse del Poder. Al hablar de la cultura de los miembros del Gabinete Pessoa, debo agregar que conocimos también a muchos generales del ejército, y en todos encontramos instrucción universitaria y académica y las maneras más finas. El Brasil es un país en el que todo el mundo es instruido. En muchas clases de tercer o cuarto año de primaria escuché a maestros dar su clase en la lengua nacional portuguesa y después la repetían igual en francés. La producción literaria del país es enorme y mayor por sí sola, según se dice, que la de todo el resto de la América Latina. En un pueblo pequeño de provincia oí una vez al alcalde terminar un discurso con citas latinas. Se dice que el analfabetismo está extendido en las provincias interiores y remotas, entre los indios y entre los negros; pero en las ciudades que visitamos, que fueron muchas y muy pobladas, casi no hay analfabetismo, así como no hay miseria. Las clases educadas poseen una cultura profunda y universal. Se advierte esto en las conversaciones, en el texto y el número de los diarios, que son grandes empresas. En Río hay *cabarets* verdaderamente atractivos para la gente de dinero; pero una noche que quise conocer los arrabales, invité al agente de policía que puso el Gobierno para que nos atendiera; lo senté a nuestra mesa y entonces observé que aquel humilde servidor del Estado se dirigía a las muchachas del café nombrándolas: "o Seora" —la señora—

y durante la conversación tuvo oportunidad de deslizar una cita del Dante, en correcto terceto italiano.

MINAS GERAIS

Las dos provincias tradicionales del Brasil y las dos más importantes son Minas Gerais y San Paulo. En el orden político viene después Bahía, y tiende a crecer la influencia de Estados del Sur como Río Grande. La región amazónica es como otro país. Un barco que sale del Pará en el delta del Amazonas llega en seis o siete días a Lisboa, en tanto que tarda más de quince en doblar la tierra firme por Pernambuco y Bahía hasta la capital. De ahí que la metrópoli comercial y aun social de Pará y de Manaos sea Lisboa. Caminar por tierra de Río de Janeiro a Manaos es punto menos que imposible; una maravillosa excursión, pero penosísima, costosa y larga. Grandes bosques, anchos y profundos ríos, cascadas, selva virgen, todo esto durante días y semanas. De esta incomunicación fatal depende que la vida política del Brasil se haya limitado casi sólo a las provincias de la vertiente del Atlántico y a Minas Gerais, la región minera antiquísima. Goyas y Matto Grosso todavía son un mundo aparte y casi desconocido. Para tener una idea del Brasil contemporáneo, mínima parte del inmenso Brasil futuro, es preciso conocer por lo menos San Paulo y Minas Gerais, además de Río de Janeiro. El Estado de Minas Gerais fue un emporio cuando San Paulo era una modesta población agrícola. San Paulo es moderno y ostentoso. Minas Gerais tiene pasado, pero no puede competir en opulencia con su rival contemporáneo. Todavía hay en Minas Gerais riquezas en oro, plata, hierro y diamantes, suficientes para surtir al mundo; pero, a pesar de eso, conserva la región ese aspecto un poco desolado de todos los minerales, cuando ha pasado la bonanza. El mineral no funda país, hace colonia. Se extrae el metal y la gente emigra; pero siempre hay un periodo de abundancia y de derroche en que la vida se desborda. Generalmente en esa época se levantan grandes construcciones. El mineral deja monumentos, edificios y a poco tiempo ruinas. Su vida es efímera y heroica. Ráfagas de esplendor y después calvarios de miseria. Esto es Guanajuato en México, y esto es también en parte Ouro Preto en Brasil. El minero agota la veta y se va. Nada puede retenerlo en una tierra generalmente estéril,

pedregosa y seca. Las regiones agrícolas no conocen esa grandeza azarosa de la conquista del metal; pero, en cambio, desarrollan una cultura más permanente. Dondequiera que en el mundo ha habido una llanura fértil y un río, la vida social se ha arraigado allí sin interrupciones; razas van y razas vienen en son de conquista o con afán de comercio, pero la región no se despuebla y la cultura es una cadena continua, como en la India, como en el Éufrates y como sucederá en lo de adelante en el Mississipi, en las regiones de los Grandes Lagos y en el Río de la Plata. En tales zonas la vida es permanente y el progreso regular. En cambio, las áridas zonas mineras de México, de las Montañas Rocallosas de California, de Minas Gerais y del Perú hoy son y mañana no. Esplenden, pero no conquistan el bienestar permanente de los sitios donde abunda el agua y la llanura reverdece cada primavera. El trabajo de la mina entristece y engaña la confianza. Las grandes mesetas, ricas en metales, se embellecen con una que otra arquitectura que condensa el heroico esfuerzo de los hombres; pero les falta el aire denso, la energía vital de la selva y el mar. Seducen al audaz, pero no se convierten en asiento de civilizaciones. Siempre serán la colonia de la llanura dichosa, próxima al mar, que manda extraer los metales, y en seguida se olvida de la peña desierta. Minas Gerais tiene el exterior pobre, aunque su interior sea muy rico. La industria se ha desarrollado en la parte baja, que colinda con Río de Janeiro; pero hacia arriba, en Bello Horizonte y Ouro Preto, las montañas son de árida roca. El verde manto magnífico que cubre los campos en todo el Brasil, se interrumpe allí a una altura de más de mil metros, donde ya no sobra el agua. El tipo de las gentes también cambia sensiblemente. Minas Gerais es más brasileño a la manera señorial antigua. No se ha llenado como San Paulo de italianos, de polacos y de alemanes. La población es menor en número que la de San Paulo, pero más vernácula. Con San Paulo se disputa Minas el honor de dar hijos ilustres a la República. Los estadistas de San Paulo son impetuosamente progresistas, como la industria que les da el sustento. Los estadistas de Minas Geraes, menos atrevidos, poseen fama de buenos administradores. El presidente Pessoa es de San Paulo y acababa de llevar al Brasil a un verdadero esplendor de progreso. Después vendría el actual presidente Bernardes, gobernador de Minas Gerais, a poner las cosas en orden, como para liquidar y consolidar aquellos avances. Pessoa era el genio; Bernardes es el método que encauza el progreso. Así, más o

menos, nos explicaban la situación nuestros amigos políticos. El hecho es que una y otra provincia se complementan, y que en todo el Brasil no hay más rivalidades que el anhelo de servir mejor a la patria. En un vagón del tren presidencial, puesto a nuestras órdenes, se hablaba de todo esto, mientras Galvao Bueno, el siempre eficaz amigo, reñía con los que hallaba en deficiencias in fraganti. No hay, por lo menos en el Nuevo Mundo, una clase más bien preparada, más uniformemente inteligente y culta que los miembros del servicio diplomático brasileño. Se deberá quizás a la estabilidad de su política, que permite a la Administración educar un Cuerpo de funcionarios de carrera; pero el hecho es que no se encuentra uno que esté mal en su sitio; desde el embajador hasta el último secretario. Embajadores ilustres, secretarios en todos sentidos excelentes; ningún otro personal diplomático, ni el de los Estados Unidos, se puede comparar con el brasileño. Viajar acompañado de tales huéspedes resulta por la mismo una verdadera alegría. Todo lo prevén, todo lo allanan, todo lo saben y en todo están sin hacerse jamás molestos. Nuestro amigo Galvao Bueno es un genio de expedición y de simpatía; pero no es una excepción entre los miembros de su profesión. Dormimos esa noche como personajes reales, y al levantarnos por la mañana advertimos que el tren seguía subiendo por un camino montañoso y árido. Pasamos dos o tres poblaciones de relativa importancia y, finalmente, al mediodía, llegamos a la ciudad de nombre sugestivo: Bello Horizonte, la capital del Estado.

BELLO HORIZONTE

En la estación nos esperaba la indispensable comitiva oficial. Recorrimos en seguida los principales sitios. Nos encontramos con una ciudad concebida conforme a un plan muy vasto, tanto, que las construcciones no han podido llenar el trazo ideal. Casi todas las ciudades se van formando de acuerdo con un crecimiento forzado que levanta casas a medida que los pobladores aumentan. Aquí se había pensado en calles y avenidas para una gran metrópoli; pero la gente no llegó o no ha llegado a poblarla. Desde la altura de las colinas cercanas se descubre la distribución admirable de palacios, parques, hospitales y escuelas.

Hasta donde alcanza la vista, en una extensa planicie y también sobre la suave pendiente de las colinas, se entretejen follajes de arbustos y de árboles. Las calles, trazadas a cordel, se adornan con árboles ya enormes y florecidos. Algunas avenidas se distinguen por la larga mancha amarilla de las grandes "ipés", de la misma especie que en Colima llaman "primavera", que todas las ramas las tienen cargadas de flores amarillas. No vimos en Brasil la variedad lila. Cada calle está, como allí dicen, "arbolada" con ejemplares de la misma especie, y hay una gran variedad de especies. Ciertos trechos que se ve estaban destinados a construcciones urbanas, se han vuelto huerto; sobró embanquetado y pavimento. La zona comercial abarca calles y bulevares que se han ido llenando de casas modernas, de aspecto alegre, pero sin solidez. Tal fue la impresión primera, esbozada apenas, entre automóviles que van y vienen, y comisiones y personajes nuevos a los que hay que atender, a pesar de que, con tanta frecuencia uno quisiera arrancarse de todos para contemplar profundamente la remota visión. Dedicamos el día siguiente a visitar escuelas en compañía del ministro de Instrucción Pública, Alfonso Penha. Las escuelas primarias están instaladas en edificios flamantes y amplios. Los maestros nos recibían con discursos cordiales, y los niños nos ofrendaban flores. La acogida era tan risueña y calurosa, que instintivamente volvíamos el rostro, como en busca de la persona para quien estaba preparado el homenaje.

Los mismos niños, contagiados del sentir de los maestros, ponían caras alegres y aplaudían como en una fiesta.

Escuelas en las que no se usa rigor y el alumno está libre, pero la disciplina es perfecta. Los salones son luminosos y en las mesas hay flores. Así organizó Brenes Mesen las escuelas de Costa Rica; y conforme a este propósito dejé algunas construidas en México. Varias veces escuchamos lecciones de Geografía y de Historia, y quizás en ninguna parte del mundo podría encontrarse, en una clase de escuela primaria, un sentido más universal, una comprensión más libre de prejuicios. Las lecciones versaban sobre el mundo, sin empequeñecerlo con la estrechez del nacionalismo exaltado. Una clase de Geografía en una primaria norteamericana es, en primer lugar, una clase de Estados Unidos; después se habla del planeta como si no fuera más que un accesorio de la patria nacional. Esto mismo indudablemente pasa en Inglaterra, pasa aún en Francia; a tal punto que el viajero recuerda dónde está por el mismo tono de cada pregunta. En Brasil se habla con gran cordialidad de casi todos los pueblos y con reservas de uno que otro vecino; pero jamás con odio; *allí nunca se ha predicado el odio.* El nacionalismo se convierte por eso mismo en cariño intenso, pero sin rencor disimulado para los otros. El cariño patriótico se siente tan espontáneo y puro que nos conmueve y nos hace temblar de simpatía. Cada vez que escuchamos una frase en la que va envuelto el nombre musical de Brasil, pronunciado como lo pronuncia el brasileño, silbando ligeramente como si fuera más bien una *z* la *s,* sentimos una rara impresión de melodía. El vocablo glorioso se queda vibrando en la conciencia como el nombre de una amada, muy querida, aunque se acabe de conocer.

En la Escuela Normal nos dieron una fiesta de versos y flores. Las niñas ofrecían ramos, los niños cantaban coros, los profesores hacían derroche oratorio. Habló el ministro; el afecto respondía al afecto. El vasto salón lleno de gente vibraba de fraternidad, y ya al despedirnos, reunidos todos en la gran escalinata exterior, se tomaron unas fotografías. Vano intento de retener instantes que no retornan. Yo no guardo fotografías de viajes; quisiera rememorar el ambiente íntegro, y aunque por allí se pierde en la memoria con una rapidez que causa dolor, estoy seguro de que tan pronto se rompan estos velos que nos obstruyen la mente, la visión que fue amada revivirá entera. En consecuencia, para entonces emplazo a los amigos que no hemos vuelto a ver, a las almas todas que amamos, en la única breve hora que nos concede el Destino que impera aquí abajo.

Oportunamente hicimos la visita oficial al doctor Bernardes, presidente saliente de Minas Gerais y presidente electo del Brasil. Para llegar al Palacio se atraviesa una plaza, más bien un enorme jardín, en rectángulo, sin árboles que obstruyan la vista; todo lleno de flores, literalmente un campo de flores, enmarcado por calles espaciosas y flamantes edificios públicos. El palacio principal es sencillo y de buen gusto; desde sus balcones, la gran plaza florida, limitada por construcciones elegantes, parece la capital de un reino en que impera la dicha.

El señor Bernardes nos recibió con amabilidad caballerosa y sincera; nos hizo preguntas, nos habló de sus planes de nacionalizar los inmensos recursos naturales del Brasil, que en muchos casos se han dado sin tino a concesionarios extranjeros. Conocía nuestras dificultades internacionales, debidas a esta misma imprevisión de los gobernantes; nos retuvo más de lo acostumbrado en una visita protocolaria; nos enseñó personalmente las salas más lujosas, nos conquistó con su bondad y su talento.

Bajo el gobierno de Bernardes se hicieron grandes obras materiales y, sin embargo, él y sus colaboradores se retiraron pobres y dejando dinero en las arcas. Así que terminó nuestra visita, tuvimos que ir a comprar un ramo de flores para enviarlo a la señora Bernardes. Me sometí con resignación a esos usos, aunque me tiraba el deseo de aprovechar la luz de nuestra última tarde en volver a mirar el paisaje de la ciudad desde una altura. Además, encontraba muy absurdo que se enviaran rosas separadas de su tallo a una persona que posee tan bellos jardines, con muchas rosas vivas en el rosal. Lo peor es que ya era tarde y no se conseguía un buen ramo en ninguna de las florerías del centro. Galvao Bueno renegaba de lo que llamaba atraso de lugar provinciano; pero siempre infatigable y tenaz, nos llevó a recorrer unas huertas; fracasamos en seis lugares y, por fin, nos enviaron a casa de unos alemanes, todavía no bien brasileños. Era una huerta grande con habitaciones en el fondo, y como nadie respondiese a nuestra llamada, penetramos por la puerta del cercado; Galvao Bueno iba delante y se le echaron encima tres mastines furiosos; yo pensé en palos y en piedras; pero Galvao, sin vacilar, siguió de frente como si estuviese en un salón, y con una tranquilidad pasmosa tronó los dedos frente a los hocicos que ladraban, y como por magia dominó a las bestias. En esto acudieron los dueños, los convenció Galvao Bueno y, diciendo y haciendo, tijeras en mano, personalmente se puso a cortar lindas rosas. Con ellas formamos un ramo, le pusimos una tarjeta y lo enviamos a

la señora de Bernardes, como un símbolo de la fragancia que en nuestros pechos dejaba el recuerdo de Bello Horizonte.

A la hora de partir, a las seis de la mañana, con gran sorpresa vimos que el ministro Penha nos estaba esperando en la estación para despedirnos. No era propiamente una despedida, porque estaba convenido que después de nuestra visita a Ouro Preto él nos alcanzaría dos días después en Barbacena, de donde lo acompañaríamos a inaugurar algunas obras. Le manifestamos la pena que nos causaba haberlo hecho madrugar innecesariamente, pero él se excusó casi con timidez, y en seguida expresó una teoría muy profunda. Él era, dijo, como un acumulador eléctrico: un haz de energías nerviosas. Cuando llegamos se limitó a observarnos; sus antenas vibraron simpáticamente; no éramos del polo contrario, sino del polo afín, y desde entonces se entregó por entero. Si le hubiésemos resultado del polo negativo no se ocupa de nosotros. Estaba allí porque nos había tomado cariño.

Don Alfonso Penha es bajo de cuerpo y más bien delgado, moreno, con bigote grueso y largo; quizá es feo, pero tiene grandes ojos ingenuos, que fácilmente se ponen tiernos. En seguida se ve que es un sentimental, vivo de genio, tal vez hasta irritable, pero fácil a la emoción noble y al afecto profundo.

Nos arrancamos de Bello Horizonte, sin pena, porque íbamos con rumbo a la ilusión: Ouro Preto.

El nombre nos sonaba misterioso y tal como debe haber conmovido a los gambusinos que hace más de un siglo acudían allá en busca de fortuna. Serían las once cuando llegamos frente a la ciudad, que está enclavada en lo alto y ostenta muros largos, blanquecinos, y torres y cornisas que se reparten en planos diversos, sobre la irregularidad del terreno montuoso Pintoresca a distancia, se siente fuerte por dentro. Abundan las mansiones severas en las calles solitarias y estrechas. Dominando las demás construcciones se levanta un palacio de cantería que fue acuñadora de moneda o fábrica de metales, y que ahora está convertido en cuartel o en cárcel; no siempre es fácil distinguir una cosa de otra; moralmente son iguales. Enfrente y cubriendo el otro costado de una plaza, está la Escuela de Minas, una venerable institución en la que todavía hay vida; cuenta con muchos alumnos y con un profesorado animoso y cortés. En el Museo de la Escuela se conservan los más maravillosos ejemplares de piedras preciosas en bruto y talladas; turmalinas como de fuego y diamantes y esmeraldas del Brasil

y una variedad de cristales y muestras cuyos nombres llenarían una página. Las construcciones tienen algo de Zacatecas y algo de Guanajuato; menos arquitectura que en Guanajuato, pero más casas, más población y mayor actividad. Como en toda ciudad irregularmente construida, hay rincones pintorescos, puentes románticos, cañadas agrestes que los siglos no acaban de urbanizar, balcones poéticos, casas señoriales. ¡Misterio de vidas que afanaron y vencieron para pasar lo mismo que los perezosos y los ignorados! ¡Contraste de desolación y de esperanza! Desolación de lo que ha pasado y esperanza que late tan viva hoy como ayer en los pechos de esos jóvenes que en la Escuela de Minería se adiestran para seguir sacando tesoros de la veta interior inexhausta.

En un hotel de apariencia modestísima nos dieron un almuerzo espléndido, pirú con farofa, freijoada, lo mejor de la cocina nativa, como sólo se encuentra en el interior de los países que poseen o que heredan una tradición.

En materia de arquitectura antigua colonial hay verdaderas joyas en la ciudad. Los arquitectos que nos acompañaban, como Carlos Obregón, tomaban fotografías de decorados, de puentes, de retablos; en todo esto el ambiente nos parece muy mexicano.

Bajamos a pie la larga calle que conduce a la estación del ferrocarril, con la melancolía del que deja para siempre un sitio amable. Había como dolor en torno, y simpatía recóndita por los azares de una industria propia de aventureros. Sentíamos cerca de nuestro temperamento todo ese afán de la minería, que ofrece lo que no puede ni soñar el agricultor: la fortuna rápida, aunque sea arriesgada; la muerte o la dicha; pero pronto. Quizá sea Ouro Preto la única ciudad del Brasil que recuerda el pasado. En todas las demás, como en sus bosques y cielos, el Brasil es porvenir: País Porvenir.

La despedida de un ministro

Nuestro tren volvió a la vía troncal, nos detuvimos unas horas en el misterio de la ciudad de Queluz, que recorrimos a pie una noche de luna, y al día siguiente hicimos conexión con el tren que conducía a Penha y a su cortejo de funcionarios. Nos recibieron con efusión de viejos conocidos. En el coche comedor se sirvió un gran banquete; los menús, los pasteles, las fuentes estuvieron decoradas con las banderas de México y Brasil. No hubo oratoria, sino buen apetito. A eso de las tres descendimos en Barbacena; tomamos automóviles con rumbo a las

afueras para ir a inaugurar un manicomio. La construcción, muy extensa, de dos cuerpos, techos de dos aguas, un macizo central de mampostería y dos fachadas laterales amarillas, que abrigan dos grandes patios cuadrados. El interior está enlosado con mosaico fino, que cubre también las paredes hasta la altura del hombro; todo está limpio como una clínica; hay talleres, y clases, y dormitorios, y teatro. Alrededor y enfrente del edificio se han hecho los trazos de un hermoso jardín. Todo parecía impecable, si no fuese porque los techos, en general la construcción, es de estilo holandés, con algo de la vaquería o establo de Suiza. Bajo aquel magnífico sol, que pide cúpulas, se miran absurdos los planos en ángulo y las puntas agudas de torrecillas que se han hecho tan feas por la necesidad de dejar resbalar la nieve. El alma del trópico protesta contra esta dominación de los estilos de la barbarie. Hemos dejado que lo nórdico desborde de su sitio y se ha ido imponiendo la fealdad.

Convengo en que se acepte la *máquina,* en que se acepte el método; pero ¿por qué se ha de aceptar la ideología pobre y la mala estética? ¿Qué entienden de belleza esos ojos habituados al *semitono* y a los eternos grises? Sentimentalismo enfermizo es todo lo que sale de esas primaveras pálidas, de esos veranos tibios y otoños que se destiñen. ¡Estéticas convencionales de ojos universitarios que no han visto la luz del sol, que envuelve a las Bizancios y Bagdades, a Benarés, y Agra, y Delhi! ¿Cómo se atreve a hablar de belleza el que no ha contemplado los paisajes del trópico? Se deleitan en sus colores suaves y sus armonías en tono menor, lo mismo que alabarían el claroscuro los peces de las aguas subterráneas si mañana hiciesen estética. Huérfanos de la belleza son quienes no conocen el esplendor del sol, y sin embargo, permitimos que nos construyan casas que, naturalmente, parecen hospitales concebidos por enfermos. Nos sometemos, tal vez, porque nos traen también el artefacto, la madera ya cortada, y el vidrio y el hierro; pero esto no puede ser más que un sistema de transición. Tomemos lo que ellos hacen con las manos, sin preocuparnos de lo que traen dentro de sus cabezas, y hagamos trabajar la propia fantasía. Si imitar es ley inexorable de la conciencia, imitemos, por lo menos, el Taj Mahal o las cúpulas de Bizancio. Pero el estilo nórdico europeo resulta absurdo en el trópico. Allí hace falta el techo plano o la cúpula oriental que remeda en los interiores la impresión del cielo despejado, combo y luminoso. Por otra parte, hay entre los dos estilos del Norte y del Sur toda la diferencia que media entre el topo, que busca agujero para

invernar, y el pájaro, que abre las alas a la luz. La estética europea en este ambiente se mira ruin y no corresponde a las puestas del sol ni a la selva: rompe la armonía de la noche estrellada; tan ardiente que alumbra los caminos de la tierra y del cielo.

Después de recorrer los edificios nos trasladamos a un pintoresco lugar campestre, una arboleda casi pegada a la falda de una montaña. Allí se sirvió, bajo los árboles, uno de esos tés brasileños, verdadero festín de golosinas; se agregó el champán obligatorio y desagradable, pero que es un rito de mal gusto, y hubo desborde de oratoria: periodos fogosos, llenos de un hálito de confianza en las fuerzas de la nación y elogio justiciero del Gobierno que concluía dejando obra consumada.

Todos los oradores hicieron galantes referencias a la presencia de los representantes de México, y así que me llegó el turno, hice también la apología de Alfonso Penha, todo corazón y energía benéfica, rodeado de obras y de afectos. Manifesté que deseaba para mí aquella dicha, la más alta para un funcionario: la de ser despedido con afecto el día en que se entrega al Estado un balance de labor constructiva, después de varios años de esfuerzo.

Al regresar a Barbacena muchos vecinos vinieron a saludarnos. Se detenían a vernos, sonreían y aplaudían. Un hombre del pueblo nos obsequió con un bastón de pequeños discos de cuerno engarzados por él en una vara flexible. En la estación nos separamos; la comitiva oficial regresó a Bello Horizonte y nosotros seguimos para el Oriente. La despedida de Alfonso Penha fue conmovedora.

Algunas semanas después cometí un pecado. Vi a Penha en terrenos de la Exposición de Río de Janeiro. Lo vi pasar a distancia y tuve el impulso de correr a abrazarlo; pero iba con algunas desconocidos; yo también iba acompañado de mucha gente. Me estorbó la forma; también sucedió que experimento una especie de pudor de volverlo a encontrar. Habían sido tan perfectos los días de nuestra amistad que no quise que un saludo apresurado rompiera la atadura eterna de aquel encuentro de almas hermanas. Con Silveira, de San Paulo, que también me tocó el corazón, me he carteado frecuentemente. A Penha no le he escrito nunca, pero el tiempo no logrará separarnos.

JUIZ DE FORE

Nos hallábamos fatigados, pero Galvao Bueno se había propuesto hacernos aprovechar el tiempo. A las dos horas más o menos de salir de Barbacena, nuestro carro se detuvo en Juiz de Fore, ciudad fabril, comercial, moderna y próspera. Las autoridades, los socios del club social más importante, los periodistas, nos fueron a recibir. El jefe local de las armas nos dio una sorpresa. Nos mandó escolta de lanceros, a pesar de que no se verificaba todavía la presentación de credenciales. No podíamos reprimir cierta broma, entre nosotros mismos, mientras atravesamos, ya de noche, las calles animadas de la pequeña ciudad, seguidos de nuestro brillante escuadrón. Comúnmente esta ceremonia causa hilaridad como de circo; los jinetes montados a la inglesa, brincando a compás, semejan muñecos movidos por el resorte de una estúpida maldad que se divierte con los hombres, mientras no los lanza unos contra otros en fiebre de matanza. Pero hay que confesar que en Brasil, como en la Argentina, aun la misma milicia es simpática.

De esto nos dimos cuenta cuando, pocos minutos después, nos fue a saludar el general X, comandante en jefe de la zona, un hombre que después de haber vivido la guerra europea la comentaba como un filósofo. Me lo acabó de hacer profundamente simpático la indignación que manifestó recordando cierto comentario de algunos jefes aliados que mandaban a los portugueses a un sitio donde era seguro el desastre. El general X tenía apellido y sangre franceses; pero era brasileño, y esto bastaba para darle un sentido de solidaridad con la sangre, hoy desdeñada, de los portugueses. Su protesta tuvo que ser atendida por el comando.

No pude menos que pensar con amargura en cuan pocos generales de los ejércitos hispanoamericanos habrían sentido lo mismo, si se tratara de sacrificar españoles. ¡Y, sin embargo, celebramos el día de la Raza! ¡Me figuro que sólo porque es una fiesta que da pretexto de holganza!

El Centenario de la Independencia

Se ha dicho del Brasil que es un país sin historia, porque su desarrollo ha sido una serie de triunfos y adiciones de progreso.

En realidad, el Brasil posee una historia limpia y gloriosa. No ha tenido guerras intestinas y nunca ha sufrido por agresiones extrañas. La independencia la consumó sin odio para la madre patria. Las persecuciones y los martirios de los iniciadores de la emancipación política quedaron olvidados muy pronto, por la benevolencia del Gobierno autónomo, que se inició con la gran dinastía de los dos Pedros.

Don Pedro I ejerció el mando con gran habilidad; fue honrado y sencillo, y por todas partes impuso la buena administración y el respeto de los derechos humanos.

Así se explica que hasta hoy perdure el cariño por el primer emperador. Don Pedro II es célebre en la Historia por su bondad ilustrada y sus aficiones de filósofo. Su figura es de las que honran a la Humanidad. La propaganda republicana se hizo tan intensa en aquel pueblo esencialmente culto que ganó el corazón del mismo Emperador Filósofo. Entonces, sin ningún alarde y sin molestar a un solo hombre, el emperador abdicó, y los republicanos organizaron su Gobierno inspirados en la escuela filosófica de Augusto Comte. Poco después se abolió la esclavitud, sin combates, mediante la persuasión inspirada de grandes oradores a lo Ruy Barbosa.

Tras la libertad de los negros vino como una bendición la prosperidad sin límites, cuyo florecimiento contemplábamos en aquel Centenario. Una prosperidad ya deslumbrante y, sin embargo, en sus comienzos. Presidía tan claros triunfos la alta mentalidad de Epitasio Pessoa.

Conmovía meditar en el proceso de adelanto generoso y continuo de un pueblo cuya vida política es una sucesión de conceptos de Gobierno, realizados dentro del orden, sin el drama de las ambiciones que al chocar destrozan y mancillan a la patria. Ni un solo caudillo, ni un plan revolucionario en todo aquel proceso admirable.

* * *

Los palacios del Brasil no tienen esa suntuosidad externa de que hacen gala los nuestros. Sin duda es México el país más arquitectónico del Continente; pero, en cambio, hay en el Brasil, como lo hay también en la Argentina, un confort de interiores, una riqueza y una amplitud que nuestros constructores de meras fachadas no se imaginan. Se ve también en aquellos pueblos ese lujo de la persona que sólo es real en países que gozan de bienestar verdadero. El lujo generalizado que se observa, por ejemplo, en los Estados Unidos, se advierte también en

el Brasil. Se ven muchos automóviles, pero no pertenecen a los funcionarios del Gobierno; las joyas y las telas hermosas no las exhibe la mujer del ministro, recién nombrado, pobre de ayer y habilitado de gran señor por el último zafarrancho homicida. Los funcionarios andan sencillamente ataviados, y la riqueza la ostentan los ricos que, desde luego, han explotado el trabajo ajeno, pero dentro de las reglas y convenciones de una sociedad organizada.

Entre aquel lujo y el nuestro hay la diferencia que media entre la barbarie y la civilización. Y el lujo de la civilización es más tibio y más grato, y ofende menos que el lujo de la barbarie, porque siquiera está más lejos de la sangre. La voluptuosidad que produce ya acompañada de una satisfacción engañosa. Por un instante seducen aquellos salones donde se halagan los más bajos sentimientos de vanidad y de gula. Aquello no es el placer, porque no hay libertad. Con una gran parte de las damas sucede lo mismo que con los diplomáticos: se ven muy bien vestidas y muy enjoyadas, pero comúnmente ni siquiera atraen la atención. Se recorre con la vista las diademas y los collares, y pasa por la mente la idea de arrancarlos de las frentes y los cuellos para cambiarlos al día siguiente por un poco de oro acuñado, que tiene como ruedas para girar por el mundo, o de entregarlos a un centenar de muchachas bonitas para que los luzcan con una danza loca de voluptuosidad y de pasión.

No causa ningún goce y sí, más bien, disgusto ver las joyas en ciertas matronas positivamente venerables. Reconozcamos la sabiduría de los orientales, que reservan las pedrerías para las bayaderas. Lo que el burgués da a la esposa, que es como no dar o darse a sí mismo, el hombre desprendido lo entrega a la bailarina. La esmeralda le consagra una suerte de santidad a causa de que no engendra otra cosa que esperanza. ¡Gloriosa superioridad, de la que crea belleza, sobre la que produce carne! El rubí debiera ser para la que brinda goces, sin responsabilidades ni penas; el diamante para la frente que se ilumina de hermosura en las gestas de la poesía; pero en aquellas ocasiones y en aquellos cuerpos el lujo insensato era como una profanación de las joyas.

UNA REVISTA NAVAL Y UNA REVISTA DE PLAYAS

Una mañana nublada la empleamos toda entera en pasar revista a las escuadras surtas en la inmensa bahía. En el yate presidencial nos reunieron a todos los embajadores. Recuerdo hileras de "dreadnoughts", de acorazados, de cañoneros, en formación pintoresca, lujosamente

empavesados. Al acercarse nuestra comitiva las marinerías formadas saludaban con automatismo uniforme y lanzaban sus gritos salvajes de guerra. La más poderosa unidad, individualmente considerada, era japonesa; le seguía un *dreadnought* inglés y en seguida un buque yanqui. Estos datos los daba en voz alta Mr. Hughes, secretario de Estado de Norteamérica.

El presidente Pessoa, que además de estadista es poeta, conversó un rato conmigo y me recomendó una excursión a la isla de Paquetá, situada, un poco distante, en lo más recóndito de la bahía. Me refirió la leyenda de alguna pareja enamorada que allí dejó historia. No pude retener la leyenda, pero sí me hice el propósito de ver la isla.

La revista, al final, se hizo tediosa; un barco siempre es una cárcel, y el momento más feliz es aquel en que uno baja a tierra. Me hizo más impresión el relato de Pessoa que toda la pompa de aquellas escuadras hechas para sojuzgar hombres. Al mediodía terminó aquello. El espectáculo había sido, para mí, nuevo y brillante, a ratos casi fantástico por las banderas y el esplendor bélico, pero a la larga fatigoso y triste. Al desembarcar, para dar reposo al ánimo, recorrimos las espléndidas calzadas que van circundando la costa y después regresan entre los bosques. Camina el pecho entre dos soplos vivificantes: el del mar y el de la selva cargada de esencias.

Más allá de Copacabana la carretera se prolonga a orillas del mar por kilómetros y kilómetros de una belleza que suspende el aliento; el mar se apacigua en las curvas arenosas y se estrella en los peñascos; se torna verdoso, como si fuera a cristalizar en una esmeralda enorme, al abrigo de los recodos; se eleva y estalla contra la roca de los promontorios como una ambición que fracasa, pero se corona de gloria. Por el costado opuesto el monte sube, seguido de la selva, que a veces lo vence, y se empina más alto. ¡Grupos de árboles se yerguen sobre la peña y entregan al viento la gallardía de sus ramajes!

Con frecuencia el litoral se hace cóncavo, como para trazar la curva de una bahía; como si fuera a repetir el prodigio de Botafogo o de Copacabana. Surgen de esta suerte toda una serie de playas semejantes por la configuración y el paisaje. Así también se repiten los islotes y las montañas. Hay panoramas que fingen una bahía de Río de Janeiro sin ciudad y sin barcos, tal como sería hace seiscientos años el actual puerto antes de la colonización portuguesa. También se ven parodias del Pan de Azúcar y aun del Corcovado. Un naturalista podría

derivar de estas similitudes casi exactas de la orografía toda una ley formulable poco más o menos diciendo *que la Naturaleza crea por géneros, no por individuos.* Cada vez que se descubre una bahía puede tenerse la certeza de que cerca hay otra más grande o más pequeña, pero marcadamente semejante. Nueva York tiene su paralelo en Boston. San Francisco, en San Diego y en Vancouver; París sobre el río, se parece a Berlín sobre el río y a Londres. Las islas Británicas aparecen en grupos como las Baleares y el archipiélago griego. El Amazonas tiene su hermano Orinoco, y el padre Mississipi tiene su docena de hijos que llenan de arenas el golfo. Lo mismo pasa con los árboles. Mucho antes de llegar al viejo corpulento del "Tule de Oaxaca" —según se afirma, el árbol más grueso del mundo— ya se ven en la llanura, a lo largo de los arroyos, sabinos dispersos, de troncos macizos, que anuncian la opulencia del antiguo padre de las selvas. Aun los mismos volcanes no se presentan aislados en una región, sino en grupos y familias, como puede verse en las sierras mexicanas y Centroamérica y en los Andes. De igual suerte se advierte, por dondequiera, algo como la huella de una fuerza que hizo muchos ensayos y todos los dejó incompletos, cual si se sintiese disgustada del barro con que trabajaba. Disgusto fundamental que no se sabe si se produjo a causa de la forma o a causa de la sustancia.

UN BANDEIRANTE

Un bandeirante: un "abanderado" es en la historia del Brasil algo equivalente a nuestros conquistadores. Sólo que, más que conquistas, allá hubo que hacer exploraciones y descubrimientos de tierras inmensas, generalmente despobladas. De suerte que el bandeirante, por temperamento o por suerte, no manchó su leyenda con las crueldades atroces de los verdaderos conquistadores. Fue una mezcla de héroe y geógrafo, de atrevimiento y de inteligencia civilizadora. Desde los comienzos, el bandeirante fue un civilizador. Y entre todas las galanterías y atenciones que yo debí al Gobierno brasileño, no hay una que más agradezca que el haber señalado como ayudante y compañero mío al comandante de Marina don Amphiloquio Reiss —todo fuerza, inteligencia, bondad y alegría—, ¡qué poco expresan las palabras cuando se trata de dar una idea de quién es Amphiloquio Reiss! —Su energía obligaba la voluntad de los hombres; su gracia hacía sonreír a las

mujeres. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, comenzaba a quedar calvo; su tipo, a la vez fino y robusto, causaba agrado en todas las gentes. Portugués hasta los huesos, no por eso dejaba de mostrarse antes que nada brasileño irónico, que a un personaje de Portugal que por esos días llegó en un barco viejo lo llamaba: "Il ré de Portugal." Con Amphiloquio aprendí, entre mucho saber suelto, algo de la historia de Portugal y de la historia del Brasil. Me dijo el nombre de cada isla de su maravillosa bahía y la historia de cada monumento de la ciudad. Complementaba sus historias con las bromas que el ingenio popular inventa alrededor de estatuas y monumentos que el personaje no merece o que no corresponden al propósito de apoteosis que los ha levantado. Amphiloquio veía lo cómico, pero no lo interpretaba cruelmente; no era de los que hacen chistes para humillar un sujeto o para justificar un desdén. Su gracia era regocijada y tierna. Su risa era de niño y su temple de gigante. Si un mago se presentase a ofrecerme dones, yo le pediría el favor de abrazar a Amphiloquio Reiss antes de morir.

Una tarde que paseábamos por el bulevar, Amphiloquio se encontró con su hija; la aclamó con la misma gracia, un poco atrevida, con que él acostumbra abordar a las mujeres bonitas; yo me quedé un poco perplejo delante de una bella joven de dieciséis o dieciocho años, ojos negros, lindísimos, húmedos de ternura y relampagueantes de ingenio. Me presentó Amphiloquio. La niña conversaba y sonreía con la misma gracia fácil paterna. Era conmovedor verlos al padre y a la hija, desbordantes de recíproco afecto, citándose para unas horas después en que había de llevarla al baile. La joven se fue; no volví a encontrarme con ella, pero al ver que partía la despedí envolviéndola en una especie de plegaria que quería protegerla del mal y asegurarle la dicha.

Amphiloquio era mi consejero y mi guía; por todas partes me acompañaba solícito, y lo mismo sabía arreglar una buena comida que dar un buen consejo o referir una historia con ingenio y gracia. Poseía alma de héroe; le tocó una hora pacífica; por eso no llegó a dejar su nombre en el mapa, como los navegantes de los que heredó su sangre. Desde joven empezó a recorrer mares; conoce distintos pueblos, ha sido maestro de teoría y de práctica; dirigió un barco-escuela durante muchos años. No me explico, le dije una vez, que un hombre como usted, vivo y acometedor, soportara la vida de a bordo con sus largos tedios inacabables. Llegar a un puerto es siempre una emoción, pero estar embarcado días y semanas es cosa que soportan sólo las mentes torpes,

tan lentas como el andar de su barco; en cambio, si el marinero tiene imaginación acabará por volverse loco. Me replicaba que los pequeños deberes inflexibles de la disciplina vuelven corto el más largo trayecto. Además, el mar enseña esa gran virtud que a tantos nos falta: saber esperar y ejercitar la paciencia. Escuela de paciencia vigorosa y de serenidad es la del marino. Los barcos importantes no se confían más que a los viejos porque la edad los vuelve prudentes.

De las simpatías internacionales de Amphiloquio yo no puedo hablar, porque todavía debe de hallarse en el servicio público, pero nos entendíamos antes de hablarnos, nos adivinábamos, a pesar de que, como buen brasileño, no tenía odios, pero sí una rápida y clara sagacidad en todos sus juicios.

Fui con Amphiloquio a las redacciones de los periódicos y siempre supo dirigir y animar la conversación. Fui con él a los ministerios, y aunque los ministros de Pessoa eran ilustres hombres, cada uno en su ramo, Amphiloquio siempre entendía casi tanto como el ministro. Dondequiera que se presentaba parecía un jefe. Con Amphiloquio hice la excursión de Petrópolis y supo guiarme como lo habría hecho un artista. Además, su gran actividad logró que yo no dejara de ver una sola cosa de interés. Por ejemplo, un día comenzamos a las seis de la mañana, recorriendo la quinta Boa Vista, hermoso jardín tropical, y el palacio destinado a museo. Todo lo que se encuentra en los grandes museos del mundo lo hay allí en pequeño, desde el vaso indígena hasta la momia egipcia. Del museo pasamos a un café donde pidió Amphiloquio un "cafeciño" para el señor embajador de México, y lo hizo con tal gracia varonil que el propietario no quiso cobrar el consumo. De allí fuimos a tomar el tren que sube por las montañas, dominando la prodigiosa vista de Río, hasta los bosques que ocultan a Petrópolis. Durante la ascensión aparece la ciudad y la bahía como en un mapa de relieve. El tren faldea los montes, se interna entre los árboles y a ratos parece que escala la altura. Fuimos, volvimos de Petrópolis y todavía en la noche hubo tiempo para una recepción.

Petrópolis está hecha de quintas de verano, hoteles pequeños a la europea y calles de hortensias, de rosas y de magnolias. Todas las casas tienen jardín y además abundan los parques y los puentes con calles y andenes de flores y canales bordeados de plantas. En las posadas las mesitas de restaurantes ostentan la blancura de sus manteles al aire libre. Por las calles y paseos las mujeres visten de claro.

Todo es risueño, sin las notas de tristeza del paisaje frío y sin el calor excesivo de la costa.

Sitio para esconder dichas honestas, el viajero quisiera quedarse, pero sufre la impresión de que es un intruso. Recuerdo un parque con jardines japoneses y avenidas raras y pavos reales y avestruces, en una fonda donde tomamos un rico almuerzo. Recuerdo después una carretera entre bosques, donde al amparo de pequeñas caídas de agua se han instalado algunas turbinas y fábricas con esclavos de Italia o Polonia. ¡Aun en el Brasil es triste la apariencia del pobre! No llega a ser miserable, pero nadie podría decir que es alegre.

Para ser dichoso es necesario poder comprar un pasaje, periódicamente, para cualquier sitio del mundo, y lo peor del jornal es que obliga a volver al molusco a estarse pegado a una roca, no obstante que el alma es como pájaro. Yo pensaba en la fortuna infinita de mi viaje y me daba vergüenza que me vieran aquellos obreros, incapacitados por la miseria para hacer viaje semejante al mío. Yo andaba de placer, y ellos quizá habían dejado en Europa hijos o padres que no volverían a ver. Sentía el remordimiento que va implícito en el pecado de nacer y me vino a la mente, con la violencia de una blasfemia, la repetida certidumbre de que no sólo no puede ser dichosa ninguna criatura: ni el mismo Creador podrá ser feliz mientras una sola alma padezca congoja.

En el tren de regreso dormí sentado media hora de siesta, y al despertar, me hallé cerca de la más linda joven que hayan visto ojos humanos. Amphiloquio, que ya había hecho amistades, me presentó en seguida. Era toda una familia de Buenos Aires, con sobrinas de Tucumán. ¡Imaginaos lo que será hallarse de pronto enfrente de tipos de una Arcadia lozana, pero refinada como un París! Nunca volví a ver a la joven; pero de allí salió una cena en Buenos Aires, en casa del matrimonio.

También con Amphiloquio fui dos o tres veces más a mirar el prodigio del Pan de Azúcar, al mediodía, al atardecer, en la noche, siempre distinto, siempre asombroso.

Otra tarde, una tarde triste de domingo, nos fuimos cinco o seis, dirigidos por Amphiloquio, al Corcovado. Esto es como agrandar el panorama del Pan de Azúcar. El Corcovado domina la serranía y abarca el espectáculo del mar y la ciudad. Parece un lomo contrahecho; de allí su mote ofensivo; pero se yergue majestuoso, comprobando que la fealdad es sólo prejuicio aplicable a lo humano, que no alcanza a

manchar la Naturaleza. Saliendo de la esfera del hombre, todo es en la creación hermoso. El hombre es el único pecado, por lo menos el único yerro, la única esencia incompleta y necesitada de redención. La fuerza que asciende se equivocó al formarnos, a menos que sólo seamos un tránsito. La roca, en cambio, es un alto perdurable; la estrella parece un ideal que se disipa ardiendo, un ansia de composiciones nuevas; la selva es misterio. La selva y el mar son vida que engendra vida; es decir, manera turbia de existencia. Desde el Corcovado se intuye el secreto de cómo se vuelven inmateriales los ritmos de la Naturaleza al combinarse con la conciencia.

El Corcovado es altar si se le mira de abajo; es el centro de un concierto sublime de vida si se pisa su cima. Por supuesto que, gracias al gran adelanto industrial de la capital del Brasil, los trenes eléctricos de cremellera, los vehículos de toda clase hacen fácil y rápido el ascenso y descenso de todos los picos, donde el paisaje se convierte en religión y en culto.

También me acompañaba Amphiloquio a recepciones y bailes. Me conducía con habilidad suma a saludar a todos aquellos que hubieran extrañado mi ausencia, y en seguida, muy temprano, nos escapábamos a gozar del esplendor de la noche en los malecones iluminados, donde nunca se fatiga uno de estar. En una ciudad tan hermosa es un disparate encerrarse en salones para cenar o bailar; las fiestas deberían hacerse en las explanadas cerca de las olas, en medio de la fragancia ambiente; bajo el toldo de los vapores que se condensan arriba e iluminan con los reflejos coloridos de los millones de voltios de la Feria.

Vagar, vagar en coche o a pie y tomar bocanadas de aquel aire espeso, y sentirse adormecido en el ritmo muelle de las cosas y después dormir sin soñar, porque ningún sueño supera aquella realidad voluptuosa, así eran, así son las noches de Río de Janeiro.

Pero la ciudad en aquellos días estaba borracha de festejos; hubo ocasión en que tuvimos que cambiar de traje cinco veces para ceremonias de mañana y de tarde, traje de calle y de salón. Una vez en el Palacio Nacional, en la sala de los Embajadores, la señora Pessoa, gallarda como una reina, ocupaba casi todo un sofá central. Los diplomáticos y los invitados y las damas estaban de pie. En eso se atrevió a sentarse en el extremo del sofá un sujeto bajito, engalanado con mucha medalla y cintas, y con aspecto inequívoco de no haber hecho en su vida otra cosa que emborracharse metódicamente. Era algo grande

de España, pero se veía como un criado a los pies de una emperatriz. Probablemente, así acostumbraba a portarse en la corte de su rey; pero aquellas posturas no sientan bien en América. Nosotros amamos la altivez española, no la baja cortesanía. Así es que me volví indignado hacia Amphiloquio, el heredero de los bandeirantes, y le dije:

—Mire usted a ese lacayo cómo arrastra el decoro de nuestra España, la Iberia común.

Otra noche Amphiloquio me prestó el firme sostén de una amistad verdadera. La embajada americana daba su recepción oficial. Habíamos recibido invitaciones; pero nuestro Gobierno no estaba reconocido por el de los Estados Unidos. Entendíamos que era el mismo míster Hughes el obstáculo para el reconocimiento y temíamos algún desaire; sin embargo, dejar de asistir habiendo sido invitados parecía indebido. Por cable consulté el caso con Relaciones, pero no obtuve respuesta. Pensé que habían preferido dejarme a mí la responsabilidad del asunto, y así era mejor, puesto que si resultaba algo desagradable valía más que se me culpara a mí, a un individuo, y no a la Cancillería. En consecuencia, decidimos ir; pero los secretarios se fueron excusando, y asistí solo con Amphiloquio. Míster Hughes recibía de pie, con la señora Hughes a su lado.

Amphiloquio se adelantó y dijo en voz alta: "El embajador de México." Entonces míster Hughes alargó la mano para tomar la mía y la pasó a la señora Hughes, repitiendo: "El embajador de México."

Después de esto nos perdimos entre la numerosísima concurrencia. La recepción se daba en una especie de patio techado con galerías en los altos. Había dos músicas; se bailaba con dificultad por la cantidad de parejas. Repartían una especie de limonada desabrida. Paseamos por las galerías altas, nos hicimos visibles unos instantes y nos fuimos, poco antes de que míster Hughes, con la señora de Pessoa y los embajadores de cuatro o cinco grandes potencias, pasaran a un salón reservado a tomar unas copas de champán. El resto de los invitados se tuvo que conformar con la limonada. Contrastó visiblemente la pobreza de la recepción americana con el lujo de otras recepciones; pero en honor de la verdad, a mí me parece admirable y digno de imitación el proceder yanqui, pues no tienen los Gobiernos el derecho de hacer derroches con el dinero del pueblo. La barbarie administrativa es ostentosa; pero los Gobiernos civilizados se muestran sobrios.

El desfile militar

Fue una mañana luminosa, en un campo de Marte, vasta explanada más allá del Canal de Mangue, que bordean las palmeras. No recuerdo el nombre del sitio; soy mal viajero, que no guarda notas; confía en su memoria aun sabiendo que es muy mala. Después de todo, si algo interesa realmente, el alma no se olvida, ¿y qué importa que se borre el nombre de un sitio, de un rostro, si lo esencial de uno y otro penetró ya en nuestra conciencia para todas las edades? ¿Y qué es lo que dura un libro de apuntes? Cuando mucho, lo que dura un libro, y un libro de los que nosotros llamamos inmortales apenas si dura mil años. Y mil años no son ni una cuenta de rosario de nuestra eternidad. No importa, pues, el nombre, pero sí son dignos de recuerdo los seres que desfilaron aquella mañana: treinta mil hombres de todas armas, compitiendo en vistosidad, en gallardía, en entusiasmo bélico, delante de una multitud de doscientos, de trescientos mil espectadores.

En el centro estaban las tribunas oficiales, ocupadas por Pessoa, el presidente, y los ministros, los embajadores y los generales; más bien dicho, los generales habían quedado a distancia respetuosa del elemento civil, que aun en aquella ceremonia se imponía. De uno y otro lado de la tribuna central seguían largas filas de graderías improvisadas; enfrente, un gran trecho despejado, una ancha faja abierta, interminable en los dos sentidos; más al fondo, cerraban la vista los árboles.

* * *

Los primeros contingentes que desfilaron fueron extranjeros, por delante los marinos, como es costumbre; después, las escuelas navales y militares. Pasaron ingleses, de uniformes blancos, disciplinados, sin rigidez, más bien sueltos, como si el mismo uniforme fuese incapaz de privar a cada uno de su vigorosa energía. El sajón es colectivista en lo espiritual, pero en la práctica obra como unidad activa, de acuerdo con un plan que se acata ciegamente. Allí está su fuerza. No discute los métodos, no murmura de su propósito: por la inteligencia parece un autómata, pero a la hora de obrar, sus sentidos se multiplican, sus capacidades se afinan; se le despierta el genio. Para pensar son quietos, pero decisivos y rápidos en el instante de la acción. Desfilan sin arrogancia, como si no quisieran ofender recordándonos que son los amos del mundo.

Pasaron después los yanquis, de aspecto agresivo, más ostentosos; parece que derrochan fuerza, sin duda porque todavía no la han empleado del todo. Comienzan a dominar el mundo. Tampoco pierden mucho en discusiones y fantaseos; están ebrios de fuerza, y la emplean lo mismo que una avalancha. Podrá no haber entre ellos mucho individuo, pero tienen la masa. Si un millón cae, otro millón lo repone. A los mismos ingleses parecen decirles: ¡Cuidado, que aquí estamos nosotros! Mr. Hughes mira risueño a sus tropas.

Luego vienen los japoneses: una multitud organizada. Así como todos se parecen en lo físico, todos se suman en la acción y se convierten en potencia avasalladora. Ya no son la muchedumbre oriental, la horda de mil caciques: son el Imperio, la Roma amarilla. Y ostentan una briosa energía; traen las capacidades vivas y el apetito fiero de la dominación. ¿Hay cierto lazo remoto entre esas pieles cetrinas y las gentes trigueñas de la América que llamamos ibérica? Si lo hubo, se perdió. Ahora son otra cosa; no son el Oriente; para eso les falta espíritu. Y no son Occidente más que en la forma. Han logrado detener el paso del blanco; pero no por amor a la libertad, puesto que de buen grado implantarían su dominio en el mundo. Son un misterio individual y nacional. En la historia del pensamiento no han hecho más que el "shintoismo", una religión social, tan baja como la romana de los Césares. Y, sin embargo, son una fuerza que irrumpe. Una fuerza que dice: Ya no será un solo pueblo el dueño del mundo. En sus modos nerviosos y ligeros y en sus músicas agudas vibran los lineamientos de una nueva catalogación de los valores humanos.

Desfilan en seguida, magníficamente, los cadetes argentinos: pantalón blanco, chaqueta oscura; robustos y alegres, parecen un brote de la Europa liberal, enemiga del despotismo y creyente en el progreso y el bien.

Cuando se mira al soldado argentino se recuerda a San Martín, libertador de patrias; a Liniers, que negó a los británicos el derecho de imponer el inglés en el Sur. Se recuerda el lema argentino: "La victoria no da derechos", lema que salvó la integridad del Paraguay y ha mantenido la independencia uruguaya. ¡Salud a los libres de todo el planeta! —dicen en su himno nacional—. Gallardas legiones del pabellón azul y blanco, conmueve mirarlas. ¡Son como la avanzada de la nueva cultura piadosa y universal!

Vienen después cadetes uruguayos, que ojalá lleguen a ser puente de unión entre Argentina y Brasil. A continuación desfilan los mexi-

canos, los nuestros. Eran más o menos cien alumnos con uniforme de paño oscuro y franjas rojas; caras tostadas, cuerpos rígidos, marcha firme y aire indiferente, como de quien está habituado a la adversidad. No se sabría decir al mirarlos si representan un esfuerzo tendido al porvenir o si son los últimos destellos marciales de una raza que se ha ido agotando y ampara su derrota en la indiferencia y la altivez. Se les hizo un honor particular, se les separó del desfile y vinieron a formar casa debajo de la tribuna presidencial. La Escuela Militar del Brasil no figuraba en el programa. A causa de la participación tonta que había tomado en la reciente asonada había sido clausurada. Entonces el lugar de los cadetes brasileños lo ocuparon los mexicanos, dando escolta al presidente. La distinción fue conmovedora, el pueblo entero aplaudía a nuestros muchachos y los mimaba como sustitutos momentáneos, como hijos adoptivos de la patria carioca.

En seguida de los mexicanos comenzaron a desfilar los brasileños: infanterías brillantes, precedidas de trompetas cuyos toques parecían abrir sendas en el viento; tambores marciales que afirman el paso; músicas briosas, marchas de millares de personas que parecen un solo organismo; organismo complicado y un poco torpe, con la torpeza propia del ejército y la guerra. En los uniformes predominaba el color kaki moderno. El tipo de los soldados era muy variado, predominando el blanco; el servicio obligatorio junta en las mismas filas a los jóvenes de todas las clases sociales.

Para implantar este servicio obligatorio no se comenzó haciendo decretos a la mexicana, sino construyendo grandes cuarteles aseados y cómodos; el reclutamiento vino después. Los instructores franceses y la práctica que muchos oficiales brasileños lograron en la Guerra Europea hicieron lo demás. Así se explicaba el admirable conjunto que veíamos pasar. No sé cuantos miles serían los infantes; había cuerpos policíacos de uniforme negro y rojo de tipo antiguo, tropas de línea vestidas con sencillez moderna, bomberos, ambulancias y aviadores.

Artillería de todos los calibres, de todos los tamaños; tanques blindados como fortalezas en marcha; carros para el servicio de aprovisionamiento; tiendas de campaña a centenares, aeroplanos, todo lo que el ingenio ha creado para matar y acomodar hombres.

Después de los infantes y la artillería seguían los cuerpos de caballería, precedidos también de trompetas y bandas; más vistosos que los infantes, un poco exóticos ya, entre maquinaria y aparatos de aire

y de tierra, pero todavía útiles para la selva y el monte, para las largas extensiones del continente latino que todavía no surcan los rieles. Avanzaban en líneas compactas; los clarines adelantan sus voces altivas. Responden con múltiples, dulces quejas los instrumentos de la banda. Tocan algo parecido a lo que llamamos nosotros marcha de honor o marcha dragona, hecha para acompañar jinetes; invención árabe quizá, porque con sus caballos de guerra deben de haber traído a la Península los sones adecuados. La música de las infanterías remeda y acompaña el ritmo insistente; brioso, del paso, tiene que acomodarse a la respiración humana. El músico camina con la tropa, y con sus sones la impele a marchar resuelta; desarrolla algo mecánico que se confunde con la marcha misma y provoca apenas y como secundariamente la emoción. Marchas turcas de Mozart y de Beethoven; marcha gozosa de la *Condenación de Fausto,* de Berlioz; pasos marciales de todos los pueblos, son triunfo insolente, como en *Tannhäuser,* o fugaz destello de falsa gloria, como en la *Carmen,* de Bizet, pero siempre remedan el movimiento y el arranque de entusiasmo de la victoria.

La marcha de los dragones es mucho más profunda. Posee el ímpetu bélico de los clarines, que ningún son iguala en esplendor; pero el hombre ya no es en ella la bestia que trota; se asienta en el caballo como un dominador y dispone más de su conciencia; por eso responde al alarde de los clarines con las voces conmovedoras y complejas de los latones y las maderas. Dulzura tierna que se derrama del dolor mismo de las heridas; roncos lamentos de pena; dicha de la victoria que abre el corazón a las posibilidades inagotables. Esperanza y ascensión. Ensueño que flota sobre los campos de la muerte. La densidad de la niebla se rasga con el grito luminoso y cálido de las trompetas; cantan en seguida voces de creación, en los saxofones y en los pífanos. Sonoridades desiguales; coros de júbilo que ahogan el anhelo de los muertos y sofocan el lamento de las víctimas. Gritos de infamia y roncas amenazas de revancha; todo envuelto en la inmortal esperanza, que consuela y exalta.

* * *

Fue largo el desfile de las caballerías, y producía deleite mirar aquellos hombres que sobre un campo sin sangre marchaban directamente a la gloria. Ya para terminar hubo un remedo de tragedia: se

descompusieron las filas, se agruparon los escuadrones como si el choque fuera ya a deslumbrarnos. Unas conversiones hábilmente ordenadas hicieron que, de pronto, toda la masa de varios millares de jinetes se arrojara a galope sobre la tribuna presidencial. Se produjo un estrépito heroico, retumbaron los cascos, echaron espumas los hocicos, y las espadas lanzaban reflejos; pero súbitamente todos, con rapidez, refrenaron las bridas. Como un ondulado relámpago, las espadas en alto se juntaron para el saludo.

Por un instante la brillante maniobra nos evocó la imagen de un cuadro histórico, visto en no sé qué palacio de Río, en que las tropas de don Pedro se agrupan a su alrededor para juramentar la independencia del reino. La escena en simulacro se repetía a los cien años.

La isla de Paquetá

Hacia el fondo de la bahía de Río de Janeiro hay una isla de fábula, la isla de Paquetá, que tiene no sé qué leyenda romántica; pero no necesita de leyenda porque el sitio mismo es un ensueño hecho materia espléndida, una fuente perenne de ensueño y leyenda. El que allí lleve una fábula la olvida. El encanto maravilloso del lugar le sugiere una nueva. Se me olvidaron las historias que me habían contado; no pude escuchar a los guías que amablemente pretendían recordármelas.

Sobre un monte cubierto de árboles, más bien sobre una colina, se asienta una casa esbelta y clara. La costa escarpada por uno de los costados del monte se prolonga en las otras direcciones formando ensenadas y suaves playas, con fondo de palmeras. Grupos de casas en la orilla, y barcas de Pescadores. Sitio para esconder amores felices, quien pasa por sus calles se emociona de pensar lo que hubiera hecho o lo que podría hacer si todavía ama, en aquel paraíso fragante. ¡Dulzura en el corazón y vigor en la carne! ¡Perfecta dicha terrestre!

La machicha

Hace muchos años, cuando yo hacía teorías, me ocupé varias veces de apuntar un esnayo de clasificación de las razas por el baile; no recuerdo exactamente qué reflexiones hacía yo para definir la raza del

vals, soñadora y romántica, como los personajes alemanes de Werther; la raza del baile gimnástico escocés, vigorosa y sin gracia, monótona y áspera, o la estirpe superficial y graciosa, que se revela en los minuetos de Francia; o la profunda raza de los "boleros" y jotas de España, o la Rusia espléndida de bailes inspirados y rítmicos. Recordé estos vislumbres frente al baile nacional del Brasil, la machicha, conocida universalmente, pero que sólo en el país de su origen contagia los sentidos de melodía y de voluptuosidad. La machicha se baila en Río, en todos los *cabarets,* desde el de lujo al humilde, y para verla no hay más que el muy serio inconveniente de que la cosa comienza a ponerse animada alrededor de las tres de la mañana. Esto, para un amante del paisaje, es desastroso, porque hasta el mismo sol de la mañana pierde su claridad si lo miran unos ojos desvelados. El sueño es el mayor de los goces; equivale a una inmersión en lo infinito; las penas se calman idealizándose, y las alegrías se vuelven profundas en su misterio; para dormir se buscan los que se aman; en el sueño no hay rostro innoble; los niños se llenan de halo, las mujeres se purifican y los hombres se impregnan de energía. Nada hay más dulce que un buen dormir, ni existe mejor premio del heroico esfuerzo. Consuelo del pecado, alivio de cavilaciones, voluptuosidad de cuerpo y alma; en las profundidades del sueño se encuentran los que hemos amado, pero hermoseados y ungidos de ternura; allí descubrimos aún aquellos que jamás hemos visto. ¿Quién no posee el recuerdo más dulce de la que lo amó una noche en un sueño? Mujer radiante de belleza, más linda que todas las que nos han parecido lindas, su voz tierna penetró en nuestros huesos. Después de la visión soñada las otras no han sido sino aproximaciones de aquel único tesoro. Después ya no se hace otra cosa que estar diciendo, al cabo de la ilusión de cada encuentro: no es, no era ella. También ofrece el sueño una pena honda y fecunda: la congoja que aterra; pero entonces queda a mano un subterfugio; allá en los dominios de una subconsciencia sagaz, nos décimos: ¿qué importa, si debo estar soñando? ¿Qué importa, si hay el recurso de despertar? Por desgracia, nunca llegamos a saber cuál es lo cierto: ¿la vigilia o el sueño? En el sueño vive el alma sin limitaciones físicas, se anda en el aire, se vuela, se discurre, se ama, se sufre, se sueña; un buen sueño tiene sus subsueños y supersueños; es como varias conciencias que se comunican; hay profundidad y un verdadero derroche de dimensiones. En cambio, la vigilia es tan pobre, que estaría justificado pensar que

la vida verdadera es la del sueño, y que cuando despertamos sucede que el alma, por una especie de castigo o de tarea, se pone a mover el cuerpo, a mirar por los ojos de animal de la carne, a oír por los oídos sordos del cuerpo, a pensar con la mente torpe del cerebro. Algo como si el alma sufriese condenas periódicas de cárcel, cada ocho horas, después de las ocho horas de vida profunda del sueño. ¡Dieciséis de castigo inexplicable vagando a ciegas por esto que llamamos mundo, el agregado de los fantasmas de un delirio, eso de la vigilia, el maligno delirio de la vigilia! ¡una enfermedad que dura unos cuantos años de expiación! ¡Años que nosotros, en el colmo del error, llamamos vida, sólo porque padecemos una inversión de la conciencia!

Algunas de aquellas noches cariocas las dedicamos a los *cabarets,* ya tan tarde que se podía tener la impresión de que se entraba en un sueño. Viva reflexión, coloridos cristales relumbrantes, joyas, escotes, rostros hermosos, talles de tentación, blondas, sedas y morbideces perturbadoras; confusión alegre de voces y música, sones triviales de fox, tangos románticos, de quejido carnal, y ya, a la hora del entusiasmo candente, la machicha. La maxixe, con pronunciación de "sh", la auténtica machicha de la copla de "las castañas de Pará", tiene canto, tiene son y tiene ritmo; un ritmo que hace quebrar, ondular la cintura; los brazos se espanden acogedores; las piernas avanzan, retroceden y se enlazan; vibra una melodía impetuosa, un rasgueo que incita y acompaña; que define y regula el arrebato como para obligarlo a volver sobre sí mismo, con el fin de producir el torbellino. Una ardiente voluptuosidad flota, casi purificadora, por lo mismo que se ha vuelto de fuego. El goce de las parejas está enraizado en lo físico, pero tiembla y se vuelve emoción, y describe formas de ritmo anímico. Las más crudas frases cobran esplendor en el canto; asimismo el baile depura el vicio, embellece los miembros, complace la fantasía, consuma el espasmo, mece el ensueño. Se revela una dulzura tan honda, una cadencia tan blanda, apasionada y sincera, que es como sentir desgranarse el corazón de una estirpe; parece que vibra en ella todo el Brasil, y nos contagiamos para siempre de su amor.

El día de México

Por la mañana, en un templete improvisado frente al sitio donde quedó la réplica de la estatua de Cuauhtémoc, y delante del cortejo

diplomático, hice entrega oficial del monumento mediante un discurso que me fue contestado por el ministro de Relaciones primero, y por el presidente Pessoa, después. El discurso explicaba lo que el héroe Cuauhtémoc representa en nuestra historia y la intención que nos guiaba de ofrendarle como símbolo de la independencia verdadera, ya no sólo política sino también moral. Insistí, a este respecto, en la necesidad de buscar el desarrollo de los rasgos autóctonos de nuestro temperamento para realizar una civilización que ya no fuera copia no más de lo europeo: una emancipación espiritual como corolario de la emancipación política. Contestó Pessoa con una pieza oratoria significativa y elocuentísima que conmovió profundamente a los oyentes.

La ceremonia toda resultó muy brillante. Después de ella acompañamos a Pessoa en el descubrimiento del monumento que la República levantó en el sitio de desembarco de los primeros colonos portugueses.

En la tarde se interrumpió otra vez el programa mexicano para inaugurar el hermoso teatro de la Exposición; pero a las seis todo el mundo se congregó en el Pabellón Mexicano; sus salones se vieron pletóricos; México estaba de moda en Río; hubo elogios para los cuadros de los pintores, y para los trabajos de nuestras Escuelas Industriales. El arte popular de nuestra patria, único en América; la bella arquitectura del coloniaje mexicano, comparable solamente a la portuguesa de la misma época; las ediciones de clásicos de la Universidad mexicana; los excelentes muestrarios de nuestras industrias modernas, tales como el acero de Monterrey, y los artículos de plomería, manufacturados en Guadalajara; todo daba idea de una cultura si no completa, por lo menos intensa.

En la parte baja del lindo edificio, en los salones y el patio descubierto, se bailaba. Nuestras músicas atronaban con sonoridades nativas; se repartían golosinas y refrescos, vino y champán. Se advertía el derroche un poco bárbaro de gobiernos que no tienen que rendir cuentas muy exactas del manejo de los fondos públicos; pero aquella vez, por lo menos, fue bien empleado. Reinaba una cordialidad efusiva; al terminar los números de baile o canto, estallaban gritos de entusiasmo, vivas sonoros. Cuando terminó el servicio de la mesa principal, pasamos con los altos funcionarios del país por entre los grupos que llenaban los corredores y entonces estallaron gritos que decían: "La alianza, la alianza." El público brasileño pedía en aquellos instantes la alianza con México. Esto sellaba el éxito de nuestra misión. Ojalá

que los diplomáticos de oficio pudieran aprovechar aquella voluntad latente, tan vigorosa que, en ocasiones, prorrumpe en salvas.

LA PARTIDA

El ensueño se iba a romper; las fechas llegaban fatales; para el 18, según protocolo, debíamos estar fuera de la ciudad. Costaba mucho resignarse; sentíamos que aquellos días de deslumbramiento tal vez ya no serían igualados jamás en nuestra vida. Tomábamos los autos y volvíamos a recorrer con ansiedad de corazón y de retina los sublimes paisajes, los asombrosos sitios donde el goce de existir es tan intenso que abruma un poco y causa una suave pena. Hay un alto, un balcón al extremo de una calzada, entre bosques, llamado Boa Vista o algo semejante, desde donde se mira hacia arriba el Corcovado, a la derecha del mar, y abajo la ciudad como en un mapa colorido y luminoso o estrellado, según la hora. Hay también una excursión que se hace a pie entre el Corcovado y no sé qué antiguo castillo, atravesando bosques, y la cual se quedó proyectada. Se quedaban Nichteroy, que sólo recorrimos de noche, media hora, entre un camino de *ferrys*, y Teresópolis, que no vimos, y la Cascatina, que visitamos varias veces, las peñas sobrepuestas y la calzada de Gavea, que va hacia el mar entre campos y selvas que ensanchan el corazón. Algunos árboles elevan sus copas en lo más alto sobre la masa gris verdosa de las grandes rocas que rematan la montaña. La luz inunda y embriaga; no conoce todo el tesoro de la visión el que no ha mirado aquellos cielos y montes y mares. Las olas de Ipamema y de Gavea retumban en el viento y en el corazón; se estrellaban entre los peñascos de Niemeyer o lamiendo las playas espumosas de Leme y Copacabana. En la arena juegan niños y lucen el alabastro de su cuerpo mojado mujeres con cabelleras sueltas. La ciudad, el mar, la gente toda se embriaga de alegría en el crepúsculo. Aquellos sitios parecen dedicados a la perpetua dicha.

Pero nosotros nos íbamos, nos íbamos de allí para siempre; este pensamiento nos hacía sufrir, nos ponía un peso en la conciencia; bastaba extender la mano para coger la dicha, pero nosotros teníamos que partir. Nos entraba la tentación de rebelarnos, de desaparecer socialmente, cambiando de nombre para quedarnos allí con el fin de comenzar una nueva vida. Cíñennos cruelmente los lazos de los afec-

tos, de los compromisos que nos atan para siempre, irremisiblemente, a un sitio o a un grupo de parientes, de amigos; a una patria, a un hábito que nuestras almas no han escogido.

Como enfermos nos dejábamos llevar y traer; no comíamos nada que no fuera brasileño; no bebíamos vino que no fuera portugués; nos empapábamos el oído en los giros de la dulce lengua local; hacíamos cargamento de fotografías y de mariposas; revisábamos la colección de turmalinas; comprábamos sólo lo que tuviera la marca del lugar; recorríamos las calles a pie. Fueron tres días de ternura en los que a cada momento amenazaba estallar el llanto; bebíamos de todos los refrescos, leite de coco, caldo de canha, cayú. Una mañana un poco gris, atravesando por no sé qué calle paralela de Ouvidor, ornamentada todavía de fiesta, advertimos que los colores de las banderas, amarillo y verde, tienen algo del misterio de lo vegetal, como esos bambús veteados; eso me causó extraña, casi dolorosa ternura, y comprendí hasta qué punto el país entero había entrado en nuestras almas. Ver a su bandera nos emocionaba; estábamos ebrios, dichosamente ebrios del glorioso Brasil.

Bajo una impresión de torpeza y de embobamiento causado por la emoción, salimos una noche por no sé qué garita, con rumbo a San Paulo. Me había costado mucho trabajo convencer al Gobierno de que estaba resuelto a irme por tierra en ferrocarril hasta el Uruguay. Pretendieron disuadirnos del viaje, informándonos qué el tren es malo y la travesía fatigosa; pero insistí en ver el país, no las olas, que son iguales en su multiplicidad innumerable. Nos acompañaron a la estación muchas personas; al día siguiente, los diarios nos dedicaron la despedida más afectuosa. Nos habíamos movido mucho, recorrimos el país, los salones, las calles, hicimos conferencias, viajes, excursiones, paseos; en los comentarios de la prensa se recordaba todo esto, y uno se me grabó y me causó agrado: estaban todos acordes en calificarme de infatigable.

Siete días de tren

Amanecimos en San Paulo. En esta segunda visita a la ciudad laboriosa tuvimos que pasar de prisa; hubiéramos querido no ver a nadie; no se pudieron evitar, sin embargo, algunas entrevistas y comidas. Universitarios, funcionarios y amigos estuvieron en la estación a

despedirnos. Me sentía tentado de decirles: ya no debo verlos; ya los miré una vez casi perfectos, y es menester que me lleve esa sola visión inmaculada; estos pensamientos me ponían impaciente, distraído y frío. A veces el rostro se pone duro, por temor de que la emoción se desborde. ¿Cómo podría expresar mi gratitud por la ternura de aquel estudiante del discurso de la Universidad, que todavía allí me miraba como se mira a los dieciocho años la frente donde imaginamos reside ya la sabiduría? Así miraba yo hace años ciertas cabezas de catedráticos en las que la ilusión juvenil pone aureolas. Y ahora me daban ganas de decirle —respondiendo al pensamiento subconsciente que entre nosotros se cruzaba—: yo también he visto así otros hombres y así que me tocó llegar al punto en que ellos estaban me di cuenta de que no había avanzado gran cosa. ¡Quizá, mis maestros de antes, se sentían tan inermes como yo me sentía en aquel instante frente a la muda interrogación de aquellos jóvenes!

Por fin partió el tren. El Gobierno nos había puesto coche especial hasta la frontera. En el mismo coche viajábamos Alfredo L. Palacios, el ilustre profesor argentino, con Palou y Alberti, dos secretarios suyos, más un periodista, Maleplate, sujeto excelente, todo bondad y entusiasmo. En otro coche oficial iba el general Brieva, del Estado Mayor chileno, con su ayudante, un capitán joven, y un periodista chileno judío, muy inteligente, que contaba muy buenos cuentos. En el último coche iba un ingeniero inspector del ferrocarril, que por las tardes nos mandaba llamar para ofrecernos conversación noble y afectuosa, y muy rico mate. El primer día se pasó sin novedades: altos para comidas y platicas de exploración. Examinábamos nuestras maneras; sondeábamos nuestras opiniones en esa preparación, necesaria para establecer el trato franco, el intercambio y la lucha de las ideas, la repulsión o la solidez de la simpatía y el afecto. El paisaje estuvo insignificante, lomeríos de escasa vegetación. El día siguiente ya lo pasamos atravesando bosques interminables de pinos en medio de una tierra desierta. El tercer día fue de araucarias, bosques de araucarias enormes, corpulentas, cubriendo extensiones sin fin, que en algunos sitios se abren para dar paso a los grandes ríos. En lo profundo de las barrancas, rojizas, resbalan gruesas corrientes cargadas de limos.

Una tarde reposamos algunas horas en un caserío construido sobre el banco arcilloso de un gran río flanqueado de bosques. El sitio se llama Passo Fundo. La travesía fatiga por lenta, la vía esta mal cons-

truida y llena de curvas; se pierde la cuenta de los días; la vista suele ser monótona. Una mañana entera nos distrajeron campos arenosos llenos de montículos, de casi un metro de altura, que son hormigueros de una variedad gigante de hormigas. No se ven gentes, no se ven ganados; aquello es propiamente wilderness.

Aprovechamos el alto de Passo Fundo para estirar las piernas y para tomar un baño en el coche especial del ingeniero. Al oscurecer reanudamos la interminable marcha; llevábamos ya por lo menos cuatro días de camino por Paraná y Rió Grande y nos acercábamos al entronque de Puerto Alegre.

Todavía un día más de camino y llegamos a la frontera del Uruguay un domingo al mediodía. Tomamos descanso en un buen hotel, en Santa Ana do Livramento, del lado brasileño. Experimentábamos un profundo encanto aquella tarde dominical, sentados en la acera del hotel que da a una plaza, llena de flores, espaciada con anchos andenes enladrillados y bancos de piedra, todo alrededor del quiosco para la música, que estaba vacío.

Echamos a andar por una calle larga de sauces muy altos, y verdes, y atravesando una especie de puente entramos a la población uruguaya.

En Santa Ana do Livramento las casas son bajas, pero sólidamente construidas, al estilo iberoamericano. Casas entresoladas, con balcones donde asoman bellas mujeres: otras mujeres paseaban por la plaza; nos causaba sorpresa la lozanía de sus tipos: ojos negros, muy grandes, tez blanca, mejillas encendidas; formas mórbidas, cuerpos firmes, pero no con aspecto campesino sino refinado, casi elegante; parecían españolas, pero hablando portugués. En realidad ya no eran portuguesas sino brasileñas, de la raza mezclada que se está formando desde San Paulo hasta Buenos Aires, y que se compone de italiano, portugués, español, ruso, polaco, y produce el más bello tipo humano de la época presente.

Que esto, es verdad y no un simple efecto de los cinco días de camino, lo prueba la impresión que nos causaba la belleza de los niños. El capitán chileno y yo nos habíamos hecho inseparables; recorríamos el pueblo, comentábamos nuestras impresiones brasileñas y aguzábamos el ingenio para observar todos los caracteres de aquel último pueblo de la enorme nación amiga. Al capitán le preocupaba el aspecto político, la posibilidad de una alianza del Brasil y Paraguay con Chile, para contrarrestar la posible coalición de Argentina, Bolivia y Perú.

Con este criterio de internacionalismo perverso, interrogó a unas niñas de no más de diez años que habíamos llamado cerca de nuestro asiento, interrumpiendo sus juegos en la plaza. Las pequeñuelas eran un prodigio: lindas, traviesas, con ingenio rápido que deslumbraba en las respuestas. Nos informamos qué año cursaban, y, a propósito de geografía, el capitán hizo preguntas: "¿Qué cosa son los Estados Unidos del Norte?" Una niña lindísima, blanca, esbelta, de ojos muy negros, contestó de corrido: "*Pues un país de la América del Norte, casi tan grande como el Brasil*", "¿Es amigo del Brasil?", preguntó el chileno; y la niña dijo con naturalidad, pero sin fuego: "*Si, es amigo del Brasil.*" "¿Qué es México?", preguntó en seguida: "*País latino de la América del Norte.*" "¿Es amigo del Brasil?", insistió el chileno; y la niña repuso con convicción: "*Muito amigo.*" "Y la Argentina —dijo mañosamente el chileno— es amiga?" "*No*", repuso la niña con visible agrado del capitán. "¿Y Uruguay?", preguntó entonces. La niña hizo un movimiento con la mano abierta para decir algo como *ni si ni no*, lo que traducía admirablemente la opinión de que el Uruguay coquetea con sus dos poderosos vecinos. "¿Y Chile?", preguntó por fin el capitán, casi con envidia, por lo que la niña dijo de México. La niña, después de pensar un momento, como si ella también pensara las posibilidades de las alianzas, dijo con aplomo perfecto: "*Más bien amigo.*" No satisfizo mucho al capitán el "mas bien" de la niña, pero los dos estabamos pasmados de aquella sabiduría infantil, que el mismo Río Branco tal vez no hubiera podido expresar en forma tan breve y concisa. Nosotros les hablamos en Castellano neto, y ellas entendían sin dificultad; pero, como es natural, respondían en portugués. Los niños son un fiel de la vida de las naciones. Allí donde ellos están despiertos y alegres, la prosperidad se halla segura y la misión espiritual va en ascenso; donde son indiferentes y tristes es porque la raza padece y decae. Y a juzgar por aquellos niños de Santa Ana do Livramento, el Brasil será la potencia mundial del futuro. Todos los signos son favorables y ojalá que así sea. Verán entonces los hombres el primer caso de una gran civilización que no se ha fundado en la conquista y la sangre sino en la fraternidad, el trabajo y la luz.

ARGENTINA

BUENOS AIRES

Muy temprano el barco atracó al muelle, cuando todavía dormíamos. Nos advirtieron que no tenía nada de particular el espectáculo de la llegada, así es que no nos preocupamos de madrugar. Recibimos aviso de que irían por nosotros determinadas comisiones a eso de las diez. Mientras llegaban paseábamos por la cubierta, mirando de un lado el agua terrosa del gran río y del otro una larga fila de mástiles pegados a los muelles, a lo largo de una ribera sin fin. Más de cerca se ve la ancha faja obstruida de rieles, vagones, almacenes y depósitos, que contienen y ordenan el flujo del comercio. Alberto Hidalgo, el joven y apasionado poeta peruano, llegó primero que nadie a conversar, dándonos rápidamente datos sobre cosas y gentes. Quiere a la Argentina, pero todo lo halla malo porque es intransigente. Quizá está enamorado de la belleza y la justicia. En la antigua Judea hubiera sido profeta; en las pequeñas burguesías modernas pasa tildado de escéptico. Es muy cómodo deshacerse de un hombre que dice verdades poniéndole encima un membrete convencional. Yo por mi parte llegué a decirle: "Usted hace falta en México, porque allí encontraría motivo para todas sus cóleras y asunto regocijado para todas sus sátiras." No quería que me deshiciera la ilusión argentina y no me la deshizo. Él mismo ya no toleraría la vida en otro país de América, porque no hay ninguno que tenga más libertad que Argentina.

A la hora anunciada llegaron el introductor de embajadores, señor Barili, y los delegados de la Secretaría de Instrucción, más don Alfredo Palacios y el doctor Malbrán. Tomamos un auto, atravesamos las avenidas anchas que conducen al puerto y muy pronto nos encontramos en la calle Florida, que tantas veces habíamos soñado pasear. Es algo equivalente en muchos sentidos a la antigua calle de Plateros de México, hoy avenida Madero; por allí desfila Buenos Aires a la una y a las cinco. En Florida hay más boato, casas más altas, comercio más rico y un lujo mucho más generalizado. Poco después del extremo de la calle Florida nos detuvimos en uno de esos hoteles universales que tienen la

ventaja del baño a un paso del lecho, y a cambio de esto cien molestias insoportables, como el teléfono al lado de la almohada, la necesidad del ascensor para cada entrada y salida, la serie de criados, uno para cada cosa, los trámites hasta para pedir un vaso de agua, y en fin el reglamento indispensable para gobernar una población que se encasilla en unos cuantos metros de superficie y en una torre de altura; además de las series de números para distinguir las dos mil puertas.

Don Manuel Malbrán, ex ministro argentino en México, fue nombrado jefe de la comisión encargada de atendernos, y nos trató como un gran señor que a la vez fuera un hermano. Todo se nos concedía antes de desearlo. Nos sentíamos como en la propia casa; ni ceremonias ni exceso de cortesía, todo como quien llega, de una manera natural, a tomar posesión de lo suyo. Después de una breve charla con periodistas y amigos, se nos dejó libres durante varios días, que aprovechamos para anegarnos en la ciudad.

Por las mañanas la calle Florida se pone espléndida; la recorríamos varias veces; en seguida pasábamos a la Avenida de Mayo, mirándola en auto, desde la Casa Rosada hasta el Congreso. Nombres familiares y queridos, que veíamos por fin, hechos piedra y realidad. La gente llenaba las aceras, circulando en todos sentidos. Los coches podían maniobrar apenas en la anchísima avenida, apretada de vehículos; y esto no se limitaba a una calle; se repetía en diez, en veinte y en trayectorias interminables. Impresión, en fin, de gran metrópoli.

Por la tarde llegan al hotel los periodistas, tan cordiales que no era posible hacerse a la idea de que uno era allí un extraño y un recién llegado. Mucho contribuyeron a formarnos amigos los jóvenes estudiantes que asistieron al Congreso celebrado en México en 1921. Habían hablado de nosotros, nos habían seguido escribiendo y al llegar a la Argentina nosotros, nos acompañaron por todas partes. También Palacios seguía pendiente de nuestros pasos y nos abría muchas puertas. La prensa, el gobierno, los escritores, los poetas, los socialistas, los anarquistas, nadie dejó de hacer presente su afecto por el lejano México, que repugna a ratos por sanguinario, pero se hace perdonar con poetas como Nervo, que acababa de dejar una estela de admiración y de amor.

La revolución también en ciertos círculos es mirada como una aurora.

Con los muchachos estudiantes paseábamos la ciudad en todos sentidos. Desde la torre de Güemes (una casa comercial) la vimos en conjunto, tan grande que en ella se pierde la vista. Las casas cubren una extensión mayor de lo que abarcan los ojos. Cierta calle, la de Santa Fe, tiene una extensión de más de catorce kilómetros, toda encuadrada dentro de construcciones. Hay casas altas, modernas y de seis pisos, en una gran extensión central, y más de cien plazas y paseos. Luego, los barrios de casas de dos pisos son extensísimos y poseen sitios que recuerdan a ratos los suburbios de París, a ratos los barrios antiguos de México; pero en Buenos Aires los servicios municipales y pavimentos son muy superiores a los de nuestras zonas pobres.

El trafico nutrido se desborda por un centenar de avenidas y confirma la impresión de la gran ciudad, impresión que para un mexicano es motivo de consuelo y de orgullo: de consuelo porque nos demuestra que puede haber civilización aun allí donde no se habla inglés, donde no hay nada o casi nada del Norte, y orgullo porque es aquel el centro del continente latino, la capital de la raza, la sucesora de Madrid, la que no se verá superada en muchos años por ninguna ciudad de habla española y por muy pocas de lengua extraña.

Y a pesar de cuanto se dice en contrario es muy española la ciudad, como es muy español el país entero; ¿dónde si no, demuestra el castellano esa fuerza de asimilación, comparable sólo a la del inglés, que en unos cuantos años se impone al emigrante italiano, al judío, al polaco, al francés, al mismo inglés? Una ciudad europea, sin duda, pero con médula castellana, con civilización ultraespañola, porque allí es donde España se muestra en mayor adelanto y progreso. México es indio; se siente allí por doquiera el ambiente indígena; Cuba es mulata, aunque hay allí mucha gente blanca, se siente la influencia del negro; es colonial, es antigua con algo del Asia; Santiago es severamente castizo; sólo Buenos Aires es cosmopolita y por lo mismo representa el espíritu español en su expresión universal. Cosmopolita, a pesar de que conserva algo de ese ambiente grato y señorío cordial de la antigua colonia. Todavía es provinciana la ciudad en lo que tiene de vigor juvenil, de raza sana y nueva; bella raza de mocetones altos y alegres y de mujeres maravillosas, de una esbeltez firme y una lozanía que no se ve igual en ninguna parte. En casi todas las ciudades de la tierra la mayoría es de feas; aquí es rara la que no es hermosa; un paseo por la calle Florida a las doce, es un drama de represión del deseo;

pena infinita de no ser un Dios, capaz de convocar a una alegre danza de amor a todas las asombrosas bellezas que pasan en los autos o circulan por la acera, con esa manera andaluza de caminar, en que las caderas ondulan con líneas que fingen música. Mujeres que no sólo encantan sino que ponen angustia en el cuello, inquietud profunda, casi desgarradora, en las entrañas; dolor en el corazón; leve temblor en los músculos; deslumbramiento en la mirada. Sólo la abundancia alivia de la pena, porque siempre hay otra, y otra más, que hace olvidar el primer encuentro, y acaba uno por sentirse ebrio de una voluptuosidad que llena los sentidos y el ambiente. Quizá el amor monogámico es cosa de aldea. En las grandes ciudades no puede mantenerse fiel, y si no traiciona de hecho, traiciona de pensamiento; pavoroso desamparo el de las almas que no pueden acogerse con certeza, ni siquiera a otra alma, porque llevamos todos adentro, en el afán de la novedad y la belleza, el principio de la traición a los más hondos afectos. Quizá sea mejor amar así a la multitud, porque después de todo es un grave crimen eso de amar profundamente sólo a una: un dulce crimen que sólo se paga con la muerte; porque el que sigue viviendo traiciona, traiciona porque se engaña o porque se corrige y acierta.

En la calle Florida hay una especie de intimidad de salón; no se conoce a nadie, pero pasamos tan cerca unos de otros, que parece que formamos familia. En la antigua calle del paseo citadino perdura algo de la antigua vida social de la colonia; calles iguales con menor lujo contemporáneo, con más tradición pretérita las hay en México, así como hay la calle de Espaderos en Lima. Sitios adonde va la gente a lucir el traje, mirar a los conocidos y gozar con la sorpresa de los nuevos encuentros.

La Avenida de Mayo ya es otra cosa; la Avenida de Mayo es el amplio bulevar cosmopolita, lleno de un tránsito nutrido y apresurado, no de paseantes, sino de gente que va a su negocio; la calle, ancha y larga, se prolonga agrandada con la perspectiva del Palacio Legislativo, alineada de edificios macizos de cinco y seis pisos; en las aceras, anchas, algunos árboles pequeños, y a trechos, mesas de café en el embanquetado, para que el parroquiano pueda estar en la calle y gozar de la calle. A veces este solo dato basta para marcar las ciudades hospitalarias, las ciudades de paseo. Las mesas para tomar café, para comer al aire libre en las aceras, tal como en Francia, como en España, están indicando que la calle no es un sitio de mero tránsito, sino de

sociabilidad y de recreo. Esto no sería concebible en una Nueva York y un Londres, donde no hay sitio para estacionarse, porque la multitud nos empuja, obligada a estrujarse y a correr. En Nueva York el *ice cream* se toma de pie o empinado en los mostradores horizontales, que aunque sean de mármol parecen pesebres, y a darse prisa, porque detrás está una cola de gente que espera. Buenos Aires no copiará esta forma de barbarie; las gratas mesas de sus cafés invitan a la charla humana, y en sus calles se puede "estar". No nos atropella la corriente de los desesperados que pasan llenos de acción exterior, pero con la mente vacía.

La Avenida de Mayo, extendida desde la Casa Rosada hasta el Palacio Legislativo, más bien dicho, entre las dos plazas de estos hermosos palacios, mide más de un kilómetro; pero esta calle, con ser larga, es apenas un corto eje central; por detrás del Legislativo, la ciudad se extiende casi sin fin; hacia la izquierda se esparce una enorme extensión de barriadas más bien pobres, pero bastante limpias; a la derecha se extienden los barrios de lujo. Allí hay calles como la Avenida Alvear, que parecen una sección del París elegante; todos aquellos palacios particulares son obra de arquitectos franceses, y si no son de piedra auténtica, nadie lo advierte, porque la imitación de la cantería es perfecta. Saliendo por la hermosa y suntuosa calle Santa Fe, poblada también de tiendas y animada de vehículos, ostentosa con sus grandes construcciones modernas, se llega a los jardines de la Recoleta. Derroche de mármoles, praderas de césped y andenes y fuentes. Los jardines de Buenos Aires denuncian la mano de los hábiles floricultores franceses; son un modelo de gracia clara. A partir de la Recoleta se ensancha la gran Avenida de Palermo, el paseo de lujo para los coches, muy amplio, largo y hermoso; flanqueado de suntuosos palacios, habitaciones temporales de los millonarios, de los rastacueros que mitad del año están en Europa despilfarrando rentas. En cambio, los colonos que trabajan la tierra no pueden adquirir ni el metro cuadrado en que sepultan al hijo. Se afanan todo el año, y lo ganado acrece el poder del patrón, que no da ni un buen techo en su finca, pero sí controla el Gobierno para que envíe tropas, cada vez que el colono se siente tentado a exigir lo que es suyo.

A lo largo de Palermo siguen los palacios deshabitados, llenos de lujo inútil, de familias que ni siquiera disfrutan sus tesoros, porque los

viejos caen en el hastío y los jóvenes se pierden en el vicio. Sus palacios, que un día serán dormitorios de pobres o asilos, se miran hermosos, porque al fin son obra humana que puede servir para el bien.

Por el lado del río hay jardines, y a trechos, lotes extensos sin construir que colindan con la ribera del Plata; pero el agua queda oculta por las construcciones, los cercados y los árboles. En una suave pendiente se asienta Belgrano, el barrio de residencias particulares, lujosas y modestas, con aire alegre, debido a las calles decoradas de árboles y a los jardines, multiplicados. Predominan las residencias de tipo europeo moderno, pero todavía en algunas apartadas callejas se conserva el ambiente tranquilo y señorial de las antiguas ciudades españolas del Nuevo Mundo. Por la tarde, el sol se refleja en el asfalto de Palermo y ciega dorado en el Poniente. En una glorieta del centro de la avenida se levanta una especie de columna de ancha base, toda de mármol muy blanco, decorada profusamente con alegorías del descubrimiento y la conquista. Remata el conjunto el ángel de la patria argentina. De cerca parece de azúcar, pero hay gracia y proporción en las líneas ascendentes de los grupos. Contraesquina del monumento de los españoles se eleva una pequeña estatua de bronce, dedicada a Sarmiento, bastante fea, concepción de Rodin. El gran constructor aparece encorvado con algo del mono. Si Sarmiento es muy feo, el escultor debió prescindir del retrato y construir un monumento. Supongamos que mañana se civiliza el mundo y se decida la glorificación de Platón; ¿habrá alguien tan necio que intente fabricar su retrato? Lo procedente sería esculpir una montaña. Pero se encargan estas estatuas a escultores mercenarios que ni saben ni les importa saber del personaje que falsifican; se les da un retrato, y ellos lo copian, y probablemente aún se permiten ironías a costa de aquellos que, en su ignorancia, catalogan como un oscuro héroe americano. Cualquier escultor argentino hubiera hecho mejor estatua de Sarmiento, el santo, que esta de Rodin, el célebre.

La avenida no termina; pasamos por frente al Hipódromo, y todavía mucho más allá está el bosque de hermosos árboles y de jardines elegantísimos con el famoso Rosedal. Allí se dan cita los enamorados, entre el derroche de corolas luminosas y fragantes, pisando las verdes praderas. Otro lugar del bosque vasto y agreste sirve para el recreo dominguero de la multitud de los humildes.

YRIGOYEN

Nuestra primera visita oficial fue para el presidente saliente, Yrigoyen, particular amigo de México y hombre muy discutido en su patria. Con nosotros se mostró cordial; cuidó de que se nos dieran comodidades de todo género; hablamos poco, porque es hombre de pocas palabras, pero nos dejó complacidos. Su figura ocupará buen sitio en la historia argentina. Gobernante de una austeridad ejemplar, de una honradez indiscutible y de una firmeza de carácter jamás desmentida, fue el primer presidente que rompió los fueros de la oligarquía. La gente "bien" no se lo perdonaba, ni en los últimos instantes de su gobierno. Algunos diarios capitalistas se ensañaban en contra suya, y acogían con beneplácito a su sucesor, un miembro de la más rancia aristocracia porteña. Yo tenía entonces decisiva simpatía por Yrigoyen y alguna prevención contra el sucesor. Cuando se nos decía que todo el poder era de Yrigoyen y que el nuevo presidente iba a tener que sometérsele, nos consolábamos y casi nos daban ganas de que mediante una mexicanada, se impidiera la toma de posesión de Alvear, porque Alvear nos parecía un retroceso a la oligarquía. Por fortuna, las instituciones democráticas tienen un fuerte arraigo en la Argentina, y ni Yrigoyen lo pensó, ni el país hubiera tolerado un acto violento. Desde el primer día de su gobierno, Alvear se puso a mandar. Yrigoyen volvió a meterse en su casa, una modesta casa de la que nunca sale, por lo que le han puesto un mote: "el peludo" (especie de tejón). Los métodos de gobierno de Yrigoyen fueron bastante avanzados para el medio y la época. Cierto que no puso mano en el problema agrario, pero tampoco compró ranchos, ni haciendas, para el día del retiro a la vida privada. De la presidencia salió con el mismo dinero con que había entrado; acaso con menos, pues jamás en su larga vida de político aprovechó la política para hacer negocios, y eso a pesar de que vive en una sociedad de millonarios, en la que fácilmente hubiera podido dedicar algunas horas a "sus asuntos particulares", como no tienen empacho en hacerlo tantos seudobolcheviques más o menos rojos, pero rojos por la sangre que cuesta encumbrarlos. Y no se crea que Yrigoyen fue no más un moderado, respetuoso del Tesoro público; su ley del inquilinato no ha sido hasta hoy igualada en la América. Dicha ley fijó el importe de las rentas en lo que eran hace veinte años, y logró

salvar a la población trabajadora de Buenos Aires. Durante sus seis años de gobierno tuvo Yrigoyen que hacer frente a opositores terribles; sin embargo, no hay, que yo sepa, un solo argentino que pueda declararse víctima de persecuciones ordenadas a toleradas por Yrigoyen. Lo censuran, y yo también le censuré determinadas expulsiones de extranjeros, hechas con el pretexto de reprimir la propaganda anarquista; esto es indigno de Buenos Aires; pero no hay país de la América que no haya hecho eso y más contra la libertad del pensamiento. Yrigoyen dedicó al gobierno honradez y tenacidad, una masculina tenacidad para cumplir con su deber y sus convicciones; pero jamás se valió del mando para molestar o perseguir a sus adversarios. Reformó la legislación, democratizó el gobierno, fomentó el desarrollo del movimiento socialista, y todo esto lo hizo sin derramar sangre, sin desterrar a nadie, sin encarcelar, sin injuriar a sus contrarios, abusando de la impunidad que confiere el puesto. Los ricos le arrastraron un día a permitir que los polizontes cazaran a balazos a los obreros que hacían una manifestación. La Liga Patriótica Argentina se armó para provocar a los agitadores, y con pretexto de la muerte de un jefe de policía, hubo represalias feroces. Yrigoyen no quiso o no pudo disolver la Liga Patriótica; pero tiene la exculpante de que los socios de la Liga no eran ni son sus amigos. En lo fundamental, dado lo poco que el medio y el tiempo permitían, Yrigoyen fue un buen gobernante. Así lo reconoció el pueblo de Buenos Aires, que se fue en masa detrás de él aclamándolo cuando salió de palacio para dirigirse a pie hasta su domicilio.

Los mexicanos que todo aquello vimos, pensamos con amargura en que todavía pasará mucho tiempo antes de que un presidente de México entregue de esa suerte el mando, sin previo derramamiento de sangre, y a un hombre que ya no es amigo y nunca ha sido compadre, que quizá va a comenzar a pegar al día siguiente. Admirábamos esta nobleza, recordábamos el afecto invariable de Yrigoyen para México; para toda la América Latina; le agradecíamos el ejemplo que en esos instantes ponía a la raza, y lo acompañamos a su retiro con el corazón.

Un viaje

Nuestra primera salida de Buenos Aires fue con dirección a Córdoba. Junto con la Universidad de La Plata, se distingue la Universidad de Córdoba por su hispanoamericanismo ferviente. Desgraciadamente,

íbamos tan limitados de tiempo que no pudimos hacer un alto formal en Rosario, ni menos dirigirnos a Santa Fe. Salimos una tarde por el Ferrocarril Central Argentino en un magnífico coche especial que el protocolo tuvo la gentileza de concedernos. Como a las tres horas, el tren se detuvo en Rosario, sólo cuarenta minutos, que aprovechamos íntegros para recorrer la ciudad en automóvil. De la excursión aquella, a las diez de la noche, por una ciudad grande y desconocida, que probablemente nunca volveremos a ver, nos quedó algo como película cinematográfica, no sólo por la velocidad de las imágenes, sino por el tono de la luz. Recuerdo plazas, ya con poca gente, interiores iluminados de cafés con sillas y mesitas de trasnochadores; recuerdo las calles del puerto con casas antiguas y sucias, a la orilla del río, que, de pronto, recordaban un barrio semejante de Tampico; en seguida nos internamos por anchas calles, por manzanas de casas y llegamos a una plaza espaciosa, que, según creo, es la del Ayuntamiento, con su nuevo edificio municipal y en el centro plantas y árboles; quizá enfrente otra construcción con un remate en aguja, y pena da confesar que esto es todo lo que nos quedó en la memoria de la grande y gentil ciudad de Rosario. Cuando yo veía después las fotografías apretadas de bellas muchachas, en traje de corte, fotografías que se hicieron con motivo de unos juegos florales a los que asistió de mantenedor Alfredo Palacios; cuando supe más tarde la recepción fraternal que la ciudad que yo vi silenciosa y muda, ofreció a un grupo de nuestros aviadores que fueron a visitarla, comprendí que en realidad no había estado en Rosario.

Aquella noche el tren volvió a tirar, y al día siguiente desembarcamos en Córdoba.

Desde el primer momento nos encantaron las cosas y nos conquistaron las gentes. Nos hospedaron en un hermoso hotel moderno situado en la esquina de la plaza principal. En la plaza hay un jardín extenso y hermosos árboles. Enfrente veíamos la Catedral, de macizas y labradas torres; por los costados, casas de comercio; por todas partes, vida y movimiento. Uno de los primeros sitios que visitamos fue el edificio de la Universidad, de arquitectura típicamente latinoamericana, con patios de doble arquería y columnas de piedra; el Renacimiento español que florece en Perú, en Ecuador y en México, en todos los sitios que pobló España. Las iglesias de Córdoba son magníficas, y, como la mayor parte de las nuestras, construidas en el calumniado y mal comprendido pero suntuoso y poético estilo churrigueresco. Córdoba no tiene,

por ejemplo, la fama de Lima o de Quito, y sin embargo, sus iglesias poseen mérito. Además del bello estilo ostentan la solidez de la hermosa piedra de que están hechas. Tiene Córdoba rincones que recuerdan a Puebla, la mejor ciudad, arquitectónicamente considerada, del continente, o a San Luis de Potosí o a Morelia. Por supuesto que tales reminiscencias sólo se insinúan por los edificios, pues Córdoba es mucho más populosa, animada y extensa, más capital que cualquiera de las ya citadas.

El ambiente de Córdoba es una mezcla de coloniaje y de modernidad; colonial, por sus viejas construcciones; flamante, por sus calles y hoteles y tránsito; ultramoderna, por el espíritu de sus habitantes. Apenas se ha conversado media hora con los periodistas, con los estudiantes o los profesores, y en seguida se da uno cuenta de que está en esos lugares en que se crea el pensamiento contemporáneo. El vigor, el talento, la rectitud moral, la idealidad de aquella juventud compensan de la inercia que prevalece en otras partes de nuestra América. Después de haber permanecido unos días en Córdoba, se obtiene confianza en el porvenir de la raza.

Córdoba es uno de los centros principales de ese célebre movimiento universitario estudiantil que se ha ido propagando por toda la América meridional y llega ya hasta Cuba. En lo fundamental consiste, a mi entender, en la exigencia de que los catedráticos sean idóneos y la doctrina que enseñan exacta y libre. Ha sido un movimiento de renovación de las ideas y de los métodos de enseñanza, de eliminación de profesores incompetentes o atrasados en doctrina. La juventud ha hecho la revolución de las ideas exigiendo el retiro, mediante jubilación, es claro, de los profesores atrasados en ideas. También se ha querido eliminar de las cátedras el favor oficial, para reemplazarlo, exclusivamente, con la capacidad, pero una capacidad orientada al porvenir, no como en nuestro país, donde han surgido dificultades porque se eliminaban profesores que defienden el absolutismo porfiriano o las traiciones de Iturbide.

Los procedimientos de que se valieron los jóvenes fueron la huelga, la discusión, la protesta inteligente, la confederación de facultades y de universidades para la acción común. En la Argentina y en Uruguay, países libres, el movimiento se impuso rápidamente, casi sin hacer víctimas; en los países vecinos, hubo expulsiones de alumnos, clausura temporal de cursos y aun persecuciones individuales contra los jefes de

la protesta. En casi todas las universidades argentinas y en Uruguay encontramos estudiantes desterrados por sus gobiernos o expulsados de sus colegios, que iban a terminar sus cursos en el seno cariñoso de la universidad emancipada... Estos perseguidos se han ido convirtiendo en lazos vivos de unión de las juventudes hispanoamericanas. Quizá ellos sean los autores de la gran fraternidad efectiva del futuro.

La revolución estudiantil, como la llaman los muchachos, ha tenido, desde luego, el benéfico efecto de crear vínculos entre los centros universitarios principales del continente. Al mismo tiempo, los claustros han cobrado vida, las cátedras están mejor servidas y la juventud se ha adiestrado en los secretos de la manera de obrar colectiva, preparación que ha de servirle para la acción social del mañana. Del movimiento libertario han salido propósitos de mejoramiento social y conceptos continentales que colocan a la juventud argentina, junto con la uruguaya y la chilena, en un puesto de avanzada y de esperanza.

Lamentaría herir susceptibilidades, pero apunto un hecho tal como pude observarlo; sólo en los chilenos, a pesar de que están sometidos a fuerzas enemigas, se siente un empuje comparable al de los argentinos, y los argentinos, además, poseen un concepto claro de los problemas morales y de los problemas sociales. La juventud peruana se ejercita actualmente en el heroísmo; combate la dictadura local y no acabará de definirse mientras no sacuda ese yugo. La juventud colombiana es atrevida y libre, y tiene una gran cultura literaria; pero, según parece, todavía no se coloca en el punto de vista social. La juventud de Cuba comienza a entrar en acción; la de México no se congrega, no se expresa en forma colectiva, padece del individualismo anárquico que contradice el "todos para uno" y "uno para todos", exclamando: "yo contra todos".

No hay nada que pueda dar idea de la cordialidad argentina; en pocos pueblos puede uno sentirse tan a gusto y cómodo. Es claro que, en todas partes, abundan las gentes amables que le hacen a uno grata la estancia; pero es raro el lugar extraño donde no se tiene la impresión de estar de paso, y la certidumbre de que está uno siendo visto como extranjero. La hospitalidad del argentino no tiene tal vez esas delicadezas, para mi gusto un poco afeminadas y extremosas, que más bien sirven para recordarnos la calidad de huéspedes. La hospitalidad argentina es noble y sobria; no melosa, sino varonil, y produce el efecto de estar uno entre hermanos. Sería imposible adoptar allí alguna *pose*,

porque todo es diáfano y fuerte, y esto compromete a dejar abiertas todas las ventanas del alma. La confianza con que nos movíamos en todos sentidos, en el físico y en el espiritual, a las dos horas de estar en Córdoba, fue tan grata, que nos causó alivio y reposo y nos permitió contemplar despreocupadamente todas las cosas. Todo lo que veíamos lo sentíamos ligado, no sólo al destino de la ciudad sino a nuestro propio destino. Cada problema universitario nos conmovía como si se tratara de las universidades de México; todo era allí familiar, el tipo de las gentes y la arquitectura, la buena cortesía de la provincia antigua; los corredores del colegio, el ambiente de las cátedras; todo recordaba las zonas del interior de la América Latina; todo menos el afán de cultura moderna y de renovación colectiva, que en Córdoba late mucho más vigoroso que en muchas ciudades cultas.

Recorrimos la ciudad varias veces; visitamos, una mañana, el vasto Jardín Zoológico, con su casino y sus juegos infantiles, y perspectivas japonesas, y jaulas de animales y enramadas frondosas. Hicimos también una excursión muy larga por las montañas peladas que circundan el valle, y visitamos las presas de captación de agua potable. En todas estas excursiones nos acompañaban algunos jóvenes, nos escoltaban algunos viejos y todos competían en el deseo de complacernos e ilustrarnos.

En unas cuantas horas en Córdoba supimos lo que es la provincia culta; lo que es en la ciudad y en el campo la vida del rico y la del pobre. Fuimos más alla, fuimos con la imaginación a la zona del Chaco, donde la gran vida exuberante del trópico aguarda el empuje de los que han de ir a conquistarlo y dominarlo, a convertirlo en cultura. Por allí necesita derramarse Córdoba. En efecto, la extensión física de Córdoba no corresponde al pensamiento que allí se genera, que flota sobre ella y la rebasa. La zona en que está la ciudad dista mucho de ser rica; es zona de altiplanicie, escasa de agua, con todos los inconvenientes de la altiplanicie, pero en cambio está como a la puerta de extensos territorios riquísimos; en el porvenir será la gran metrópoli de verano y de estudio de todo el país bajo que se extiende por Tucumán, y Salta y el Chaco, hasta la frontera de Bolivia, y de la misma Bolivia, que necesita auxilio para librarse de las tiranías salvajes que la asfixian. La misión de Córdoba se verá cumplida el día en que esa juventud, que se adiestra como en una futuristas Atenas, se derrame, no hacia Buenos Aires, que es salida, sino hacia el Norte,

que es entrada de un reino que está por nacer; un reino que sólo espera la raza ilustre y fuerte que le ha de dar estructura. Con el espíritu de esa juventud actual se puede emprender la conquista de un mundo y un mundo esta allí, aguardando la fecunda invasión del progreso.

De nuestras excursiones por las montañas de Córdoba recuerdo un almuerzo, en no sé qué agradable sitio del campo, con gente aguda, y simpática que nos hizo reír y comer; después, una visita a un hotel de veraneo, y el regreso a la ciudad por una calzada de eucaliptos o de algún otro árbol de altos follajes.

Una noche estuvimos a cenar en la casa del almirante Malbrán, hermano del ex ministro en México. Asistieron el gobernador, el rector de la universidad, profesores y periodistas, con algunas damas, entre las cuales se encontraba la dueña de la casa, un hermoso tipo de antigua aristocracia provinciana, bondadosa y fina, y a manera de reina de cuento de hadas para sus hijos menores; una compañera perfecta del marido, seguro siempre de encontrarla bella y ocupada en tejer y destejer la tela de sus largas ausencias de marinero buen mozo. El almirante Malbrán es hombre de mundo y de talento, de presencia robusta y distinguida, hecho para gozar de la vida con dignidad y para imponerse donde se encuentre. Nunca olvidaremos sus historias, sus atenciones y su afecto. En muchas ocasiones se sirvió acompañarnos y siempre nos ilustró y nos guió, no sólo en Córdoba, sino también en Buenos Aires, pues parecía que su hermano don Manuel lo había contagiado de su aprecio por los mexicanos, y no nos desamparaba.

La cena de los Malbrán de Córdoba fue una de esas reuniones íntimas donde los espíritus se despojan de reservas, se descubren y aprenden a estimarse. Al salir de allí sentimos que teníamos amigos en Córdoba.

También nos dieron un almuerzo los profesores, encabezados por el rector, que estuvo particularmente afable con nosotros, un rector joven, muy inteligente, culto y estimable.

La tarde del último día de nuestra estancia se eligió para que yo diera una conferencia. Cuando uno anda recibiendo impresiones nuevas, no se está en las mejores condiciones para hablar de cosas distantes; por otra parte, no tenía yo tiempo de escribirla, y recitar frases sin preparación es algo que no está en mis capacidades; sin embargo, me sentía tan a gusto en aquel medio, nos rodeaba tal ambiente de benevolencia, que acepté el peligroso encargo. Había llegado por aque-

llos días a Córdoba un célebre profesor europeo, en gira por Sudamérica, y acababa de sustentar una conferencia muy docta sobre la moral fundada en la ciencia; la ciencia de los positivistas. Entonces se me ocurrió hablar de la moral que reniega de la ciencia en el instante en que la ciencia la lleva a conclusiones inhumanas, como, por ejemplo, la selección fundada en el aniquilamiento de los débiles o el capitalismo que explota a los desvalidos. En contraposición de esta moral científica, me propuse alabar la moral socialista, que vuelve a apoyarse en Cristo para proclamar la igualdad de todos los hombres, ante la justicia y ante la dicha; aunque los índices cefálicos sigan quitando el sueño a los antropólogos.

Mis odios científicos se desbordaron; me burlé del darwinismo spenceriano, juzgándolo como una moral zoológica, que debe ser superada mediante las dotes de la conciencia y la revelación cristiana. Expliqué cómo toda la educación pública de México había sido reorganizada conforme a la tesis de la igualdad del indio y el blanco, y en consciente oposición de la doctrina contraria que ciertos países profesan como una parte de la campaña del imperialismo para la conquista de los mercados. A los muchachos les pareció bien mi tesis, me aplaudieron, y más tarde publicaron un folleto con las notas de mi deshilvanado discurso.

Después de la conferencia salimos a la calle, estudiantes y profesores. A pie, entre gritos, risas y aplausos atravesamos la población, nos congregamos otra vez en los andenes de la estación del ferrocarril y dejamos Córdoba entre un coro de efusivos adioses.

Un almuerzo con los socialistas

Los regidores socialistas nos obsequiaron con un almuerzo en el Rastro, que en Buenos Aires es una institución. No sé cuántos millares de cabezas se sacrifican allí a diario, para surtir a una ciudad de dos millones de carnívoros; ello es que la vista de los mataderos, por la mañana temprano, es como de una tribu acampada con sus ganados. Trasponiendo el edificio central se pierde la vista en una confusión de corrales y callejas sobre una superficie tan extensa que para recorrerla es menester montar a caballo. Uno de los propietarios que vende allí su ganado tuvo la amabilidad de prestarme su cabalgadura enjaezada

a la gaucha, con una especie de albardón inglés liso y apretado sobre un colchón de mantas y almohadillados que envuelven el lomo del animal, volviéndolo extremadamente ancho; pero lo peor es que el estribo es tan angosto que no deja pasar más que la punta del calzado y resulta que no hay dónde apoyarse; las piernas no pueden sujetarse al animal, porque quedan abiertas como en el aparejo del burro; en fin, algún secreto ha de poseer el gaucho para ser tan buen jinete en estas condiciones imposibles para un neófito. Cogido, más bien de la crin, me dejé llevar por entre los corrales; parecía que estábamos en el campo, en un gran rancho ganadero; el olor de la tierra y las bestias era agradable. No visitamos los edificios de la matanza, preferí conservar aquella impresión de vida campestre y no la repugnante y criminal del matadero.

Nos sirvieron el almuerzo debajo de un toldo de maderos y lona; primero el mate caliente, que es bueno a toda hora, pero especialmente en ayunas; luego, sobre la mesa rústica fueron trayendo bandejas de carnes humeantes, recién asadas, de rico olor, que excitaban el apetito. La tentación y el compromiso fueron irresistibles; nos convertimos en comevacas como cualquier inglés. Imposible recordar los nombres de tripas y menudencias y atados y trozos de ubre y costillas, todo probado en desorden y con sendos vasos de vino tinto. Después de ese almuerzo, se antoja jinetear un potro y lazar toros salvajes. Pero hubo que continuar la visita, pues los regidores socialistas no quedaron satisfechos sino hasta que nos hubieron demostrado que el servicio marchaba como un reloj y con un aseo sin tacha. Era para ellos cuestión de partido.

Fiesta teatral

Una de las más hermosas fiestas que nos dedicaron en Buenos Aires fue preparada por el entusiasta Maleplate y su grupo de jóvenes titulado de la Unión Nacional Argentina. El programa fue semejante a los que se desarrollaban en México en la buena época del Ministerio de Educación Pública: bailes regionales, canciones, coros, recitados, todo con personal de las escuelas públicas.

Comenzó la fiesta a las once de la mañana en el teatro antiguo de la Quiroga; se cantaron varias canciones dulcísimas y llenas de ese dejo melancólico y voluptuoso que se hace todavía más penetrante y tierno

merced al rasguear de las guitarras. Las canciones eran de ese timbre común a toda la América Latina, contagiado del Oriente a través de la Reconquista; canciones genuinamente españolas, y más o menos enriquecidas por el sentir de cada región. En ellas no hay nada precolombino, son propiamente criollas. Quizá se podrían clasificar en tres estilos predominantes: el de la montaña, el de la llanura y el de la costa. Los cantos de la montaña son tristes y profundos, de acuerdo con el medio limitado en que nacen; los de la altiplanicie y la llanura son melancólicos, impregnados de espacio y soledad; los de la costa son lánguidos, pero con arrebatos de voluptuosidad.

Por ejemplo, en el norte de México y en el interior, regiones de mesetas, predomina el corrido, que es una especie de romance epopéyico, con melodía, triste y prolongada, como las regiones semidesiertas. La melodía, en cambio, se va tornando picaresca o alegre a medida que se produce en las regiones más fértiles, como pasa con los "jarabes" y "tonadas" del Bajío. En el Perú también hay un género serrano perfectamente característico. La zandunga de Oaxaca y el danzón de Cuba son aires tropicales, hálito costeño. La zandunga combina la dulzura penetrante de las cuerdas con los arranques violentos de las trompetas; es canto y es baile, posee la languidez, la voluptuosidad de la carne y el fuego de la pasión; la voluntad de dominio y de conquista. En unos cuantos compases se anega de sensación, y en seguida el ánimo despierta con fiereza de combatiente; en otros temas la fantasía se satisface y se corona de ensueño. La zandunga es una de las músicas más hondas por su extraña mezcla de voluptuosidad y de heroísmo. La letra banal que le agregan distrae de su sentido profundo; pero cuando se oye tocar en Tehuantepec, por las orquestas nativas, acompañada del baile, casi ritual, lento en determinados instantes, fogoso, casi desesperado en otros, se siente que el mismo Dionisos se habría embriagado de su violenta y apasionada alegría.

Las canciones sentimentales son mezcla de todos los estilos, pero en ellas los temas se atenúan, acaso porque corresponden al sentir de las pequeñas ciudades interiores, en las que todo el mundo es poeta, un poco dulzón y romántico. En este género la letra se impone a la melodía como, por ejemplo, en la canción colombiana; pero son más bien canciones de meseta. En la costa del Perú y por la región de Arequipa se cultiva el género conmovedor del yaraví, que se torna lúgubre en la quena. La cueca es aire de jota española chilenizada.

El Brasil tiene el fado y sus derivados, con influencia negra como la machicha, y tan rica como México en la variedad de motivos, encontramos a la Argentina. Aparte del tango, cuyo sentimentalismo lloroso se resuelve a veces en arrebatos de voluptuosidad dionisíaca tropical, existen allá dos o tres estilos de canciones criollas y campiranas. Las cantan en grupo, con desafinaciones calculadas y aun estridencias que recuerdan nuestros cantares del campo. Entre algunos nombres recuerdo las canciones de Tucumán y de Salta, salteñas, tristes y vidalitas. También volvimos a contemplar aquel día el delicioso y alegre pericón nacional. Se parece a ratos a los famosos bailes seudo nativos, en realidad españoles antiguos, de Yucatán, titulados el gato, la bomba, etc.; bailes colectivos en los que de pronto se interrumpe la danza para que las parejas se digan requiebros en broma y en verso, en medio de la expectación y la risa de las parejas, que en seguida reanudan el baile. El encanto de las danzantes en movimiento, la voluptuosidad gozosa de las melodías, todo concurre a producir una fuerte emoción de belleza triunfante. Algún día este arte sensual, pero vigoroso y castizo, volverá de los campos a las ciudades para corregir el artificio estéril, la degradada lascivia pobre de las costumbres urbanas.

Aquella mañana todos los números fueron de una belleza pura y conmovedora; nada de tangos viciados; poesía sentimental de las canciones populares y el pericón bailado por las niñas de una normal, con trajes de muselinas claras y pañuelos de colores, estilo gaucho. Aparecieron primero en semicírculo, sentadas en banquillos o conversando de pie; alrededor de la vasija de "yerba" que se calienta sobre un anafre de brasas encendidas. Una gauchita toma el mate y lo hace circular, probando todos de la misma bombilla; después se levantan a bailar, describiendo figuras semejantes a las de las antiguas cuadrillas. En determinados intervalos se interrumpe la danza con el recitado intermedio, en seguida se juntan las parejas y terminan con una especie de marchas y evoluciones con los pañuelos de colores flameando por lo alto.

Después de las canciones y bailes, recitaron dos o tres señoritas. Nos llamó la atención lo bien que lo hacían, y esto lo atribuimos a la influencia de la escuela italiana, que enseña a pronunciar cada sílaba y a dar al conjunto una entonación emotiva, en vez de la entonación meramente sonora y retórica de los declamadores castellanos de España y de América. Además pronuncian suave sus *c* y sus *z* a la iberoamericana, sin presunción de imitar la *c* castellana. Esto les da

una soltura y una propiedad de acentuación, una entonación libre que no hemos visto igualada por recitadores de habla española, fuera de la Argentina. Hubiéramos deseado llevar a México tres o cuatro profesoras argentinas de declamación; en realidad, por lo que hace a importar maestros, yo hubiera contratado mil por lo menos, pues no hay en el continente, ni en los Estados Unidos inclusive, profesores mejor preparados que el maestro de escuela argentino. Sólo la ignorancia y la desconfianza de nosotros mismos explica disparates como el cometido recientemente en Perú, que, teniendo la Argentina a un paso, con exceso de buenos maestros, fue a contratar instructores norteamericanos para la reforma de su educación, y sucedió que llegaron muy estimables pedagogos, pero que no podían o no querían expresarse en castellano. El fracaso fue rotundo y la culpa es de quienes les invitaron. Y no se puede alegar que los del Norte están mejor preparados, ya que el argentino, con igual preparación técnica, tiene sobre el maestro sajón la ventaja de un criterio más universal en todos sus juicios. El yanqui, por lo común, ni se preocupa de conocer otra civilización que la propia, y esto limita extraordinariamente su horizonte.

UNA FIESTA EN LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

Palacios se había propuesto lucirse y lo consiguió. Desde el punto de vista iberoamericano, probablemente no hay universidad más activa que la de La Plata. Palacios es el apóstol argentino del iberoamericanismo; además es el apóstol de toda causa noble; su espíritu vibra delante de todo lo que es generoso y alto, y sabe arrastrar a los jóvenes. A esto se agrega que es un brillante orador, de suerte que posee todas las condiciones del maestro y del líder. A Palacios se le quiere en Montevideo, se le conoce y admira en Brasil, se le recuerda con estimación y afecto en México y es un ídolo en Perú. Entre los estudiantes ha sido caudillo; se puso al lado de los jóvenes cuando éstos iniciaron el movimiento de renovación universitaria; se puso también al lado de los labriegos oprimidos de Misiones y el Chaco, logrando en la Cámara, cuando fue diputado, la expedición de leyes protectoras del trabajo; sin duda, no ha prosperado más en la política porque es intransigente y honrado; pero las universidades argentinas le han abierto sus brazos. En la de La Plata todo el mundo lo secundó para ofrecernos

una gran recepción. La sala de actos, que es casi un teatro, se vio repleta, y hubo canciones hermosas y lindas mujeres. Palacios dijo el discurso de presentación con su galanura habitual, y después de él habló Malbrán, con el fuego y la elocuencia que acostumbra. A su debido turno me tocó hablar a mí. Aquel fue mi mayor tropiezo oratorio del viaje. La fiesta me había desligado tanto de la realidad que no tenía humor de pensar; extraje del bolsillo unos apuntes, hechos con precipitación unas horas antes, y resultó que los papeles se me habían enrevesado; en la sala había ruido y mi voz se oía mal, aparte de que no hallaba qué decir. Y no por falta de interés por la ocasión, pues precisamente yo había reservado para esa conferencia de La Plata una teoría que llevaba días de estar hilvanando sobre la transmutación de energía física en energía espiritual y vital. Más tarde, para escribir la teoría que ahora está publicada en folleto, tuve que emplear algo más de un mes; de suerte que no es sorprendente que aquella noche el fracaso haya sido rotundo. Sin embargo, el público lo disimuló con extremada cortesía, y la fiesta siguió, y me entregué a gozar de una de esas parrandas de la imaginación que suelen ser el mayor atractivo de un viaje.

Antes de la fiesta, habíamos visitado uno por uno los edificios de la universidad, casi una ciudad de edificios en medio de la flamante ciudad universitaria de La Plata. Todo tan lujoso, adecuado y amplio, que no tenemos nosotros una idea de la diferencia que hay entre estas construcciones y nuestros viejos caserones de muy imponentes fachadas, pero inadaptados del todo a la función escolar. El pecado capital de los liberales y de la Revolución es haberlo arreglado todo con decretos, pero sin levantar un edificio ni organizar una gran obra de utilidad pública. En nuestra misma arquitectura, tan justamente celebrada por original y por hermosa, hay un defecto grave, y es la falta de interiores abrigados. El patio y el corredor se comen toda la construcción y la vida es molestísima en esas hileras de habitaciones. Semejante plan podría excusarse si nuestro clima fuera cálido, pero toda la altiplanicie es fría todo el año. Las casas de los países del Sur tienen menos vanidad de fachadas, pero más lujo y más propiedad de interiores.

EL IGUAZÚ

Hallándome cierta vez en Los Ángeles, conversando con un argentino, hablamos de las cataratas del Iguazú y me pasó por la mente la imagen de colores verdes de plantas y azul de cielos y aguas cristalinas vistas al trasluz. Desde entonces penso que iría al Iguazú y cuando ya estuve cerca, cuando ya tenía la posibilidad material de ir, me causaba enojo que se me propusiera un obstáculo. Un estimable profesor argentino me dijo, casi al llegar: "No podrá usted ir al Iguazú porque el viaje es molesto y además toma mucho tiempo, y toda su atención la va a absorber Buenos Aires." Entonces, sin poderme contener, le dije: "Iré al Iguazú aunque no acabe de conocer Buenos Aires, porque es más importante el Iguazú que Buenos Aires." Y es claro, del Iguazú han de salir como dos o tres Buenos Aires y además un poderoso imperio. El Iguazú es como la Argentina futura; el nervio vital de la América Latina y el centro propulsor de una civilización que no tiene precedente en la Historia. Sin el Iguazú casi no habría América del Sur, por lo menos no habría Argentina, porque no es porvenir poseer una pampa, por dilatada que sea; el porvenir está en el aprovechamiento de las fuerzas de la creación, y el Iguazú es la mayor fuerza virgen y libre que hasta hoy se conoce; el pueblo que domine el Iguazú será el pueblo de América.

En honor de la verdad nadie nos puso obstáculos para el viaje soñado; nuestra pretensión puede haber parecido extraña, pero tan pronto como hubimos fijado la fecha, el coche especial estuvo listo y para allá nos fuimos con Goldney, mi *attaché* militar y querido amigo; con Beckar, el inspector de los ferrocarriles encargado de atendernos, y con Carlos Pellicer y Julio Torri, los poetas. Nunca hubo excursión más hermosa. Salimos de Buenos Aires por la tarde; atravesamos la llanura luminosa poblada de construcciones que hacen horizontes. Sólo después de cerca de dos horas de veloz carrera se puede mirar la llanura ya despejada de la pampa y a trechos el río, tan ancho, que se pierde en el confín. Al obscurecer llegamos a un primer cambio. Enfrente del Ibicuy nuestro tren, partido en dos, quedó instalado en un *ferry* que atraviesa el

Paraná, en la misma forma imponente y suave de los *ferrys* que cruzan el Mississipi. De uno y otro lado se ven luces como de usinas, probablemente empacadoras; la humedad de la bruma nocturna pone elásticos los miembros, los impregna de esa vida que palpita sobre los grandes ríos. Después de una media hora de travesía acuática volvemos a correr por tierra velozmente en ferrocarril. La noche se cierra en lo alto y nos reunimos a conversar en el interior del coche.

El nuevo personaje es el señor Beckar. Se ha dado cuenta de que somos gentes sencillas y desde luego se ha puesto conversador; nos da detalles del camino, de ese camino y de todos los demás caminos ferroviarios de la Argentina, pues ha pasado treinta años, como decía un amigo mío ferrocarrilero de México, "en el riel". De tipo español, mostacho gris, complexión robusta, fuertes facciones, color sanguíneo y mirada firme pero benévola debajo de sus anteojos claros, el señor Beckar se muestra entretenido y sagaz en sus historias de viajeros más o menos ilustres que ha acompañado; desde el último embajador de Italia, que acababa de recorrer las colonias de sus compatriotas de Entre Ríos, hasta la Pastora Imperio, a la que vio disputar en los Andes porque el guardián no permitía que viajara su perro en el coche. Tipo conmovedor aquel señor Beckar, de esos que si la ocasión les ayuda pueden llegar muy arriba porque está lleno de cualidades: carácter, resolución, afable en el trato y tenaz para el trabajo. Sin embargo, frisa en los cincuenta y ya se siente que va cuesta abajo; cobrará, dentro de algunos años, su pensión de retiro y los sueños se habrán quedado sin consumar y la familia en la pobreza. También, es claro, en estos dramas de la clase media la esperanza se renueva en cada generación; tiene una hijita que estudia y un chico que está haciendo carrera profesional: lo que no pudo alcanzar el padre quizá lo logren ellos; y así vamos viviendo engañados desde hace cinco, desde hace diez o veinte mil años.

Amanecimos corriendo sobre una llanura muy verde y dilatada. Como a las once, el tren hizo una parada de treinta minutos en Concordia, sobre el río Uruguay y a la vista de Salto, el puerto uruguayo. En la estación nos recibieron comisiones del Ayuntamiento, de las escuelas y de la prensa; nos subieron en autos y recorrimos de prisa un lugar todavía en formación no obstante sus cuarenta mil habitantes activos. Las calles se han pavimentado con el barro amarillento de

arcilla de río apisonada; en los suburbios las casas son de un piso, con puertas de cuadrante oscuro y ventanas en fila sobre el muro encalado; algo que recuerda las poblaciones fronterizas del norte de México, hechas de prisa, con lo que sobró de la noble arquitectura española; se percibe que no hubo tiempo para que a tales confines llegasen las arcadas y la piedra labrada, los palacios y las catedrales. En el centro de Concordia hay una plaza con plantas y árboles todavía nuevos, encuadrada de construcciones de ladrillo rojo y otras ya enjalbegadas. Por todas partes las escenas propias del comercio en una ciudad de río. Se ven almacenes de comestibles, barricas de vinos de producción local; carros con cargas diversas; coches tirados por bestias y autos, todo convergiendo por dos o tres calles a los embarcaderos; al agua corriente de la cual dependen la tierra y las gentes. A toda prisa echamos un vistazo sobre los viñedos; quedamos comprometidos para visitar las escuelas en el viaje de regreso; como toda población argentina, las tiene excelentes y en edificios flamantes, que miramos de paso. Recogimos, en suma, una impresión de progreso y de vida.

Paso de los Libres

Entre Ríos es una de esas regiones privilegiadas del planeta; regiones llamadas a ser morada de una población enorme y dichosa. Hasta hoy no ha progresado todo lo que debiera porque las grandes familias capitalistas de Buenos Aires tienen allá sus latifundios y rara vez consienten en vender tierra a los colonos; prefieren mantenerlos sumisos mediante una especie de aparcería irrisoria para el débil. Por dondequiera que la vista se posa hay campos verdes, pero sin cultivo. Avanzamos hacia el Norte, a lo largo de la zona entre los ríos Paraná y Uruguay, que constantemente se aparece casi paralelo a la vía. De esta configuración viene el nombre de la provincia. Por el lado Occidental del Paraná se extiende una zona de gran porvenir agrícola ligada más allá del río Paraguay con las inmensas regiones del Chaco, feracísimas y casi inexploradas; una especie de manigua prodigiosa que se prolonga hasta las primeras estribaciones de los Andes. Todo este inmenso país constituye una reserva para las generaciones futuras. Actualmente sólo se le conoce por las historias que parecen fantásticas,

de fieras y de serpientes, de avenidas que arrasan montes y de hombres devorados por las hormigas en el estío, o de nubes de langostas que tapan el sol. Hay que leer los magníficos cuentos de Horacio Quiroga para comenzar a entender esas soledades, así como hay que leer ciertas prosas y algunos versos de la Ibarbourou para comprender la campiña uruguaya. Pues sucede que una región no existe mientras no aparece su cantor; Chateaubriand hizo el Mississipi, lo incorporó a la literatura; y el ancho, el potente Paraná, el gran río latino, todavía está esperando su poeta, un poeta moderno, como cinco siglos más allá de Tabaré.

Los sitios por donde vamos, a pesar de su riqueza latente, se hallan escasamente habitados, a pesar de varios ranchos y una que otra ciudad; pero la vida de Entre Ríos está cimentada más hacia el Occidente, sobre el Paraná; nosotros hemos pasado rozándola, a poca distancia de las grandes ciudades de Paraná y Santa Fe y Corrientes, las hermosas capitales del río magno. Nuestra ruta comenzó por en medio de la zona de Entre Ríos para llegar casi a la orilla del Uruguay en Concordia; después, sigue paralela al Uruguay hasta que se desvía a la izquierda para llegar a Posadas, situada ya sobre la ribera del Paraná.

A eso de las seis, al atardecer, nos detuvimos cinco minutos en Paso de los Libres, poblado de unos doce mil habitantes, donde nos recibieron con músicas y gran concurrencia, las escuelas todas y los obreros de una academia industrial nocturna. Nos obsequiaron con ramos de flores y discursos, apretones de mano de maestros y de hombres de *overal* azul. La apariencia de esta gente ya no es como la de Buenos Aires o de las colonias recientes, de raza blanca y rubia; aquí abunda la cepa antigua, y especialmente entre los obreros, vimos los fuertes rostros broncíneos, el pelo recto y abundante que denuncia al indio. A causa de los indios y de los criollos nos sentimos en nuestro ambiente. Allí, en el interior de la provincia argentina, es donde el barniz del europeísmo porteño desaparece y deja ver en toda su fuerza la comunidad étnica, la identidad confirmada por la sangre, la lengua y el alma. Se nos humedecían los ojos en cada ocasión de éstas, y generalmente nada teníamos que decir, porque los oradores locales, en cada caso, ya lo sabían todo, pensaban como nosotros y no nos quedaba sino estrecharles las manos, hacer patente nuestra emoción y abrirles los brazos. En Paso de los Libres también hay prensa; el

pequeño diario local nos dedicó un saludo; parecía que toda la población se había trasladado a los andenes. Una breve emoción de sorpresa y de amor acendrado nos dio el pueblecito despierto. En la Argentina no hay pueblos muertos; en ninguna región de la Argentina se puede decir que sólo hay habitantes, en todas hay gente con su bienestar seguro y su conciencia bien despejada. La Argentina, y particularmente la provincia argentina, he allí la esperanza de la gente que habla español.

POSADAS

Llegamos a Posadas en la mañana temprano. Una comisión muy numerosa nos acompañó al jardín público. Allí se había levantado un templete decorado con flores, donde tomamos asiento para presenciar un desfile de niños de escuela y maestros. Probablemente fueron dos mil niños con sus banderas de azul y blanco y sus trajecitos limpios. En seguida pasamos a la casa del prefecto —porque Posadas es territorio federal y no tiene gobernador—. En los corredores de una casa colonial, que se diría de Orizaba o de Puebla, se sirvió un almuerzo. Las autoridades y los maestros pronunciaron discursos de bienvenida y expresaron sus votos de buen viaje. Nos enternecía encontrar tanta atención afectuosa en aquel rincón provinciano. El barco partía a las diez, así que, apenas correspondidos los cumplidos, la emprendimos a pie con rumbo al muelle, seguidos de un gran número de señoritas y caballeros. Las calles, las casas, el campo, todo tiene ya el hálito del trópico; parecía que estábamos en una de nuestras poblaciones de río de la tierra caliente, como Tlacotalpan; pero Posadas tiene más habitantes y es más grande. Al desembocar de una calle vimos hacia abajo del barranco la ancha cinta reluciente del río; enfrente, sobre una ribera distante, ornada de bosques, se veían las casas de Concepción, el puerto paraguayo, que entonces no se podía visitar porque se hallaba sitiado por rebeldes. La tierra paraguaya nos evocó un vasto deseo imposible; estuvimos tan cerca y no pudimos pisar su suelo. Navegamos tres días de ida y tres de vuelta, con la tentación enfrente y sin poder desembarcar. Pero el obstáculo, en realidad, no era material, sino moral, porque nuestro tiempo estaba muy limitado. Todavía en el muelle, la conversación con los vecinos de Posadas se prolongó cerca de una hora. El barco estaba a punto de soltar sus amarras y todavía los más jóvenes de nuestro grupo cambiaban flores y frases con las niñas del lugar. Todos sentíamos algo de esa pena con que se deja el pueblo propio; acaso menos intensa pero más honda, porque contenía la certeza de que no nos volveríamos a ver con la mayor parte de aquellas

gentes amables. Hubiéramos querido grabar los instantes en alguna gran pizarra indeleble, ya que no se puede fiar mucho de la tela sutil, del río líquido de la ingobernable memoria. Ya no nos acordábamos de Buenos Aires, no nos acordábamos de Río de Janeiro, no recordábamos nuestra patria ni nuestra vida anterior; la pena que en aquel instante sentíamos era pena porque nos íbamos de Posadas. En unas horas la pequeña ciudad nos había robado todo el afecto. Por fin, se desenvolvió esta maniobra desesperante de un buque que se echa a andar y que ya desde luego anuncia las otras lentitudes torturantes de todo viaje por agua. Dejábamos el tren maravilloso que corre y además cambia de escenario y de emoción a cada instante, para meternos en ese remedo de viaje marítimo, menos odioso, sin embargo, que el viaje por mar, donde parece que no se avanza, ni se cambia de vista, ni se piensa; vida de trasatlánticos: comer todo el día y bailar a intervalos, como los osos de circo, como las bestias cebadas.

Al principio, sin embargo, la impresión fue novedosa. Aquel misterioso río Paraná tiene una anchura media de más de un kilómetro y corre amurallado de barrancos boscosos que ofrecen un prolongado espectáculo espléndido y bárbaro. Pronto estuvimos lejos de toda vivienda humana, apenas, a trechos de varias horas de camino, se ve una casita de madera sobre el alto del barranco o algunas vigas amarradas que traen del bosque para hacerlas resbalar en la corriente, que las transporta sin costo a los puertos; la jangada brasileña, que es una especie de balsa de troncos. El primer día se nos hizo corto, transcurrió bastante ameno, el paisaje fue asombroso, y la dorada, la ardiente puesta de sol nos llenaba de alegría.

Por las dos riberas habíamos contemplado las célebres plantaciones de yerba mate; el arbolito cultivado en forma casi de arbusto, mucho menos corpulento que la yerba de Río Grande do Sul, cubre algunas extensiones, limitado por la selva que invade todo lo que no despeja el cultivo. Se nos dio la historia de casi todas aquellas fincas; la mayoría son de extranjeros que han logrado comprar un pedazo de tierra a los latifundistas de Buenos Aires. Después de más o menos dificultades prosperan, pero no son muchos los colonos, porque todas las tierras, desde Posadas hasta el Iguazú, pertenecen a no más de veinte familias patricias que ni cultivan ni venden. Y sin embargo, es en esta zona, especialmente, donde hay sitio para una provincia argentina de millones de hombres. Ahora no hay más que el desierto intacto,

tal como lo encontraron los españoles, en los días de la exploración y la conquista. En el barco va un matrimonio francés y algunos holandeses y españoles, establecidos en distintos sitios de la margen izquierda, y todos se quejan de lo mismo; aquellas tierras podrían alimentar al mundo, pero no prosperan porque pesa sobre todos la maldición del latifundismo. Los ricos argentinos están traicionando a la nación y a la argentinidad por el monopolio que ejercen sobre estas tierras, donde están, según el decir clásico, como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

Más o menos de esto se hablaba en la pequeña tertulia del barco, en la cual siempre tomaba la defensa del orden existente un simpático mayor, amigo de Goldney, que se había decidido a hacer el viaje con nosotros. A pesar del tedio, no obstante que el maldito barco fondeaba de noche, nunca jugamos las cartas, no corrompimos el tesoro del tiempo con esa necedad que se califica de pasatiempo. Preferimos discutir hasta enojarnos o pasear hasta caer rendidos sobre la alta cubierta entre las sombras densas de la tierra y del agua de abajo y la sombra profunda de lo alto agrandada por la magia de las estrellas.

El segundo día de navegación avanzamos con lentitud por la ancha corriente de aguas que se van haciendo claras a medida que subimos. Las barrancas forman muralla de follaje y árboles. Al calor de la mañana surgen listones de mariposas de vivos colores, amarillas, rojas, azules; se dirían banderas del trópico; algunas caen al barco; observamos una variedad que llaman ochenta y ocho porque tiene grabado en cada ala en negro y rojo un signo que imita exactamente dos ochos. La tierra de las márgenes es rojiza, tierra blanda de aluvión totalmente cubierta de una flora exuberante. Por ambos lados la barranca es alta y por encima del follaje se corona de verdes copas. Hace un calor tolerable, lo suficiente para que la vida entera lata con plenitud.

Por la derecha vamos dejando la zona que fue de las misiones jesuíticas. El turista que dispone de tiempo se apea en uno de estos desembarcaderos para visitar las ruinas de San Ignacio, capital que fue de la antigua comunidad político-religiosa. La epopeya de los jesuitas españoles, de los franciscanos, de los dominicos, fue aquí, como en California, como en todo el resto de América, estupenda. Los jesuitas dejaron en estos lugares más obra que en California; sin embargo, allá ha tenido desarrollo la semilla, en tanto que por aquí las huellas de civilización se han borrado, la selva las ha envuelto, las sepulta.

La primera vez que por aquí se intentó colonizar fue en 1588, a la llegada del capitán español Nuño Cabeza de Vaca. Anteriormente había indios cainguas y guaraníes; pero la vida del indio era primitiva y se adaptaba a la selva, se desenvolvía dentro de la ley natural del bosque, lo mismo que la del mono o la de la bestia; no necesitaba modificar el ambiente para adaptarlo a sus maneras; al contrario, cada irregularidad natural del terreno ofrecía al indio una ventaja; las ramas tupidas le daban abrigo y sombra; los gruesos troncos protección, y los riachuelos le abrían caminos, de suerte que casi no necesitaba construir casas ni abrir brechas. No teniendo punto fijo adonde ir, se movía conforme al ritmo de los elementos, por los caminos que las aguas van marcando según los equilibrios de la gravedad, por los planos bajos y las cañadas. La civilización, en cambio, desde el comienzo, impone un ritmo nuevo; no transige con la adaptación servil, consuma su rebeldía contra las fatalidades del medio y contra los métodos lentos de la naturaleza; crea valores e impone equilibrios nuevos. De allí viene esa lucha para abrir senderos que en seguida la selva con lentitud vuelve a cerrar; ese tenaz esfuerzo de levantar muros verticales con burla de la ley de gravedad, que todo tiende a aplanarlo, y volverlo homogéneo. El muro viola la ley natural en su esencia, la burla sirviéndose de ella, y poniendo una piedra encima de otra, hace que la gravedad trabaje para el propósito humano. Pero si el hombre no sigue alerta, reparando constantemente su obra, la naturaleza no descansa y toma venganza, mina la base del muro con las raíces de los troncos en plenitud, y derriba las piedras a poco que se apartan del efímero ardid de la vertical. ¡Guerra contra los elementos para imponerles la norma de la conciencia, para aprovecharlos en el plan humano, no hay manera más alta de emplear el afán de los pechos heroicos! Al principio es mera audacia y ánimo de contradicción, después se vuelve concordia, como en las grandes obras de la ingeniería, donde ya, sin violencia ni pugna, las fuerzas elementales penetran al engranaje de los motivos humanos: por ejemplo, la caída que mueve turbinas y desarrolla energías que alimentan fábricas, pueblos, ciudades. Pero al principio no basta el talento, se requiere el heroísmo, y nunca hubo mayores arrestos heroicos que los arrestos de los conquistadores y "bandeirantes". Todavía hoy, para abrir una picada en la espesura, en una excursión de paseo, tenemos que ir jadeantes; a ratos, nos quedamos exhaustos, y es menester que un esfuerzo de voluntad empuje los talones, que llevados del solo instinto

físico, quisieran retroceder. Imagínese lo que sería en las primeras épocas la conquista de estas soledades. Para consumar esa conquista de la naturaleza, para imponerle nuestras normas, todo lo que hay de héroe en cada hombre tiene que imponerse sobre lo que todos tenemos de bestia, a fin de dar impulso, inconformidad, para que no nos adaptemos, sino que procuremos imponer por encima de la resistencia de lo físico la ley superior de la conciencia.

Por el año 1623 ya habían fundado los jesuitas pueblos habitados y prósperos como Candelaria, Santa Ana y San Ignacio, todos situados en lo que es hoy el territorio de Misiones; pero toda esta región fue el centro de la disputa de linderos de españoles y portugueses. Pocos iberoamericanos conocen la historia de los tremendos combates que libraron conquistadores y "bandeirantes", antes de que quedaran definidos los límites que hoy fijan el campo de acción de las dos civilizaciones gemelas. Lo único que en aquella época gloriosa de España se podía oponer a un español era un portugués. Y si tantas ventajas lograron más tarde los ingleses, fue sólo porque no llegaron a unirse España y Portugal. Si los dos reinos heroicos hubieran tenido el talento de aliarse, no existiría hoy Imperio Británico en Asia ni en América, y seguramente tampoco en África. Y en vez de un *english speaking word,* tendríamos un mundo latino.

Además de tener que defenderse de los brasileños, combatían los nuevos colonos contra los indios insumisos, combatían contra el medio y las enfermedades, y, sin embargo, de toda aquella brega iba saliendo una civilización que se ensanchaba. La expulsión de los jesuitas hizo que aquel nuevo Estado se disolviera. Los indios entonces retornaron a la vida errante, y la naturaleza primitiva invadió las ciudades, llenó los bosques, calles y plazas; derribó muros, pudrió techumbres; un vigoroso tronco se abrazó a una columna labrada, la envolvió en sus tejidos de fibra y la ha ido recubriendo; ya el viajero apenas la distingue; la columna se ha hecho célebre en las colecciones de vistas raras de viaje, donde aparece con el nombre de "El árbol corazón de piedra". La mayor parte de los poblados jesuitas desaparecieron, algunos centros han vuelto a prosperar, nuevos campamentos están surgiendo ahora, al amparo de la civilización argentina; pero lo que más interés ofrece es la visita de las ruinas; allí se ven magníficas portadas de templos, columnas acanaladas, estriadas, relabradas de follajes pétreos de animales y frutos, esculpidas con algo indostánico en ri-

queza y profusión de ornamentos. El arte del trópico es siempre, como las civilizaciones que allí se desarrollan, una cosa total. Para expresarse utiliza todas las formas y todos los ritmos. A esto llaman barbarie los primitivos de las tierras frías y templadas, porque la pobreza de sus ambientes se refleja en sus conciencias.

* * *

No pudiendo ir a San Ignacio, tuvimos que conformarnos con los relatos de los viajeros.

Por las tardes, a las tres, el capitán del barco, un indio trigueño, metido en un correcto uniforme argentino, me mandaba una buena dosis de yerba caliente, en su mate propio; un pocillo de lujo recamado de oro y plata, con bombilla flamante. La yerba es sabrosa, dulce, aromática, sus efectos tónicos y diuréticos explican el consumo extenso que tiene; seguramente llegará a generalizarse cuando invada los mercados del mundo. A la hora del mate, después de la siesta, en la cubierta baja, se reúnen los pasajeros humildes, campesinos paraguayos, marineros, con una que otra mujer morena, buena moza; conversan apenas, y cantan melancólicamente acompañándose de la guitarra. Los tipos paraguayos, trigueños y esbeltos, se parecen a nuestros indios de tierra caliente, usan pañuelo rojo en el cuello, puñal en la faja, camiseta de punto y pantalón. El aire lo tienen guerrero.

La tarde se desarrolla lenta, como un tedioso acto de la tetralogía wagneriana, pero recargada también de poesía y de sentido. Esplende el río, más vasto que el Rin y lleno de promesas para una Humanidad futura; hay islotes cubiertos de bosques, donde algún día se levantarán castillos en la forma de hoteles modernos que sirven para hospedar al público adinerado, ese amo colectivo y mudable de las democracias contemporáneas; se miran también sitios maravillosos para el descanso y el ensueño, donde vendrán a reposar en mansiones de encanto los magos modernos, los ingenieros, después de que consumen el prodigio de utilizar la fuerza de las cataratas. Sus palacios serán como mansiones guardianas de los genios de los cultivos, de las industrias. Por ahora no hay más que verdor primitivo y agreste como la selva misma de Sigfrido; en el oro del poniente se adivina, a ratos, el temblor de su cuerno de caza, resonando con el tema de la ópera célebre.

En otros sitios el río se ensancha tanto que parece una ensenada; sin embargo, el timonel maneja con cautela, porque no todo el fondo es navegable. Caminamos por una soledad tan completa que se tiene la impresión de los descubridores; de repente vemos que un venado se acerca, se mete al agua y comienza a vadear el río; sólo asoma la cabecita, con las dos ventanillas de la nariz que respiran afanosamente. Las ondas están cristalinas, pero vírgenes, todavía no miran nacer ondinas, todavía no están trabajadas por la humana fantasía. Como no hay hombres, falta el complemento de todo paisaje, la poesía que es el canto nupcial del alma con la Naturaleza.

La luz dorada se va diluyendo en claridades bermejas que inundan el espacio. La tragedia de todas las tardes magníficas se consuma con grandiosidad; las sombras se van filtrando en el tejido mismo de la luz, la desintegran, la vencen; los reflejos se angostan, se vuelven tenues, se apagan uno tras de otro hasta que el mismo sol parece un montón de carbones ardientes. Ya no es la hoguera soberbia, que ningún ojo podía mirar. Avanza la noche, se hace pesada la sombra, se borran las cosas y se adormece la selva. El misterio penetra hasta en las aguas del río, que se tornan negras. No queda más protesta que la de las estrellas, con sus puntitos claros, pero impotentes.

Sin embargo, abajo hay quien se rebele, también el hombre se atreve contra las sombras; prende los faroles del buque y sigue avanzando, y continúa su vida de trabajo y de ensueño. Súbitamente, adelante, en la negrura del río, surge otra luz y se oye un silbato; es otro pequeño barco que se acerca, se desliza por un costado del nuestro, su mole negra, perforada con las luces del interior. Los dos barcos se saludan, se apartan, siguen su ruta, conducen al hombre que ha inventado claridades pequeñas, muy pequeñas, pero bastantes para burlarse de la noche. A veces paga caro el hombre su audacia; por allí, a poca distancia, hemos dejado los restos de una embarcación destruida; conducía aceite mineral, que por un descuido ardió, quemando las maderas e inundando de fuego las aguas; los pasajeros que se echaron a nado se quemaron también, sólo quedaron los hierros del casco encallados en la arena. Murieron algunos, pero las millonadas restantes remplazan a los caídos, ni más ni menos que las hormigas y las abejas. Sin saber ni quién nos impulsa ni a qué nos impulsa, nos movemos, nos afanamos lo mismo que laboriosos insectos. Después de todo, hay tantos mundos como organismos; y lo que nosotros llamamos el mundo

no es más que una de las mil maneras de existencia en el seno del misterio infinito.

* * *

La mañana del tercer día estuvo dominada por esa emoción que precede a los grandes sucesos. Se nos había dicho que a la una atracaríamos en Puerto Aguirre, para llegar, después de una hora de automóvil, delante de las cataratas, y también sucedió lo que suele ocurrir con todos los grandes acontecimientos que se hacen esperar. En uno de los embarcaderos del tránsito habían subido unos caballeros escandinavos que poseen la finca y el hotel de Puerto Aguirre, quienes nos dieron detalles de las caídas y de la vida de aquellos rumbos. Puerto Aguirre es un caserío muy reducido, sobre el alto de un barranco que hace como esquina en la confluencia del Iguazú con el Paraná. El barco tuerce para internarse en la corriente del Iguazú, y a poco andar atraca a un pequeño muelle de descarga. No podría seguir muy adelante, río arriba, porque ya cerca de las cataratas la corriente es torrencial y el lecho del río pedregoso. Serían las dos de la tarde cuando pisamos la tierra colorada y húmeda de la margen derecha, subimos por la ladera entre camiones de carga y uno que otro coche Ford; por un instante se produce un remedo de tráfico que nos sorprende y electriza un poco, después de tres días de quietud. No nos detenemos en ninguna de las casas de madera, ni hay necesidad de hacerlo. Antiguamente el hotel estaba aquí, ahora se encuentra precisamente enfrente, a la vista de las caídas. Apresuradamente trepamos a un Ford, nos repartimos en dos o tres cochecitos veloces; Julio Torri, Carlos Pellicer, el coronel Goldney, nuestro amigo el mayor Beckar y yo. Una hora, tal vez menos, saltamos por un camino que se abre paso entre la maraña de los árboles. A cada instante creemos percibir el ruido de las aguas; pero después de observar un instante nos convencemos de que no se oye otra cosa que el fuerte latido del corazón ante el instante sublime que se acerca. Bruscamente nos detenemos delante de una construcción un poco extensa, de un solo piso, blanca, con techos rojos de dos aguas, estilo escandinavo moderno: es el hotel. Nos apeamos del coche, penetramos al interior; desde un portal de madera se ve la explanada, toda verde, rodeada a distancia por el bosque; tomamos por la izquierda, y en seguida, avanzando por el ala derecha, pasamos al extremo de la galería;

entonces, llevando la vista hacia el fondo distante, la vimos; allí está siempre, no hace ruido; nos deja suspensos; es como una larga loma azulosa y nevada, que se desmoronara sin cesar y armoniosamente sobre otro volumen líquido que rueda con silenciosa majestad hasta perderse en el abismo. Hierven las espumas, primero blancas y hacia el fondo amarillentas; son como dos o tres planos de agua que caen; por encima está la claridad de los cielos, por todo alrededor los verdes de la selva. Sólo después de un instante de mirar se da uno cuenta de que hay algo inmenso que se está cayendo, que lleva siglos de estar cayendo, y se tiene la impresión de una continua y melodiosa catástrofe.

Tomamos asiento para seguir mirando, porque la emoción debilita las piernas y disuelve la voluntad. Es preciso ver aquello una y otra vez; hay que verlo largamente, y también con vislumbres rápidas; se hace necesario adaptar la conciencia al asombro y a la magnitud de la increíble realidad. Se hace necesario orientarnos como si entrásemos a un nuevo mundo —a tal punto es difícil advertir el panorama desde luego en toda su grandeza—; es menester que la conciencia crezca para poder igualarse al espectáculo.

Pasado el primer asombro, los guías nos aconsejan que aprovechemos la luz de la tarde para dar un paseo a pie, por una especie de parque natural y agreste que queda, barranco abajo, por enfrente de las caídas. Transponemos la verde explanada, que es como pradera del hotel, y comenzamos a cruzar por entre árboles de gran talla, entre bambúes, palmeras y arbustos. Saltando sobre el cauce de un sinnúmero de pequeñas corrientes, atravesando otras más anchas en puentes improvisados con maderas, vemos correr chorros, canales y ríos de aguas que se disgregan un tanto para verterse por los desfiladeros de la gran barranca, en donde cada cuerda líquida agrega su trino y su iris a la sinfonía de las masas que caen.

El sitio es vasto y pintoresco, y con poco que se le arregle podrá convertirse en uno de los centros del turismo del mundo. Poco a poco primero, y después bruscamente, faldeamos el barranco en descenso, hasta que llegamos a la base misma del salto Bossetti; atrás hemos dejado el Lanusse; más allá, opacado por la bruma del chorro opulento del Bossetti, se miran las aguas del San Martín, partidas en una sucesión de cascadas, que se quiebran en dos niveles y caen a plomo alrededor de un vasto anfiteatro. Los chorros remedan en determinados sitios un inmenso órgano de tubos líquidos y de armonías celestiales.

Descendiendo hasta el fondo, pisamos un plano casi triangular, limitado por el ancho brazo que recoge las aguas del San Martín, y por la espalda con el barranco. Por el otro extremo se eleva el peñón titulado Bella Vista, desde cuya altura miramos hacia atrás los saltos del Lanusse y Bossetti; enfrente del río, engrosado con las corrientes laterales que le van dando diferentes cascadas, y por el lado opuesto, el alto barranco, ligeramente montuoso, de la ribera brasileña, cubierta de bosques. A la derecha, distante, se mira apenas, otro salto triple, conocido con el nombre de Los Tres Mosqueteros; después de eso la vista se pierde; las islas, las palmeras, la niebla ocultan la gran catarata, el salto Unión que, junto con el Belgrano, se pierde en el fondo. En cambio, por el extremo de la ribera opuesta, se ve la gran caída del salto Floriano; una ancha mole reluciente que se derrumba, y luego, al chocar con las rocas en la sima, se desintegra en un gran hervor de espumas blancas. Vistas a distancia, sobre la pendiente de las rocas, se dirían las barbas de algún inmenso dios de las selvas.

Al oscurecer emprendimos el regreso, y todavía tuvimos tiempo para volver a mirar, sentados en la terraza del hotel, la visión distante de la catarata madre en semicírculo imponente, derramándose sobre más anchas masas, en una doble catástrofe perenne de fuerzas en blanco, en azul y esmeralda. Todo alrededor del enorme y quebrado hemiciclo de las aguas, la selva se ensancha, se impone, se impregna a tal punto de majestad, que se siente temblar idealmente el paisaje.

AGUAS Y BOSQUES

A las siete de la mañana salimos armados de machetes y precedidos de más de seis guías y monteros. El automóvil nos interna unos tres kilómetros, a la orilla del río, por el interior del bosque, a fin de cruzar la corriente por el plano superior de las aguas. En el trayecto vamos encontrando a cada momento la visión majestuosa del río; en seguida se mete la senda, otra vez, en el bosque. Sería imposible nombrar todos los árboles; nos señalan iberas de gruesos troncos, cedros, laureles, timbos, alecrín, cuyo tronco remeda haces de columnas; jacarandá, bambúes de todas las alturas y todos los diámetros. Cada tronco alto está recubierto de trepadoras, de lianas, de helechos. La variedad de los parásitos es innumerable: orquídeas, lirios, aipos que trepan hasta

las copas más altas y bajan formando cortinas; tubérculos extraños, como el que produce la flor llamada casco romano; palmeras y hojas de abanico; lianas gruesas como serpientes; todo esto entrelazado a los ramajes, a los troncos, y formando pesadas bóvedas; por abajo, el suelo se tupe de arbustos, bejucos, ramajes, vegetaciones colgantes que se atan con la maleza que sube.

Llega el momento que se hace indispensable dejar el coche; entonces seguimos a pie detrás de los guías, a los que ayudamos en la tarea de despejar la picada a machetazos, destrozando ramajes enlazados o rebajando la hierba del sendero. La angosta brecha en la espesura se prolonga río arriba, paralela al borde, por tres o cuatro kilómetros, que resultan fatigosos, a causa del calor, que hace sudar a chorros, mientras los moscos pican en nubes. Para espantarlos un tanto vuela el machete, cortando tallos que despiden fragancia, se abren las intrincadas, lozanas espesuras de la vegetación. A veces el golpe del acero pone en movimiento, irrita los moscos, que se van sobre la piel. Los hay de todos los tamaños, de todas las variedades; grandes como el zancudo, con su piquete de aguijón cruel que en seguida hincha los tejidos; pequeñitos y tan torpes para el vuelo que parecen inofensivos, y, sin embargo, dejan al picar ronchitas rojizas, ardientes, con comezón insufrible, y no hay otro recurso que habituarse; se sufre los primeros días, pero después se contrae una especie de inmunidad, como si a la larga el piquete vacunara. Durante la caminata, el guía nos ha explicado lo que andamos buscando, un lugar alto para atravesar el río en canoa, y luego desandar nuestro camino a pie por la ribera opuesta, hasta el sitio del hotel brasileño, que está enfrente del hotel argentino, río de por medio, sobre el barranco más alto. Se calculó que a la una, después de una caminata de unas cinco horas, estaríamos comiendo freijoada en manteles brasileños.

En una abertura del bosque, los guías se detienen para examinar una huella que termina en la orilla del agua; es de jabalí, atestigua alguno, de jabalí que baja a beber; pero examinada de cerca, resulta ser de montero, los hombres del campo nos cuentan la historia ordinaria: el peón quiere irse, pero el patrón le inventa deudas para tenerle esclavo; un día el trabajador, desesperado, recurre a la fuga; entonces se echa en su seguimiento todo un cuerpo de guardianes, perros de caza y fusilería, que tira al bulto hasta que cae el desventurado, vivo o muerto, en poder de sus perseguidores. Los propietarios de las fincas,

mientras tanto, están en Buenos Aires, jugando en el club o apostando a las carreras en el Hipódromo; una parte de lo que les sobra la dan en sedas a jovencitas pobres que aprenden francés y se visten como en París para divertirlos; en cambio, cazan a un hombre por un adeudo, efectivo o falso, de medio peso. Aun en el interior de la selva se siente que hubiera sido preferible encontrar una huella de jabalí en vez de una huella de verdugo; el jabalí es más limpio que el hombre.

Cubiertos de sudor, mojados y sucios de barro, llegamos al embarcadero, nos metemos en una canoa ancha que se mueve con remos. El río se mira imponente; de uno y otro lado está limitado por los ramajes; la margen brasileña se ve un poco más alta. Tuvimos que subir tanto, para poder emprender los zigzags, uno hacia la ribera de enfrente, y después el otro de regreso hasta el sitio en que dejamos los autos, que por la tarde nos esperarán en el mismo punto. Cuando estuvimos en la mitad del río escuchamos el relato de no sé qué vaga historia de un cacique guaraní que bajó una vez la corriente con un ejército de piraguas en seguimiento de una tribu vencida. En la embriaguez de su triunfo, no advirtió que lo arrastraba la corriente, y con todos sus guerreros fue a perecer en el abismo. En el filo de una ribera muy distante se dibujaban unas garzas; por toda la selva, y especialmente por las márgenes del río abundan las aves. La confianza en la destreza humana llega a ser tan profunda que no nos inquieta pensar que toda aquella corriente vastísima sobre la cual flota nuestra barca se vacía, a poca distancia, con todo lo que contiene, en un abismo, para renacer después de desintegrarse, hecha otro río caudaloso que se encrespa contra las rocas del lecho de abajo. Los bogas demuestran su pericia llevándonos con exactitud perfecta a unos postes enterrados en la orilla, con tablas superpuestas que sirven de embarcadero; saltamos a la tierra brasileña con júbilo, recordando que en cierta manera es tierra propia. Las piernas se nos han adormecido un tanto y hay que subir fatigosamente por una brecha ondulante que se pierde en el bosque espléndido. Vamos despacio para hacer reserva de fuerzas y para gozar la frescura embalsamada del aire. La imaginación goza sin límites, a pesar de incomodidades físicas que a ratos se vuelven urgentes; por ejemplo, el deseo de un par de calcetines secos, porque llevamos empapados los pies. Ya no sentimos fatiga, ni hambre, sino el deseo de arrojar los calcetines mojados. Después de una caminata regular entramos al hotel; lo hallamos casi abandonado; por fin, un mozo que

cuida la casa nos consigue algunas toallas y ropa limpia y se dispone a preparar alguna cosa de almuerzo; nos consuela ver que hay pollos en el corral y unas cuantas latas y botellas de vino en la despensa; mientras todo esto se apresta, salimos a mirar el panorama increíble.

Todo lo que ayer por la tarde vimos por la barranca baja, casi de espaldas, se aparece ahora de frente y en plena magnificencia. Desde que se sale a la explanada dominante del hotel Foz do Iguazú, se mira adelante, un poco baja, la cinta prodigiosa de los boscajes verdes y los chorros y las cortinas blancas. Primero vemos la casita de nuestro hotel argentino, de techos rojos en medio de su pradera esmeralda; en seguida, recorriendo con la vista el horizonte, se descubre una sucesión de milagros. Embarga emoción tan fuerte, que no producimos ninguna exclamación; el espectáculo impone silencio; algo como un instinto nos precave de que una voz cualquiera interrumpiría, disiparía el éxtasis. Vamos, pues, como sonámbulos en un mundo de fantasía. Sólo afirmando la pisada en el suelo nos convencemos de que aquello es real, y una de las realidades más sublimes que hayan producido las fuerzas del cosmos.

Al principio sólo vemos, en la muralla de enfrente, nuestros viejos conocidos en formación despejada: el Lanusse, hecho de dos cintas blancas divididas por un peñasco que se corona de árboles; la música de su perpetuo caer se adivina en la vibración de las aguas y las espumas. En seguida está el Bossetti, esbelto y elegante, con su gran caída perpendicular que se quiebra en una meseta de rocas, y de allí resbala en plano, para volver a rodar en una caída más ancha, que en seguida se deshace en el lecho de las ondas; después la corriente clara se pierde entre peñas y palmas y líquenes. A un costado del Bossetti se ve otro salto que a distancia y por comparación se mira pequeño, pero en realidad arrastra un caudal poderoso. Apartándose de la caída principal, a causa de una irrupción de árboles, palmeras y trepadoras empinadas sobre el abismo, compensa con su alarde la gravedad descendente de la masa de agua que amenaza nivelar y arrastrar toda altura.

Siguiendo por la orilla de la barranca y mirando siempre hacia el lado opuesto, se ven más allá del Bossetti unos acantilados, y en seguida una serie de listones y cortinas de agua que se vierten sobre una especie de descansos para volver a formar caída; también otros chorros se derrumban de un solo salto hasta perderse en el fondo, y todos juntos

se reúnen abajo en un solo lecho y forman el brazo del río que se liga a la corriente principal en el centro de la barranca. En conjunto, estas aguas en hemiciclo abierto forman la cascada de San Martín. Caen de una altura de sesenta metros y abarcan una extensión de más o menos setenta.

Los saltos que vamos recorriendo con la mirada proceden de una gran desviación lateral del Iguazú, que se abre paso bifurcándose y repartiéndose en torrentes que buscan cauce y se precipitan, hasta que toda el agua vuelve a reunirse en el más bajo nivel.

Por ambos lados de la caída principal del San Martín se cuentan hasta doce chorros, angostos unos, anchos otros, que se lanzan con arrojo al abismo, o se juntan al acantilado para resbalar majestuosamente. La vista del chorro mayor está limitada por una especie de peñón que tapa la perspectiva general del fondo, pero se adivina que allí se distribuyen y encauzan las corrientes.

Siempre río arriba, aparece, a poca distancia del grupo de San Martín, el triple salto gallardo apodado Los Tres Mosqueteros; después la barranca se llena de boscajes y se encresta de peñascos sobre los cuales se empinan, todavía más altos, los penachos de la selva coronados con las copas audaces de las palmeras. Rompiendo otra vez las frondosidades de la selva se abre paso el salto Mitre, muy esbelto y abundante, y más al fondo el Belgrano, ancho y caudaloso. En seguida, hacia el fondo, aparece la serena herradura central de aguas que ruedan en semicírculo sobre una plataforma hirviente de espumas. Allí se reúnen para volver a lanzarse al abismo en moles grandiosas cuyo derrumbe hace temblar la tierra. Desde donde estamos no se alcanza a ver todo el derrumbamiento titánico, sólo se distinguen volúmenes viscosos que ruedan sin agotarse. Se adivina, en el fondo, un rumor de oleajes, y en su extensión vertical los chorros se entrelazan, se trenzan o se confunden en una sola masa: bullen y tiemblan, estallan y crean espumas y nieblas que lo envuelven todo como en los instantes primeros de la creación. Algo del caos primitivo perdura en aquel ambiente que, desde época inmemorial, es conocido con el nombre de Garganta del Diablo. La caída que llena esa garganta se llama el salto Unión, porque pertenece a los dos países y constituye el centro de unión de las aguas, el salto madre, que abarca un perímetro de más de un kilómetro y contiene el mayor volumen de agua que se despeña en el planeta.

A la orilla del vertedero, el río muestra una serenidad traidora y la gran calma que paraliza la acción en el momento que antecede a las catástrofes.

Pero la cinta panorámica no ha terminado; todavía a la izquierda de la Garganta del Diablo, y ya en la prolongación misma del talud en que nos encontramos, se mira, se siente, el formidable caer de las masas líquidas del gran salto Floriano Peixoto, imponente, avasallador.

Nuestros buenos guías nos bajan por una vereda cortada en el cantil, a un lado de los chorros del Floriano, salpicándonos de sus aguas, hasta un sitio desde el cual se tiene la impresión de que toda la cascada brasileña se nos viene encima. En cambio, mirando hasta el fondo, conmueve la ilusión de que es posible sondear con la mirada el interior del misterio. Atisbando por entre destellos luminosos como de un Sinaí confuso y a través de cortinas de niebla, que por instantes se despejan y luego se juntan, contemplamos la Garganta del Diablo. En el centro hay columnas verticales que no se agotan y en el fondo una masa circulante, hirviente, que se agita sin reposo por los siglos de los siglos. Tras de la niebla se adivinan los grandes volúmenes que caen, los chorros imponentes que resbalan sobre acantilados negros, limpios de vegetación, bruñidos por el roce perpetuo y furioso de las aguas. Sólo agua y piedra en un caos magnífico de fuerzas, aparentemente estériles, misteriosamente fecundas, puesto que ese roce es capaz de engendrar potencia motriz que auxilia a la vida. Después de ahondar en la contemplación de estas augustas profundidades, volvimos la vista a la izquierda para mirar el Floriano, en toda su majestad inmensa, en su convexa longitud, bañado de luz después de fecundar las selvas, pródigo de blancuras al derramarse. Visto en conjunto parece una montaña que se escurre. Sin embargo, comparado con el Unión, se ve como más humano, como una fuerza impetuosa pero domeñable; el otro supera nuestra capacidad y confunde nuestra fantasía.

Por abajo, en el río, las aguas inundan una gran extensión, estallan contra rocas e islotes, ya no inspiran terror, sino alegría.

Tuvimos que subir por el cantil, ayudándonos de las raíces y las ramas para volver al sitio del almuerzo; comimos con el poco apetito que dejan las grandes emociones, y en seguida volvimos a repetir, ya más de prisa y en forma sintética, el recorrido estupendo. Apetecíamos tener como placa de fotógrafo en la mente para fijar allí la visión y grabarla en el alma por toda la eternidad. Ya no sentíamos la fatiga,

pensábamos que algo importante había quedado agregado para siempre a nuestras vidas; aun más allá de la muerte, la cascada sería un acompañante que jamás se apartaría del todo de nuestro lado.

La barca volvió a cruzar el río; del otro lado esperaban los coches; los guías ya nos habían alistado tres o cuatro tarros con la flor del casco romano para cumplir un encargo que traíamos desde Buenos Aires. No sólo guardé el encargo, ya la víspera había remitido un mensaje cuya respuesta esperaba en el hotel; la dulce imagen del rostro ovalado y ojos negros se aparecía en las vastas soledades. Por entonces, después de cumplir con ella, no tenía cosa alguna pendiente. Así se va limitando por sí sola la vida. Desde el Iguazú, y durante los días de esa excursión, no había, no podía haber para nosotros otro punto de referencia, ni otra preocupación inmediata que Buenos Aires, la querida y maternal Buenos Aires.

La vida social del hotel

No había en la casa más huéspedes que nosotros seis ni más compañía que la de los gruesos esposos de la administración y una hija de ambos, muy lozana, de unos veintidós años, con el encanto decisivo de ser la única mujer joven de todo el contorno.

Desde la primera noche, después de la cena, se había improvisado tertulia; me tocó, naturalmente, el papel de entretener a los viejos mientras la muchacha bailaba con los otros al son de un viejo fonógrafo. Poco a poco se fueron haciendo las selecciones inevitables, se eliminaron los menos tenaces, o más bien aquellos que la joven quiso eliminar, y sólo quedaron, frente a frente, en pugna galante, el mayor, que era bastante arrojado, y otro de los compañeros de excursión; los demás se marchaban a dormir y los dos galanes me rogaban que siguiera conversando con los papás. Por supuesto, no pasó aquello de un intercambio de bromas de los dos rivales. La muchacha se mantuvo impecable y sólo se advertía cierta turbación voluptuosa cuando gritaba desde un extremo del salón, abrazada, en la danza, a su mayor: "Otro tango, mamita." La vieja se ponía en pie, daba cuerda al aparato, ponía el disco y el enojo del rival vencido se acentuaba.

Los viejos eran gente bonachona que tenía a su cargo el hotel durante la temporada de invierno, y después iban a regentar otro es-

tablecimiento en Mar del Plata, durante el verano. La segunda noche, el triunfo del mayor en la pugna galante fue tan notorio, que su rival se mostraba displicente y enfurruñado; sin embargo, no se dio por vencido sino hasta el día siguiente, y eso por causa de un terrible piquete de mosco que le hinchó el labio en tal forma que parecía atacado de lepra; lo que le obligó a buscar refugio en su habitación privada. De esta suerte, con auxilio del azar, como es común en el amor y en la guerra, el mayor quedó dueño del campo.

El exceso de fatiga, el cúmulo de emociones o la fuerte cena impedían que durmiésemos bien; pero el hotel es cómodo y el mosco no molesta, casi no llega a las habitaciones, probablemente a causa del desmonte, que lo ha alejado. Al pasar por el extremo del corredor antes de ir a dormir, nos deteníamos, todavía algunos instantes, para mirar, en la vaga claridad de la noche, las manchas blancas, plateadas de las aguas que caen.

A LA ORILLA DEL MAELSTREON

Nuestro jefe de guías, un joven italiano activísimo, y el señor Beckar lo arreglaban todo como por reloj. En esta última excursión no quiso acompañarnos Beckar; lo acusamos de tenerle miedo a mojarse los pies, pero él aseguró que tenía asuntos que arreglar durante el día. Fuimos entonces los dos militares, Pellicer, Julio y yo. Avanzando un poco por la picada ya conocida de Hansen, nos embarcamos en una piragua de indios en el punto que se llama de las Canoas. Desde allí, en línea casi recta, seguimos la corriente para ir a asomarnos a la Garganta del Diablo; la excursión es, si no riesgosa, por lo menos emocionante. La superficie del río se ensancha enormemente en esta gran curva que atravesamos, y resbala en masa interrumpida apenas por islotes y rocas; la profundidad es escasa, pero la corriente rápida se vuelve más pintoresca a causa de las grandes lajas, las pendientes y las crestas de roca que quiebran a trechos el curso de las aguas. El volumen principal del río se vierte en el eje sobre la garganta profunda, la Garganta del Diablo, a la cual nos acercamos, como si dijéramos, por un derramadero, a fin de ir a contemplarla de costado; para esto es menester bogar por una especie de ancho brazo, por entre un abanico de aguas menores que, a ratos, se vuelven profundas y en otros

sitios corren rápidamente, formando pequeñas cascadas. Nuestra embarcación salta dos o tres veces, quizá hasta un metro sobre el lomo de las aguas, que cambian de nivel como en el célebre cuadro de la india que brinca en su canoa sobre las aguas que se vierten, cuadro conocido de todos los visitantes del Niágara. La respiración se va, como si ya nos hubiésemos volcado; después nos reímos de nuestro espanto. Así vamos avanzando hasta que las corrientes se estrechan y adquieren velocidad; pero los guías, con gran destreza, se apartan de los cauces peligrosos y protegiéndose en las rocas y agarrándose a los ramajes de las islas, nos van conduciendo de manera segura a los bordes mismos del precipicio. Seguramente no hubiéramos podido dominar el vértigo si no fuese porque ya en el extremo despejado hay determinados remansos, en que el agua apenas cubre arriba de las rodillas. Allí desembarcamos para avanzar a pie dentro del agua; la barca queda sujeta de un tronco y nosotros vamos despacio, vadeando o brincando sobre las rocas más juntas y los islotes, hasta que alcanzamos la peña que domina el abismo. Una peña de basalto negro, cubierta en parte de musgo tupido y verde y de lamas doradas, por donde ha escurrido el agua desde hace siglos. También perdura uno que otro arbusto hirsuto, pelado de tanto rozar con las corrientes en la época de las avenidas. Sin darnos cuenta hemos ido a situarnos en un punto sin salida, colocado entre la cinta caudalosa del salto Belgrano y los grandes torrentes del salto Unión, que ensordecen con su estruendo y a la vista producen vértigo.

Poniéndose uno boca abajo se puede alargar el cuello para mirar en el fondo del abismo el efecto del derrumbamiento de lo que parece un diluvio bíblico. La gruesa, la impenetrable cortina de las aguas está constituida de chorros que se entrelazan, se precipitan y se confunden. Al chocar en el fondo se aniquilan formando estrépito y en seguida parece que se levantan de nuevo en el encrespamiento de las olas, en el hervir de las burbujas, en el iris de las gotas que se desintegran para transfundirse en la ascendente vibración de la niebla. Sin término, sin reposo, las moles fluidas siguen rodando, y el abismo jamás se colma, nunca se sacia. Se diría que todo allí concluye y, sin embargo, la vida se burla de la mecánica elemental, de la mecánica física, haciendo pasar por encima de los torrentes el vuelo de los pájaros; uno de ellos, inocente y leve, se posa sobre una rama que tiembla sobre el abismo. Dentro de las aguas hay algo que canta, algo como un clamor de la

vida que se baña en el líquido, para salir renovada, imprimiendo frescura a la selva y palpitación al pecho del hombre, que, en aquellos instantes, duda y se amedrenta sintiendo que en su alma se consuma una inversión de las fuerzas del cosmos. Vacila porque no se siente seguro de que su plan interior habrá de triunfar para siempre sobre la enorme capacidad destructora y caótica de los elementos.

Después de todo, se dice uno a sí mismo, pensando en la posibilidad de la caída junto con las aguas, sería una muerte como cualquier otra, de donde el alma saldría danzando, enlazada a los destellos de las linfas; pero el cuerpo vacila y tiembla, se siente débil, se sabe impotente para defender su minuto, en medio de la eternidad y la indiferencia de la creación.

Es preciso detener la fantasía, descansar unos instantes, no pensar en nada, para volver a mirar el prodigio, para aclarar sus contornos, para inquirir en sus ritmos, para impregnarse de sus melodías. Uno de nuestros hombres se entretiene en lanzar un tronco a la corriente, con la ilusión de seguirlo con la vista hasta el abismo; el tronco flota, se desliza suavemente y de pronto se ve arrebatado, desaparece en las corrientes. Pellicer se acerca tanto a la orilla del abismo que nos causa escalofríos; lo reñimos, pero no responde, está ido, pertenece al espectáculo... Mirando por arriba se ve, ahora, el semicírculo de la caída central rebosante de líquido, derramándose uniforme sobre un lecho hirviente de espumas y de ondas; en seguida la masa resbala ensanchándose para derrumbarse incontenible y avasalladora. Y al lanzarse sobre el gran espacio profundo, rueda primero, después ruge y se expande, llena el lecho, se pulveriza, atomiza la materia, que de esta suerte retorna al caos y luego sube en vapor y se pierde temblando, como transformada en fluido.

A fuerza de mirar llega un instante de fatiga en que la cabeza se inclina abrumada y pasa por la mente la idea de la inutilidad del minuto que cada uno de nosotros representa en la creación, delante de la eternidad de sus procesos. Siervos de no sabemos qué extrañas fuerzas, ¿qué hacemos en este incomprensible planeta? Lo más alto de nuestra obra se condensa en palabras, acaso porque la palabra es como el resumen y también el *fiat* del acto. Palabras que dicen Vida, Amor y Belleza; pero la noción de eternidad pasa sin que podamos ligarnos con ella. Pasa como pasan las aguas y nos destroza como destrozan las aguas. ¿Para qué es este perpetuo juego de construir y destruir, pero

sin jamás restablecer el instante perdido? Yo perezco, pero otro nace y yo renazco en él y en todos los que han de vivir. Hay momentos en que se siente que todo es palabrerío. Sabios de la India, sabios de la Grecia, sabios de la Teología, sólo hay una certidumbre, la certidumbre de las palabras: Amor, Belleza, Vida, tal vez Alma también; pero lo que no sabemos, lo que no acertaremos a descubrir jamás es la manera como se combinan estas palabras que son realidades. Nos falta el lazo; las realidades están sueltas; el amor cree juntarlas, pero la Naturaleza las desintegra, nos desintegra a nosotros mismos y quedan otra vez sueltas las enormes palabras: Vida, Fuerza, Belleza, Alma, Virtud. Todo el que sea sincero tendrá que decir: no comprendo. Sin embargo, hay dentro de mí una dicha infinita por haber contemplado en su esencia las grandes palabras sagradas: Naturaleza, Virtud, Fuerza, Belleza, Amor.

* * *

El regreso fue muy lento, porque íbamos contra la corriente; cuando pasamos a pie por los islotes, los moscos se ensañaron contra nosotros, nos volvieron locos, los piquetes nos hacían llorar hasta no dejarnos ver. Procuramos, sin embargo, hacer acopio de paciencia y nos detuvimos a examinar las pozas o tinajas que el roce de determinadas piedras ha ido cavando en las rocas; hay muchas pequeñas y otras grandes; abundan especialmente los guijarros redondos, pulidos, casi transparentes de humedad, color de ágata, que después se opacan; pero son siempre curiosos porque deben su forma geométrica al roce secular que las corrientes suaves del lecho le han impreso contra la base de roca.

El asalto de los moscos es abrumador, traemos las caras estropeadas y el cuerpo como con fiebre; la hinchazón me tapa a mí un ojo. Aquí fue donde perdió la batalla amorosa el segundo galán de la señorita del hotel, pues quedó desfigurado de un labio en tal forma que ya no se atrevió a presentarse en el salón por la noche. Su rival, desde que lo vio herido, sonreía y se pegaba en el rostro para ahuyentar las violentas picaduras. Empapados de agua hasta la cintura, con el rostro casi sangrando y las manos hinchadas, rendidos de fatiga, pero deslumbrados, ya casi de noche regresamos al hotel. Y así terminó aquel prodigioso día que no olvidaremos jamás, dejándonos: *Tired but happy,* como decía un profesor yanqui, amigo mío.

* * *

No es posible dejar de hablar de las cataratas sin apuntar algunos datos numéricos, sobre todo si se atiende a que la gran mayoría de los lectores iberoamericanos desconoce la existencia de estas grandes reservas de fuerza y de riqueza, que si nuestra raza logra aprovechar le bastarán para competir ventajosamente con las naciones más prósperas y fuertes.

La zona de las cataratas comprende una superficie de setenta y cinco mil hectáreas y pertenece a una sola familia que ni la explota ni la deja explotar. La línea de los torrentes mide en conjunto dos mil setecientos metros. Corresponden seiscientos metros de saltos al Brasil y dos mil cien a la Argentina. La altura máxima de las caídas es de ochenta metros y la mínima de cincuenta y seis. Las potencias son: máxima, de 6.985.170 caballos de vapor; la media, 1.214.807, y la mínima, 132.400. El volumen medio de agua es de 6.300.000 metros cúbicos por hora. El cauce del río nace a novecientos metros sobre el nivel del mar, y al desembocar en Paraná tiene 90 metros de altura sobre el mar, repartido ese desnivel en una extensión de 1.320 kilómetros. Además de los grandes saltos, que son doce o quince, se cuentan hasta setenta saltos o chorros relativamente pequeños.

Sólo la caída central del salto Unión, ligada al Floriano, tiene una línea de caídas casi el doble de la del Niágara y una altura también doble. Se calcula que el volumen de agua es tres veces mayor que el del Niágara. También la caída africana de Victoria en el Zambecé es menor en volumen de agua, aunque aquel salto tiene una altura de ciento diecisiete metros. Se cita al explorador alemán Hassenwartegg como autoridad para afirmar que los del Iguazú son los saltos más grandes del planeta. A simple vista se observa en el Iguazú una grandiosidad de proporciones que supera desde luego al Niágara. La única ventaja que podría alegar un viajero exigente es la de que el Niágara está como en el centro de un cómodo y sonriente parque. El Iguazú, en cambio, no es más que Naturaleza en bárbaro. Pasarán muchos años antes de que sea convertido a las normas del trazo, a la calzada, el pavimento, el canal y el puente; pero alguna vez estará allí, en el sitio más pintoresco del globo, el mayor centro de producción de energía y el parque más hermoso, más visitado, más sorprendente del mundo.

Por ahora no hay habitantes, no hay cultivos, no hay explotación alguna, porque el latifundio hace pesar su maldición en el ambiente. En cambio, por la ribera opuesta, enfrente casi del desierto Puerto Aguirre, florece la población brasileña de Foz do Iguazú con tres o cuatro mil habitantes que han construido casas y calles y plazas y hacen circular automóviles y mercaderías. Allí, naturalmente, la propiedad rústica ha sido subdividida en propiedad entre los colonos.

* * *

Y ya que hemos estado tan cerca del otro prodigio, digamos de él unas cuantas palabras. Si se recorre hacia arriba el cauce del Paraná, el viajero contempla toda una sucesión de nuevas caídas; pasa por enfrente de las de Limay y el salto de Carrapá, de enorme caída, que se desprende a una altura de treinta metros; más allá se estrecha el río entre altos barrancos boscosos, hasta llegar a Puerto Méndez, que es el límite de la navegación. Desde allí, atravesando una región agrícola perteneciente al Brasil, se avanzan sesenta kilómetros por tierra, para llegar a Puerto Guayrá, sobre el río de ese nombre, y a poca distancia se encuentran las caídas fabulosas de Guayrá; una serie de saltos poco explorados que compiten en fuerza y volumen con el Iguazú. Los saltos grandes son dieciocho y reciben el caudal entero del Paraná con una pendiente violentísima y un caudal enorme. En toda la región hay saltos de menor importancia relativa, pero los datos anotados bastan para convencer de que esta región será algún día el centro de la industria del mundo; pues si alrededor del Niágara y en la región de los Lagos, desde Chicago hasta Nueva York, se ha creado el gran imperio industrial de nuestra época, ni siquiera podemos imaginar lo que será dentro de años o siglos esta zona brasileño-argentina, que contiene las mayores reservas naturales del mundo. La producción de estas innumerables factorías futuras bajará a buscar salida por Buenos Aires, en el Sur, y por el Norte, a través de la enorme y fértil meseta brasileña, llenará de cargamentos los ferrocarriles que transportan sus tesoros a los puertos del Amazonas. No hay en el mundo promesas de riqueza material comparables a las de estas regiones.

EL REGRESO

Los tres días de regreso en el barco fueron de rabia, porque fondeaba en las noches, porque se detenía más de la cuenta en todos los embarcaderos y caminaba despacio, como si de intento se opusiese a llegar. Buenos Aires nos llamaba con toda la fuerza de una pasión repentina; pensábamos casi con ternura en el instante del retorno, en los rostros amigos, en las calles risueñas, en las comodidades y atractivos de la ciudad; en el miedo de volver a mirar en carne y alma tentadoras aquel imposible que ya casi se convertía en obsesión. Pasamos horas de sufrimiento casi desesperado, y todavía, por debajo, se tramaba un complot.

Descubrí el peligro inminente y me apresuré a conjurarlo. El autor intelectual era aquel simpático mayor. Sólo Goldney no estaba inodado, porque él, como yo, tenía prisa de llegar a la capital; pero el mayor se había conquistado a los demás. Se trataba de bajarnos para ir a visitar una plantación yerbatera poseída y habitada por tres heroínas de leyenda que todos acabamos por designar con el nombre romántico de *Las sobrinas de Bolívar.* Refirió el mayor que hace quince o veinte años había llegado a la región una familia venezolana distinguida, que, huyendo de alguno de los presidentes criminales, se estableció allá, y que ahora vivía dichosa con tres lindísimas jóvenes que venían a ser sobrinas nietas del Libertador de América.

Pellicer se volvió loco al oír el relato y quería apearse en cada desembarcadero, para atravesar las selvas en busca de las doncellas. Julio abrigaba secretamente los mismos propósitos, y el mayor, que probablemente tenía algún interés sentimental más definido, los azuzaba en contra mía, y entre todos me hacían aparecer como un tirano, por no consentir en que nos lanzáramos a la aventura. En realidad, yo también tenía la curiosidad interesada y me hubiera dejado llevar; pero al tomar informes más concretos, supimos que no se contaba con barco a plazo fijo para el regreso y nos hubiéramos podido quedar quince días lo mismo que tres. A esto se debió que la historia de las sobrinas de Bolívar quedara en la categoría eterna, pero impalpable, de los ensueños.

Fondeamos ya oscuro delante de Posadas, sólo para ver que el tren partía en ese instante y ni siquiera pudimos desembarcar a causa de

los trámites. Antes de que nuestro tren partiera al día siguiente, fueron a la estación a saludarnos el prefecto y otras autoridades y particulares, que nos hicieron compañía durante algunos gratos instantes. El prefecto nos regaló un saco de fina yerba mate. Todo el resto del día lo pasamos metidos en el vagón.

Llegamos a Concordia al día siguiente, y allí nos recibieron de una manera triunfal; parecía que veníamos de descubrir las cataratas. Los periodistas nos pedían impresiones para transmitirlas por telégrafo a Buenos Aires; la prensa local nos dedicaba saludos; un diario de la región afirmó que antes que diplomáticos éramos artistas, puesto que abandonábamos las comodidades de Buenos Aires para ir a gozar con la contemplación de la Naturaleza. En la Escuela Normal hubo una de esas fiestas en las que se siente pasar el soplo arrebatado del entusiasmo: canciones patrióticas, discursos vehementes; colegiales y jovencitos que vienen a estrechar con efusión nuestras manos; Pellicer leyendo entre grandes y calurosos aplausos la poesía que acababa de componer al Iguazú; en suma, un desbordamiento de confraternidad y de esperanza en los destinos del continente. Luego, rápidamente, un recorrido a los campos vecinos, cubiertos de hortalizas y de viñedos; un obsequio de un garrafón de vino del lugar, ramos de flores de las maestras y el regreso a Buenos Aires.

EL PENSAMIENTO ARGENTINO

En el siglo de la Independencia no ha habido país latinoamericano que iguale a la Argentina en cultura. Durante la colonia, México y Perú y Colombia fueron centros de vida altamente civilizada, para los tiempos; pero, después de la emancipación, México cayó en el caos, del que todavía no sale del todo, el Perú ha ido perdiendo terreno, y Colombia se ha mantenido apenas indiferente. En cambio, la Argentina, propiamente ha comenzado a existir desde la Independencia. No tuvo la fortuna de aprovechar los servicios de Alberdi, de una manera directa, en el Gobierno; gentes mediocres lograron alejarlo del poder; pero sus doctrinas orientaron, y si no pudo ser Alberdi, por lo menos, le llegó su turno a Sarmiento, que acabó con la tradición del caudillaje militar y sentó las bases de la cultura colectiva. Rosas fue el último tirano y también el último salvaje; después de Rosas ha habido gobernantes más o menos buenos, pero civilizados. La era de los Facundos, que todavía en otros países perdura, en la Argentina se ha hecho casi mítica. Luego, y quizás ésta sea condición indispensable a toda gran prosperidad, la Argentina es el único país español que tiene grandes llanuras regadas por ríos caudalosos. No hay, en ninguno de los dominios que fueron de España, ni en España misma, una región comparable a esta gran meseta, baja y fértil, de millones de leguas cuadradas de tierras aprovechables. La Argentina actual es obra del río de la Plata; la Argentina será uno de los primeros países del mundo así que se incorpore el río Paraná. Entonces, sólo los Estados Unidos y el Brasil podrán competir con ella.

Pero dejando aparte lo que será y atendiendo a lo que ya es, no cabe la menor duda de que allí se encuentra, desde ahora, el foco mayor de la cultura española del continente. Esto depende no sólo de que Buenos Aires cuenta con dos millones de habitantes organizados en la vida de la ciudad, que ha sido siempre la fuente de la cultura intensa, sino de que la organización social del país entero es la más avanzada del continente, y esto le da un promedio mayor de inteligencia

disponible. La ciudad está condenada a desaparecer, se ha dicho recientemente, y en tono de condenación de sus vicios y defectos; pero no es conveniente que desaparezca artificialmente, es decir, por destrucción violenta, sino logrando que sea reemplazada por el campo, y no por el campo a la antigua, sino por el campo urbanizado. En suma, el porvenir, si es de progreso, no verá ciudades como las de hoy, ni esa vida rústica primitiva con que sueñan algunos teorizantes, sino una combinación de ventajas de ambos estados. En la ciudad el trato humano pule la inteligencia, aguza el ingenio, desarrolla la simpatía por medio del arte, crea, en fin, la vida colectiva, que es base de la fecundidad de la vida individual; pero se necesita que también el campo contribuya con su vigor, con su hálito de Naturaleza; las ciudades deberán entonces extenderse para que se confundan con la campiña, y sólo subsistirán determinados centros de reunión colectiva, grandes plazas, estadios y teatros; lo demás, el trabajo, el negocio, se arreglará desde el hogar campestre, por teléfono o por radio; las industrias mismas volverán a ser individuales, gracias a los métodos perfeccionados del maquinismo. Desaparecerán los talleres de miles de almas, y los cuarteles, y las calles por las que pasa la multitud, movida por la angustia del pan; las gentes acostumbrarán a reunirse para hacer arte y ceremonias religiosas; paseos, teatros y templos, en medio de grandes parques; sólo eso quedará de las ciudades en el año de la civilización; pero todavía, por mucho tiempo, será un disparate destruir la ciudad. Todavía Buenos Aires, la capital de los que hablan castellano, tiene que dar una abundancia de frutos.

No cabe duda que el mayor foco contemporáneo de la cultura hispanoamericana se encuentra en Buenos Aires. Podría alegarse quizás, en contra, que la Argentina, por ser cosmopolita, no representa la cultura hispanoamericana, sino un reflejo más o menos activo de Europa; pero esto sería ignorar que aun el sentimiento nacionalista es más vivo en la Argentina, o por lo menos más ilustrado, que en cualquiera de las demás naciones del continente. Basta recordar los escritos de Rojas sobre la argentinidad y lo que se ve en todas las ramas de la cultura y en el arte, que cada día asimila más los caracteres autóctonos. Por lo mismo que esta argentinidad es el resultado de una actividad cultural y de un aprendizaje europeo, no tiene nada de estrecha ni agresiva. Posee amplitud y novedad y se muestra francamente latinoamericanista.

La Universidad Argentina aventaja a las demás de América no sólo por el lujo de su construcción material o por los sueldos que paga a sus profesores y la libertad que les deja en la enseñanza; también por la universalidad de la doctrina y la renovación de métodos y la importación constante de notabilidades extranjeras. Casi no hay profesor ilustre de universidad española que no haya dado cursos en la Argentina, mientras, todavía entre nosotros, subsiste el prejuicio de que no tenemos nada que aprender de España. Casi no hay tampoco sabio, inventor, escritor ilustre de Italia o Francia que no haya dado conferencias o cursos en universidades argentinas.

La Argentina tiene todavía por delante muchos problemas que resolver, como los tienen todos los demás pueblos; pero la Argentina tiene los problemas de un país civilizado, mientras que nosotros tenemos enfrente el problema primordial de civilizarnos. La Argentina es el primer éxito firme de la civilización española en el continente americano; loado sea ese éxito, y ojalá que todos procuremos igualarlo y superarlo; pero hoy y quizá por mucho tiempo, la Argentina será el faro en la noche hispanoamericana. De allí se vuelve con esperanza y con fuerza. ¡Qué son italianos, que son europeos, dicen algunos, lo dicen a veces ellos mismos! Lo son en parte; pero el molde es castizo y la orientación es hacia la unidad y la grandeza del continente ibérico.

Para aquellos que sólo se dejan convencer de los nombres propios, diré que la historia argentina contemporánea cuenta con poetas, pensadores, novelistas, escritores, estadistas y sabios que han hecho obra social, con la oratoria, con la prensa, con el sufragio, con la opinión. Los nombres propios argentinos, por lo mismo que no son de caudillos locales, no necesitan aprenderse cuando uno llega al país; son nombres internacionales, por lo menos en la lengua castellana; los conoce uno y los conoce todo el mundo, sin necesidad de ir a la Argentina y sin que sea preciso dar crédito a las lisonjas de facciones o corrillos regionales.

A Buenos Aires acuden desde hace tiempo los pintores, los dibujantes, los escritores del Perú y muchos de Colombia y Ecuador. Los de Chile buscan más bien la notoriedad de Europa, a causa de ese recelo que se guardan los pueblos fronterizos, cuando todavía es fuerte el sentimiento de la nacionalidad, sentimiento que entre países de la América española debiera ser nulo; pero desgraciadamente todavía se muestra estrecho. Los antillanos, los centroamericanos, los mexicanos

vamos poco a Buenos Aires, por las grandes dificultades del viaje; pero día a día, Buenos Aires se convierte en el centro del pensamiento iberoamericano; Buenos Aires es nuestro París, la capital de nuestra América.

Si fuera posible concretar en pocas palabras los caracteres del pensamiento argentino, diría yo que en general es claro, amplio y generoso, con algo de la vastedad de la pampa y la frescura de los grandes ríos. Pensamiento constructor, no destructor, optimista y sereno, genuinamente idealista, pero con solidez, sinceridad y equilibrio. La Argentina es a la vez el país más fuerte y el más hermoso de América. Dios lo bendiga por siglos.

ÍNDICE

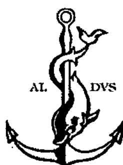
EL MESTIZAJE

NOTAS DE VIAJE

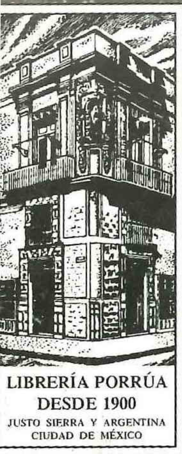
BRASIL

ARGENTINA

Se terminó esta obra el día 20 de julio de 2012 en
ÇASA ALDO MANUZIO
Tennessee núm. 6, Col. Nápoles – 03810 México, D. F.



Cultura al alcance de todos



El filósofo y político mexicano José Vasconcelos publicó su obra más conocida: *La raza cósmica*, en 1925.

En ella, su autor lleva a cabo un análisis utópico-futurista sobre la humanidad, en especial de la sudamericana, y plantea que dada la herencia cultural que esta región posee tratándose de mestizaje, sería ahí donde surgiría una nueva raza: la cósmica.

Conforme al ideal de este ensayista de llevar la educación a toda la nación, hecho que además desarrolló durante su desempeño como secretario de Educación en el periodo de 1921 a 1924, es que plantea que sobre esa nueva civilización que habría de ser conocida con el nombre de Universópolis, España habría de tener una jurisdicción con características muy peculiares y en donde la extensión de la educación y de la cultura serían los objetivos principales de dicha civilización.



